
JULIO BÁRBARO
JUICIO A LOS 70
La historia que yo viví
Sudamericana

JULIO BÁRBARO

JUICIO A LOS 70

La historia que yo viví

Sudamericana

Prólogo

Juicio a los 70. La historia que yo viví salió publicado en 2009 y desde entonces se ha acentuado el proceso de decadencia que allí describí. Por eso hoy decido revisar, corregir y ampliar ese libro, porque me duele demasiado el relato triunfante, esa deformación del pasado que nos impide crecer; peor aún, que nos impide detener nuestra carrera hacia el abismo.

Cuando yo era muchacho, en mi barrio había un linyera, el Negro Oscar. Pero era uno en cincuenta cuadras. No había pobres, no había caídos del sistema, no había miseria. No había necesidades de ese nivel, todo eso empezó en 1974, después de la muerte de Juan Domingo Perón, con la gestión como ministro de Economía de don Celestino Rodrigo, con Martínez de Hoz, con la continuidad del neoliberalismo quince años después. Los Menem, los Cavallo y los Dromi forzaron la privatización de todo lo que el Estado había construido, como si hubiera habido alguna inversión en regalar, o algún logro en generar semejante nivel de dependencia. Menem fue en lo económico más dañino que las dictaduras; ningún pueblo se animó a destruir el ferrocarril, a privatizar el fruto del esfuerzo de generaciones con el cuento de que los privados administran mejor.

Así la Argentina no es viable. Las empresas privatizadas y las extranjerizadas se llevan más divisas que las que generan el agro y algún otro espacio productivo, y no tienen límite en el intento de pagar los más bajos salarios posibles. Los subsidios y las jubilaciones no requieren dólares, esos van a los paraísos fiscales. Por eso se esmeran en mezclar la historia. Es cierto que inflación hay hace décadas, pero la deuda externa se gestó en la dictadura y con Menem, desde el saqueo de las empresas del Estado. Por eso reescribo, porque siento la obligación de reiterar mi mensaje, acompañado por nada más que un puñado de militantes.

Solo se puede superar aquello que se comprende, lo que se asume como una parte o etapa de nuestra realidad. El peronismo fue la etapa superior de la conciencia nacional, pero su historia y pensamiento carecen de herederos. Me irrita el hecho de que el peronismo siga siendo el movimiento más elegido para gobernar, que siga siendo el dueño de los votos y los votados desvirtúen ese sufragio y lo conviertan en un forzado apoyo a un pasado ajeno y a un presente absurdo y demasiado incomprensible. En nombre de Perón se hicieron ricos decenas de miles de funcionarios y operadores, personajes oscuros incapaces de repetir una sola de las ideas que dicen profesar. Y en su nombre pasaron a formar parte de la clase que prometían combatir.

La patria fue conservadora, con sus conflictos; luego radical y finalmente peronista. La antipatria fue siempre liberal, golpista, en sus dos versiones, la da de izquierda y la de derecha. En los 70, los dos demonios eran los gorilas y los militares que defendían a los ricos; y la guerrilla portavoz del marxismo. Unos y otros odiaron al peronismo, la izquierda con mayor saña, ya que lo culpa de frustrar su protagonismo, de haberle quitado su lugar en la historia. El peronismo impidió que la izquierda existiera; hoy quedan tan solo esos grupos absurdos que no sirven para hacer la revolución ni para ganar elecciones, solo para molestar a los transeúntes cortando calles.

El hecho de que el PRO defienda las instituciones es importante, pero la verdad solo les sirve a los ricos, poco y nada a los trabajadores y necesitados. La derecha es hoy democrática porque las financieras ocupan el lugar que ayer era de las Fuerzas Armadas. Los bancos son las catedrales de la religión de los ricos que buscan acumular y acumular para alcanzar números que les sirvan para competir y glorificarse entre ellos. En el mundo capitalista real, eficiente, ese hecho es el resultado de un éxito productivo o financiero; aquí, los nuestros solo son capaces de esquilmar al Estado y a los trabajadores, para más no les da la cabeza.

Reescribo porque no coincido con la mayoría. Los desaparecidos son diez mil y no treinta mil, y solo habrá paz cuando todos los caídos puedan compartir la misma lápida, cuando sea reconocido José Ignacio Rucci, cuando los exguerrilleros asuman el error que

cometieron al haberlo asesinado. Y los años de deterioro son cuarenta y cinco, y no setenta, número que expresan quienes intentan hacer responsable a la misma democracia de todos nuestros males. Esos que alguna vez llegaron a proponer el “voto calificado”.

Escribo porque interpretar el pasado es imprescindible, heredamos la visión económica del golpe de Estado y la mirada política de la guerrilla disfrazada de “derechos humanos”. En realidad, la guerrilla soñaba e incitaba el golpe y las Fuerzas Armadas eran mediocres, tan brutas como toda nuestra clase dirigente, en especial los empresarios. No entender que el mundo no podía permitir la Guerra de Malvinas es no entender al mundo. Algo tan irracional como imaginar que el libre mercado mejora el nivel de vida aportando los mismos resultados tanto en el imperio como en la colonia. Descerebrados: así pasamos de un cuatro por ciento de pobres a un actual cuarenta y cinco.

Todos somos responsables, y es necesaria la autocrítica y la elección de un proyecto común que nos devuelva la tranquilidad de un futuro digno, la esperanza de superación que todo ser humano necesita para transitar su vida. Debe nacer una opción nacional, patriótica, independiente de las modas y los negocios, una nueva mirada sobre nuestra identidad cultural, nuestro pueblo y nuestra tierra. Algo tan simple como el patriotismo, ese amor por lo propio que se convierte en defensa de la cultura y sus habitantes, ese sueño hoy postrado de ser nación.

“La patria es un dolor que aún no tuvo bautismo”, supo expresar el maestro Leopoldo Marechal. El desafío está a la vista: volver a ser patria.

I. UNA CRÍTICA DE LAS ARMAS

Autocrítica o ansiolíticos

Una tarde de primavera de 1986 caminaba por la avenida Córdoba y al doblar por Talcahuano me detuvo una mujer. Tenía unos cuarenta años y era hermosa; llevaba un traje y un bolso muy elegantes, que le daban un aire de ejecutiva. Le sonreí por compromiso, sin reconocerla. Me abrazó en silencio y en el contacto con su cuerpo supe quién era: me atravesó de una punta a otra el recuerdo de una historia demasiado dolorosa. Le devolví el abrazo, también sin palabras, y pasaron unos momentos hasta que pudimos empezar a hablar y evocar al ausente que nos unía, mi amigo queridísimo y su primer marido, el Negro Rogelio, desaparecido en 1977.

En mis tiempos de dirigente universitario, el Negro se había acercado a unos grupos de estudio que los humanistas teníamos en un local de la Democracia Cristiana. Él estudiaba Ciencias Económicas, yo Ciencia Política. Compartimos comidas, películas, libros, discusiones, ilusiones, y nos fuimos haciendo amigos. Juntos vivimos historias hilarantes, como la del sindicalista telefónico Julio Guillán, quien insultó a un policía que se llevaba a dos compañeros y cuando el tipo los soltó para detenerlo a él se esfumó en un segundo: era corredor de carreras de velocidad. O la del Pluma Sergio Sánchez Bahamonde, que le imprimió a nuestra amiga Marta Costa un libro sobre tejido al crochet y le metió un prólogo contra Ernesto Sabato porque no tenía otro lugar donde rebatir los argumentos antiperonistas del escritor.

Durante el onganiato, el Negro Rogelio discutió conmigo largas noches sobre la necesidad de la violencia. Se acercaba a Montoneros y estaba convencido: “No hay otra salida. El régimen es violencia. No se va a ir por las buenas”. Cuando comenzó a militar en la clandestinidad se quedó sin trabajo y lo llevé conmigo al Mercado de Abasto, donde en pocas horas se hacía buen dinero si uno era rápido sacando las cuentas del precio de las medias reses que los carniceros cargaban

apurados por salir a cortar y vender.

A diferencia de otros amigos, como Oscar De Gregorio, el Negro mantuvo su amistad conmigo cuando se sumó a la guerrilla. Fue de los pocos que no se sentía superior por tener un arma y que no me despreciaba por haberme quedado en la política. Era un personaje lúcido y transparente, que se animaba a confrontar ideas sin que el desacuerdo marcara una frontera de intolerancia. Se animaba a pensar, algo que no gustaba en las organizaciones armadas, donde era mejor visto obedecer.

Fue así, pensando, que Rogelio comenzó a tener dudas sobre el sentido de la guerrilla una vez recuperada la democracia, más aún en una organización que se decía peronista. Y el 20 de junio de 1973, cuando el enfrentamiento entre la derecha y la izquierda del movimiento produjo la llamada Masacre de Ezeiza, advirtió que sus dudas eran más sólidas que sus posibilidades de cambiar. Rogelio había ido a esperar el regreso definitivo de Juan Domingo Perón a la Argentina. Se encontró, en cambio, con la muerte de Horacio Simona, a quien quería como a un hermano, y otros militantes, más un tendal de heridos —como José Luis Nell, que luego se suicidó como consecuencia de su estado—, en una pelea por la proximidad al palco desde el que, finalmente, Perón nunca habló.

Esa noche nos juntamos en una pizzería del centro a evaluar lo que había pasado:

—No hay otra salida que la violencia —me dijo—, pero la violencia ya no es la salida.

—¿Y entonces?

—Entonces nada.

—¿Vas a pagar con tu vida ser fiel a una causa en la que dejaste de creer?

—Ya no hay vuelta atrás —me dijo, abatido.

Cuando lo secuestraron, su mujer quedó sola con sus chicos, el más grande de cinco años. Ella también militaba y fue a pedir apoyo a la organización. Me contó la historia esa tarde de primavera de 1986, de pie en una esquina, ajenos a los transeúntes y al tránsito: “Después de que el Negro desaparece me encontré con mi responsable en el parque Lezica y le dije que, por mi situación personal, tenía que dejar la

lucha. Me respondió que si de verdad me preocupaba el futuro de mis hijos tenía que seguir peleando. Le dije que no, que había tomado la decisión de no dejarlos huérfanos. Me advirtió que la *orga* no me lo iba a permitir y me dio otra cita, a la que no fui. Me escapé a una playa, en la costa atlántica, y supe que tanto los milicos como mis compañeros vigilaban a mi madre por si yo hacía contacto con ella. Me quedé sin su ayuda económica, para no ponerla en riesgo. Los dos primeros años se me fueron en desesperación; pasé hambre y los chicos tampoco estuvieron bien. Después pude comenzar a remontar la cuesta, me ayudó un familiar y logré establecerme. Los militares me dejaron vivir porque sabían de sobra que me había ido de Montoneros, y para la organización me convertí en una traidora. Hace unos años me casé de nuevo, con un tipo macanudo. No lo vas a creer: un médico. Tuve otro hijo con él y todos estamos realmente bien. Sobreviví. Perdoname por tirarte encima toda esta angustia. Hacía años que no tenía a quién contarle mi historia".

Le di un beso por toda respuesta. Recordamos un rato más al Negro y comenzamos a despedirnos. A ninguno se le ocurrió intercambiar teléfonos; todo lo que necesitábamos del otro había sucedido en esa esquina. La tristeza me empujó a decirle:

—Me alegra mucho ver que, a pesar de todo, pudiste seguir con tu vida.

—Sí, pude —me respondió, mientras me apretaba la mano como saludo—, pero ahora tomo Valium.

Sonrió y se fue.

Me dejó una imagen cruda del proceso interno que muchos atravesaron desde la desmesurada pasión que les pusieron a aquellos sueños de un mundo mejor a este presunto aburguesamiento que denostaban y al que finalmente se habían sometido. ¿Cómo fue que pasaron de contar anécdotas risueñas como las del Pluma a contar historias terribles de muertes y a dormir cada noche de la vida sin poder establecer un puente entre unas y otras?

"Ahora tomo Valium": así. En esa frase esta mujer puso todo su ser y expresó, por eso mismo, qué pasa con los sobrevivientes de una generación que no pudo revisar los errores que cometió y que llevaron a la muerte a buena parte de ella.

Para reintegrarse a la vida con otros sueños y otras ilusiones hace falta una autocrítica que la guerrilla no hizo. O una dosis regular de ansiolíticos.

La violencia suicida

El temor a caer en la teoría de los dos demonios —que separó, equiparando, el terrorismo de Estado de los hechos armados en nombre de la revolución— no puede obliterar la necesidad de hacer una autocrítica de la violencia en los 70. La condena de la represión más sangrienta que sufrió el pueblo argentino no implica como consecuencia directa la celebración de los crímenes de las organizaciones armadas, mucho menos la aprobación a libro cerrado de las evaluaciones que las llevaron por ese camino en el que moriría lo mejor de una generación política.

Como nunca existió una autocrítica de la guerrilla, tenemos una idea de la monstruosidad que solo se une al crimen de Estado. Es obvia la diferencia, desde el punto de vista jurídico, entre las Fuerzas Armadas a las que los ciudadanos mantenemos pagando los impuestos, y que desatan una cacería contra los argentinos, y aquellos que asumieron la violencia desde una concepción política. Pero desde un punto de vista humanista conviene remarcar que, cuando una sociedad se fractura, el ejecutor puede ser estatal o privado, de izquierda o de derecha, pero la gravedad de matar es la misma. La violencia, encarnada como un sueño revolucionario o un delirio represor, posee infinitas similitudes al margen de nuestra voluntad de cargar uno de esos términos de elementos positivos. En realidad, es al contrario: para alumbrar una sociedad mejor, un revolucionario debe ser capaz de conocer sus propios límites, errores y oscuridades, único camino para enfrentarlos.

Jamás justificaré el terrorismo de Estado. La guerrilla suicida regaló supuestas justificaciones a las Fuerzas Armadas e infundió miedo en algunos sectores, pero la dictadura mató más allá: militantes revolucionarios, compañeros peronistas y de otras fuerzas políticas, trabajadores, sindicalistas, estudiantes, periodistas, curas y monjas y cualquiera que cuestionara las raíces del sistema. Nadie jamás imaginó

tantas muertes ni tanto silencio en torno a ellas. Pero ni siquiera la falta de justicia que todavía reclaman los que sobrevivieron a los centros clandestinos de detención, los familiares de los desaparecidos o las abuelas que buscan a sus nietos nacidos en cautiverio, impide la revisión de los propios errores pasados, como sucedió en Uruguay con los Tupamaros. José Mujica carga la dignidad y la honra de haber sido tupamaro, haberse jugado la vida, haber acertado y errado y haber hecho autocrítica para volver a encontrar un lugar en la política y llegar a ser electo presidente.

Son muy pocos los sobrevivientes rescatables, prefiero no hacer nombres. Porque el problema central de la violencia guerrillera es ese: hubo más heroísmo en los cuadros militantes que ideas en los dirigentes. Y esa ecuación solo puede arrojar por resultado la muerte de los mejores.

Si los grupos se hubieran desarmado, realmente, al asumir el gobierno peronista de 1973, el golpe de tres años más tarde habría sido muy difícil de justificar. Toda pelea se habría dado en el seno de la política, con un pueblo movilizado por defender su democracia. Y luego de la muerte de Perón, en lugar de levantar un dedo acusador hacia Isabel y José López Rega, esos dirigentes y esos jóvenes comprometidos podrían haber constituido la opción política interna. En el proceso de su retorno del exilio, Perón ya no contaba a la vieja generación: quiso que la nueva asumiera su herencia. Pero los jóvenes que eligió estaban signados por el golpe de Juan Carlos Onganía, lo que equivale a decir que estaban signados por la locura de una sociedad en la cual la violencia se había instalado como un virus.

Cada uno de nosotros, los sobrevivientes de esos años, lleva una carga de irresponsabilidad —tanto en 1973 como en 1976, y en 1983 — y una carga de responsabilidad por 30.000 muertos. Porque los asesinaron los militares pero la incomprensión histórica es nuestra: es culpa nuestra, pesa sobre nuestras espaldas. En cada desaparecido hay un error de concepción de alguno de nosotros, inclusive la frivolidad o la incapacidad de no haber sido alternativa cuando debimos.

Si no hacemos una dura crítica a esa violencia suicida y todo lo que la hizo posible, les estaremos dejando a nuestros hijos una apreciación absurda de cómo fue la historia y, sobre todo, de cómo es posible vivir

en bienestar. Porque el compromiso no se corresponde con la gratuidad de la vida: al contrario, incluye la madurez de buscar lo mejor entre lo posible de la vida, no en un coraje de pancarta y muerte. Violencia rimaría, en un mal poema, con demencia. No por nada. Los que teníamos una formación política mínima, como era mi caso, porque me desempeñé como dirigente estudiantil desde 1963, no entramos en la violencia.

Kirchner o la reivindicación equivocada

En 1983, con la vuelta a la democracia, algunos protagonistas de aquellos errores de diez años antes consideraron que se encontraban en condiciones de hacer un aporte a la política, pero nunca lograron un lugar en la comprensión de la sociedad. Perdida la confrontación con la dictadura, esperaban un espacio que la democracia les negó. Así fue como su presencia se diluyó y los 70 se cristalizaron en una epopeya que defendía a sus caídos y a los deudos, pero no comprendía a sus sobrevivientes. Así fue como las Madres de Plaza de Mayo tuvieron un desempeño mucho más trascendente que los jefes montoneros: los deudos asumieron y deformaron un ideario que no conocieron.

Para las Madres, el heroísmo de sus hijos merece todas las honras y no necesita explicación. Además, la conducta que ellas mantuvieron frente a la violencia militar fue tan digna y tan consecuente que desnudó buena parte del resto de las conductas. Pero, por su propia naturaleza, el movimiento de las Madres no intenta ni logra darle a la muerte de sus hijos un sentido político que el presente pueda recuperar. La revisión de los hechos armados y sus conclusiones no puede partir de Hebe de Bonafini o de Estela de Carlotto, con independencia de los estilos diferentes de cada una: ellas son deudos, no actores. La revisión de los hechos armados y sus conclusiones solo pueden partir de los actores. Inclusive de aquellos que, como yo, acompañamos su nacimiento destacando nuestra oposición a la violencia.

Si durante el gobierno de Raúl Alfonsín los militares y sus patrones económicos intentaron atemorizar a la sociedad, la llegada de Carlos Menem al poder obligó a un cambio de estrategia: dejó fuera del juego a las Fuerzas Armadas y se asoció con la oligarquía para vender el patrimonio de generaciones. Luego de la crisis del 2001 a la que se

llegó por la inercia del neoliberalismo durante el gobierno de Fernando de la Rúa, Néstor Kirchner ocupó el poder, con una enorme cuota de pragmatismo y poco y nada de peronismo. La decadencia de la política permitió que Néstor le aportara mística a una decadencia indiscutible, que luego Mauricio Macri se encargaría de profundizar.

Parte de ese programa kirchnerista fue la liturgia de los 70. Desde el 2003 algunos de los referentes de esa época se sumaron para utilizar aquella vieja mística en la lucha contra los liberales y demás restos nefastos del menemismo. Pero los Kirchner les otorgaron demasiada importancia a los 70. Inclusive, diría, les otorgaron una importancia errada.

Es un acierto reclamar para la política el espacio del romanticismo y la entrega, recuperar la noción de esforzarnos por los demás luego de que Menem impusiera una cultura donde todos los valores se dirimían en el mercado, incluidas las acciones de la función pública. Nunca olvidaré el ahogo que me produjo la respuesta de una importante figura de la década menemista cuando le comenté, admirado, la belleza de una mujer que pasaba por la vereda, frente a la mesa de café donde él y yo charlábamos: “Vale 300 dólares”. Cree el ladrón que todos son de su condición, pensé.

Barrer esa idea pragmática y vil de la vida, que el menemismo entronizó en el gobierno, oponiéndole la vocación de servicio y los sueños que en los 70 poníamos en la política, fue un gesto positivo de Kirchner. Sin embargo, arrojar hacia fuera la culpa de la devastación, aunque afuera esté el terrorismo de Estado, es bastante limitante. Quita a los sectores que nos oponíamos a la violencia un protagonismo digno de ser recuperado. Y quita densidad al pensamiento, equivocado pero pasible de autocrítica, de los que la eligieron.

Reconozco que la tarea no resulta fácil. Caminando con Jack Fucks, un sobreviviente del campo de concentración nazi de Auschwitz, le pregunté por qué no podíamos asumir y revisar nuestra historia reciente. Me respondió que él había tardado cincuenta años en escribir sobre su experiencia; se detuvo y con su calma sabiduría me explicó: “La gente cree que el dolor incita a pensar, y no es cierto. Al contrario, el dolor inmoviliza”.

Éramos jóvenes

Ser joven en los 70 era un regalo de Dios: ingresar en el espacio de los adultos con toda la energía cuando el mundo había decidido demoler lo viejo para construir lo nuevo. O al menos eso parecía. Cruzarse con la revolución justo en la etapa personal de la rebeldía es una casualidad tan remota que bien puede considerarse un lujo.

Aunque nuestra juventud nada tuvo de apacible, la vida parecía igualmente eterna y el mundo un bien tan apetecible como dominable. Jugarse enteros no significaba acercarse a la muerte. Fueron años de imposibles en la edad adecuada. El riesgo de perder la vida se desplazaba al orden de lo secundario comparado con la amenaza mayor de no participar de la epopeya.

Las utopías dieron contenido a nuestro deseo de aventura y a nuestra inmensa capacidad de pasión. Tal fue su fuerza que con ellas los convencidos arrastraban a los que dudaban y muchos de estos —los *perejiles*, como se los nombró con desprecio indebido— entregaron sus vidas sin estar seguros de lo que hacían. Las utopías eran una corriente tan irresistible que arrastraron a miles. A tantos que tres décadas más tarde, cuando desde el poder se recuperó la memoria del militante, no faltaron unos cuantos vivos que se inventaron un pasado de sueños para ser parte del oficialismo.

En aquellos tiempos los violentos se sentían seres superiores. Nadie puede cuestionar que eran distintos porque comprometían sus vidas, y acaso necesitaban sentirse por encima de los demás para poder dejar a un costado las dudas y las contradicciones. Cuando involucra la muerte, el compromiso no soporta esas cargas. Aquel militante fue una figura sectaria y excluyente por naturaleza: por necesidad.

Sin embargo y contra lo que se ha convertido en el discurso dominante, los que no participábamos de la violencia también existíamos. En términos de incertidumbres políticas y existenciales

nada teníamos que envidiarles a los que se habían decidido por las armas. Pero a lo largo de la etapa que dio origen a la guerrilla siempre sostuve que la violencia no era el camino hacia nuestro objetivo de un país mejor; por el contrario, creí que nos conducía a una derrota segura.

Me duele recordar mi convivencia con las armas porque en muchas de estas historias trágicas las únicas explicaciones posibles son la locura o el absurdo. Y ante la muerte de otro ser humano uno necesita una explicación con alguna clase de sentido: ese vacío de significado resulta intolerable.

El dolor del sinsentido

Estamos obsesionados por la comprensión de los 70. Pero comprenderlos quizá implique devaluarlos, y eso duele: revela el enorme sinsentido que dio lugar a que muchos de nosotros terminaran desaparecidos.

Nadie se atreve todavía a decir que el heroísmo de la entrega fue inversamente proporcional a la pobreza de las propuestas y a la carencia de talento de la dirigencia guerrillera. El romántico deseo de futuro de una generación, combinado con la ambición de poder de quienes se pusieron a su frente tirando contra la democracia, arrojó como resultado una experiencia amarga.

La guerrilla tuvo un sentido cuando intentó cortar el ciclo de dominio militar de la oligarquía sobre los humildes, luchar contra la proscripción del peronismo y forzar la restitución de la soberanía popular. Pero cuando enfrentó a Perón terminó enfrentada con el pueblo. Perón no era una casualidad, sino el símbolo más profundo del pueblo. La guerrilla se expulsó del corazón de los argentinos, por eso se la pudo aislar: sin apoyo popular solo le quedó el peso militar y las Fuerzas Armadas eran un enemigo imposible de vencer.

Si la dignidad de la primera pelea fue maravillosa, la segunda nos deja una marca muy negativa: después de tanta entrega generosa hubo demasiado pragmatismo. Y la falta de autocrítica lo perpetuó: aquellos que eligieron la violencia en los 70, y sobrevivieron, resultaron deglutidos por el poder en los 90 cuando la figura del militante fue reemplazada por la del operador político. La política, aquella opción de voluntad colectiva a la que se habían entregado, mutó en la corrupción y la prebenda.

Ya no quedaron personajes como Avelino Fernández, quien fue secretario de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y cuando Lorenzo Miguel le ganó volvió a la pieza del conventillo. Muchos militantes

que en los 70 lucharon por una distribución justa de la riqueza, en los 90 me explicaron, mientras pedían una botella de vino de 200 dólares, que eso no era posible. Se contentaron con recibir su parte.

La violencia no es la síntesis del debate político de los 70 sino la manera en que se lo clausuró al servicio de los pragmáticos que impondrían una ideología incuestionable. La obediencia sirve a una causa tan bien como a la opuesta. La lucha armada cortó un proceso de discusión que sin duda estaba llevando la política a su momento más importante, adelantó el final a un ciclo cuya riqueza de pensamiento y debate hubiera permitido una sociedad más justa. Fue el quiebre de la discusión y el camino hacia su frustración. Al poco tiempo ya no se podía debatir sin ser considerado traidor a la causa que, en nombre de una supuesta nobleza, generó el mayor número de vidas sacrificadas sin llegar a constituirse en opción de poder. Porque la guerrilla en la Argentina nunca fue una amenaza real para el poder. La entrega de los militantes no puede cubrir la magnitud del error.

Los panegíricos que se han escrito sobre esos tiempos son el resultado de una exégesis desmedida. Se estudia un fenómeno que la tragedia obligó a sobredimensionar pero que el pueblo nunca asumió como propio. Los golpes de Estado en los países del Cono Sur utilizaron la guerrilla como una excusa para eliminar la democracia, no porque estuviera cerca de asaltar el poder. Los dirigentes como Mario Firmenich jamás entendieron dónde se encontraba el poder. Perón se lo mostró y ni quisiera así logró verlo. Como consecuencia, demasiadas vidas —y, por cierto, no la suya ni la de sus amigos en la Conducción Nacional de Montoneros— se apagaron al servicio de una causa carente de sentido.

En abril de 1977, Firmenich dio una muestra de su sensibilidad al respecto. En una entrevista que le realizó Gabriel García Márquez, quien todavía no era premio Nobel de Literatura, declaró: “A fin de octubre de 1975, cuando todavía estaba en el gobierno Isabel Perón, ya sabíamos que se daría el golpe dentro del año. No hicimos nada para impedirlo porque, en definitiva, también el golpe formaba parte de la lucha interna en el movimiento peronista. Hicimos en cambio nuestros cálculos de guerra, y nos preparamos a soportar, en el primer año, un número de pérdidas humanas no inferior a 1500 bajas.

Nuestra previsión era esta: si logramos no superar este nivel de pérdidas, podíamos tener la seguridad de que tarde o temprano venceríamos”.

García Márquez, al tanto de la barbarie cotidiana de las Fuerzas Armadas en el poder, le preguntó qué sucedió, acaso en busca de una señal de contacto entre su entrevistado y la realidad. “Sucedió que nuestras pérdidas han sido inferiores a lo previsto. En cambio, en el mismo período, la dictadura se ha desinflado, no tiene más vía de salida, mientras que nosotros gozamos de gran prestigio entre las masas y somos en la Argentina la opción política más segura para el futuro inmediato”, le respondió Firmenich.

Hilvanar los hilos sueltos

Toda generación tiene una presencia equilibrada de poetas y de contadores, de sentimentales y de almaceneros. La desgracia de los 70 quizá consista en que la parte mayoritaria de lo mejor de nuestra generación ingresó en una guerra que terminó en masacre y a los mediocres que sobrevivieron se les hizo el campo orégano para dominar la sociedad. No quedaba nadie más.

En eso se nota que el genocidio dejó marcas en los sobrevivientes: de alguna manera somos solo eso, sobrevivientes, y nos queda cierto regusto a frustración, y la sensación de que la ideología llevó a tanta muerte. De ahí que muchos participantes de esa epopeya hayan vuelto a la burguesía de la que quizá nunca debieron haber salido y terminaron votando, e inclusive convirtiéndose a sus políticas, al menemismo o la Alianza. En esos espacios —y en otros que se prolongan hoy, inclusive dentro del mismo peronismo— no había peligro alguno porque no había ideología.

Los sobrevivientes cargan con ese pasado de distintas formas.

Algunos, con un mecanismo lógico desde el punto de vista de la psiquis, no hablan del asunto. Trataron de olvidar los 70, de no asumirse como excombatientes. Intentaron, de diversas maneras, integrarse a una sociedad sin jinetas, a un anonimato intrascendente y balsámico. Recuerdo a un compañero que pasó encarcelado ocho años y su único comentario al respecto era: “Ya pasó, está todo bien”. Pero, así como él no podía ponerle palabras a su experiencia, otros no pueden hablar de otra cosa. Sus vidas quedaron marcadas por esos tiempos: sienten que esa experiencia fue la única importante de su vida, como viudas melancólicas que no pueden siquiera imaginar que transitar otros caminos no equivale a sustituir los pasados. Un amigo escribe horas y horas por día sobre ese recuerdo, convencido de que alguien en algún momento va a investigar y a encontrar valioso su

testimonio.

En ambos casos las actitudes comparten la misma imposibilidad de pensar que acaso hicieron algo mal. La derrota —si consienten la palabra— y los muertos fueron una casualidad desafortunada. Para los desaparecidos queda el dolor, que se impone sobre las heridas de los sobrevivientes.

Entre ellas, ese núcleo complejo de los genocidios: la culpa de quienes vivieron para contarla. Una cierta mirada de sospecha persigue a los que no cayeron en la lucha: la pregunta por los motivos de su supervivencia, un “algo habrán hecho” del lado de la revolución. En una larga charla, un ex detenido en el centro clandestino de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) me decía que no sabía por qué había sobrevivido y que probablemente no había ninguna lógica en el hecho, pero que percibía que los deudos y hasta la sociedad toda lo acusaban.

Ninguna de estas actitudes —la negación, la melancolía, la vergüenza— puede producir política. Y no produjo. Y así nos va.

Porque aun los pocos que lograron ubicar a los 70 en sus vidas y supieron hacer el duelo de la derrota y trataron de separar la paja del trigo para rescatar aquellos ideales descubrieron que ni siquiera habían logrado construir un sistema de solidaridad que en algo evocara a ese hombre nuevo por el que pelearon. Eran demasiado pocos y sus líderes probaban que los triunfos tienen miles de padres y las derrotas son huérfanas. Se quedaron como el viejo del tango *El jubilado* de Luis Alposta, al que le puso música Edmundo Rivero: “Ya no tiene ilusiones que ponerse”.

Retornan a mí las palabras que San Agustín escribió en sus *Confesiones* (Libro XI): “Evidentemente medimos el tiempo que pasa cuando lo medimos sintiéndolo. Pero el tiempo pasado que ya no existe o el futuro que todavía no existe, ¿quién podrá medirlos? A no ser que uno se atreva a decir que puede medirse lo que no existe. El tiempo parece sentirse y medirse cuando está pasando. Cuando ya ha pasado, no puede hacerse, porque no existe”.

Quizá no poder medir el paso de aquel tiempo sea la oportunidad adecuada para examinarlo libremente, para dividirlo en etapas que nos permitan entender ese pasado y darle un mejor lugar en la historia de

nuestro porvenir. Los recuerdos, como lazarillos, nos ayudan a hilvanar los cabos sueltos, los hechos que parecieron acontecimientos menores y luego tuvieron largas consecuencias; nos ayudan a descifrar los motivos en apariencia incomprensibles por los que llegamos a esta meseta política. Ahora que el pasado no se puede medir, ahora que ha pasado, podemos emplear esos recuerdos para intentar un balance.

II. LA HISTORIA QUE YO VIVÍ

¿Alguien dijo "Perón"?

Nací en 1942 en el Hospital Sardá de Parque Patricios, que en sus ocho años de funcionamiento ya tenía la impronta que aún conserva: era la maternidad de los pobres. Mi padre, Próspero Bárbaro, colchonero de máquina al hombro y socialista de Alfredo Palacios, no había terminado la escuela primaria. Mi madre, Velia Roselli, había sido obrera y cuando nacimos mis hermanos y yo se dedicó a coser, horas y horas, para nosotros y para la colchonería. Ella tampoco había terminado sexto grado, como se decía en aquellos años, cuando existían el primero inferior y el primero superior. Los dos leían bastante y nos inculcaron la idea de la educación como camino de progreso: sus tres hijos fuimos a la universidad.

Nuestra casa quedaba en Castro Barros y Agrelo, mi barrio de Boedo. Un territorio de inmigrantes: primeras generaciones descendientes de tanos como nosotros; polacos, judíos, gallegos. En la esquina estaba el bar de Dante, al frente la verdulería de don Juan, al lado la lechería de Marín, y hasta me queda el recuerdo de haber visto pasar antes las vacas para ordeñar en la calle. En Pascua venía el vendedor de pavos, que los arriaba en grupo y con un gancho separaba aquel que el cliente elegía. Las casas tenían terrazas y fondos, donde se instalaban los gallineros y se plantaban higueras, ciruelos, durazneros, limoneros, parras. Los inmigrantes habían bajado de los barcos con los sarmientos de las vides, con los gajos de las higueras, porque huían del hambre.

Los colchones se hacían a domicilio. Mi viejo cargaba la máquina, las tablas y el caballete. Abría el colchón, lo cardaba a mano en el patio y rellenaba el viejo cotín o lo reemplazaba por uno nuevo, si se lo habían encargado. Con los años se volvió delicado: tenía una clientela amiga, solo trabajaba allí donde se podía quedar a almorzar y charlar. Despreciaba a los colchoneros que ponían rueditas a las

máquinas para no cargarlas al hombro: “Te imaginás: ‘*rueditas*’”, me decía, como si fuera el colmo de la pequeñez. Mi madre, que aspiraba a cierto refinamiento, siempre se molestó por los rasgos de marginalidad de Próspero: el saco desteñido y torcido, la bolsa al hombro con los utensilios, el vozarrón. “Sirvan la comida que ya está en la esquina”, nos decía, en alusión a sus gritos.

En algo estaban siempre de acuerdo: el antiperonismo.

La casa de mi infancia era un conventillo típico. Adelante vivíamos nosotros, atrás seguían las piezas donde se hacían los colchones y al fondo se abría un universo que para mí no tenía nada de particular en ese momento, pero que marcaría mi vida. Al fondo habitaban los cabecitas negras, cuatro familias de trabajadores rosarinos, formoseños y paraguayos, morochos que habían ingresado a la fábrica y tenían la foto del presidente Juan Domingo Perón en la pieza. Ellos eran los otros migrantes: los humildes que nos dio la tierra, los hijos de aquellos que se salvaron de los conquistadores de desiertos, los que sin quejarse amaban su país aunque no pensara como Francia o comerciara como Inglaterra o soñara con convertirse en Australia. Los que el 17 de octubre de 1945 llenaron la Plaza de Mayo, que quedó pequeña para tanto pueblo.

Durante el peronismo la gente de clase baja se convertía en gente de clase media. La producción era más importante que el sector financiero, la exportación una necesidad del desarrollo, la industria nacional un sueño que se iba volviendo realidad. El país crecía y la sociedad se integraba.

Exactamente al revés que ahora.

Yo tenía tres años, no sabía qué quería decir “compañero”. Pero con los años aprendí que esa fecha había definido a mi país. Fue menos una fecha patria, como las que evocan el nacimiento o la muerte de un prócer, que un día memorable de fiesta. El día que se alzó una bandera de lucha, que sonó un grito de guerra, que se reclamó la dignidad para los humildes, que se forjó la alegría de constituirnos en pueblo. No me enteré porque en la mitad de adelante del conventillo, donde vivía, todos eran socialistas y de San Lorenzo. Los de atrás, los que remojaron sus pies en la fuente, los que lucieron el uniforme brilloso del torso desnudo, eran todos peronistas y de Boca.

Recuerdo que, no obstante, formábamos una constelación pacífica, menos proclive a las peleas que a las celebraciones en común. Después de todo, aunque denostaran a Perón y se escandalizaran con Evita, mis viejos eran parte de esa sociedad que crecía. Habían comprado una casa en cuotas en Villa Calzada, donde teníamos frutales y pasábamos las vacaciones hasta que la terminaron de pagar y el esfuerzo en la colchonería les permitió sacar una hipoteca para un terreno en San Clemente del Tuyú, cerca del mar. La heladera, la radio, el lavarropas: todo era producto de la prosperidad peronista, como la camioneta Chevrolet del año 1929 que llevaba la mercadería durante la semana y paseaba a la familia los sábados, domingos y feriados. A casa llegaban remotos familiares del *paese* que no sabían hablar español y con dos años de hacer colchones podían aspirar a un terrenito, y con otros dos años más, acarreaban los ladrillos y se hacían las casas en Claypole, Ramos Mejía, Ituzaingó, Santos Lugares.

Con el peronismo, el sueño de democracia que había comenzado el radical Hipólito Yrigoyen tomó la forma de sólidos escalones en el ascenso social. Pero mi vieja se quejaba de que las fábricas eran un desorden, que demasiados derechos fomentaban la vagancia. Para ella y mi padre no había peor fantasma: sus vidas fueron un culto al esfuerzo. Mi viejo cantaba mientras trabajaba, y después cocinaba guisos, amasaba pizza. Nunca lo escuché quejarse. Pero no podían entender que hubiera otro modo de organizar el esfuerzo, que el peronismo reivindicase el trabajo y las organizaciones obreras. La alianza entre los obreros y los patrones productivos, con sindicatos que defendían los derechos de los más débiles, les parecía incomprensible.

Mi tía Francisca, la única peronista de la familia, recibía toda la artillería irónica de los Bárbaro. Era pobre y feliz porque había elegido la humildad. Su marido era un buen empleado al que todos miraban con pena: una de sus hermanas fabricaba calzado que exportaba, e hizo fortuna durante la Segunda Guerra Mundial: el otro era un propietario de locales que se quejaba de cuánto ganaba un carnicero peronista al que le alquilaba. En 1952, poco después de la muerte de Evita, Francisca apareció vestida de luto riguroso en un cumpleaños de mi abuela. Primero la trataron como una traidora a la patria. Después la provocaron por el resto de la fiesta: “¿Quién se te murió, che?”.

Los volvía locos que todos los días, cuando escuchábamos *Los Pérez García* en la radio, se interrumpiera la audición para recordar que “a las 20:25 Eva Perón pasó a la inmortalidad”. Hasta que pudo comprar un camión Lancia, y luego cambiarlo por la camioneta Chevrolet 29, mi viejo se movía en un triciclo que parecía de juguete en comparación con la Camioneta Justicialista, un bicho fabricado por las Industrias Aeronáutica y Mecánica del Estado (IAME), que tenía el vecino de enfrente, un fanático peronista. Uno se puede reír de muchas cosas, pero en todas las acciones del peronismo —desde el Pulqui, aquel avión a reacción, hasta el Proyecto Huemul de fusión atómica con el que Ronald Richter engañó a Perón— se detecta una voluntad de ser Nación que nunca más se repitió.

Ya era un adulto cuando comprendí que el peronismo es el fenómeno político más importante del siglo XX en nuestro país. La cultura nacional, los intereses de los humildes y la producción tuvieron en esa etapa el momento de mayor reivindicación y mayores logros. No solo terminó con la Década Infame conducida por los intereses agrarios y financieros, haciendo ingresar a nuestro país en el proceso de la revolución industrial y los derechos obreros, sino que, sobre todo, el peronismo constituyó la defensa de los intereses de la Nación, y en ese sentido comprendió antes que nadie cuál era el problema de nuestra sociedad. La oligarquía sufrió este proceso como cualquier monarquía vive la llegada de la democracia, y de allí el rencor. Tanto construyó el peronismo que para destruir su obra debieron pasar décadas de políticas como las de José Alfredo Martínez de Hoz y Domingo Cavallo.

La formación salesiana

Aunque era socialista, mi viejo me mandó al colegio de curas. Como todos los inmigrantes o hijos de inmigrantes casi analfabetos, suponía que los curas nos enseñarían todo lo que ellos no podían y delegaba en ellos nuestro desarrollo intelectual. En su ansiedad por asegurarme la educación de la que él había carecido, mi padre me compraba *Selecciones del Reader's Digest,* para que leyera, pero yo esperaba a que él terminara el diario *La Razón* para devorármelo. Mi hogar no fue un espacio de estímulo. La primera vez que pensé que podía usar la cabeza fue a los once años, fuera de casa: cuando gané un concurso de ajedrez en el colegio.

La escuela primaria, como el conventillo, nos impulsaba a la integración. Conviví con hijos de profesionales y de empresarios, y con cabecitas negras como mis vecinos del barrio con los que cazábamos mariposas en la calle, armábamos concursos de barriletes o tejíamos bolsitas para la feria porque las mallas de red eran una novedad.

Si bien me mantuve bajo el cuidado de los salesianos, mi vida cambió cuando comencé el secundario. Ingresé como pupilo a una escuela agrícola a casi trescientos kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, que solo dejaba en diciembre. No se transformó únicamente el paisaje geográfico sino también el humano: la mayoría de los alumnos éramos pobres y los escasos compañeros ricos asistían allí castigados por sus comportamientos indomables. De ese mundo, creían los padres, saldríamos buenos.

Éramos ciento cincuenta jóvenes de doce a diecisiete años encerrados en medio del campo: casi un reformatorio. Misa diaria y comida austera; la mañana en el campo y la tarde concentrados estudiando en silencio. En invierno todavía era de noche cuando los curas nos sacaban a trabajar la tierra. Nos sometían a pruebas como sostener trozos de escarcha en cada mano: al soltarlos uno sentía calor,

pero nadie se quejaba porque ese gesto hubiera revelado debilidad. La formación salesiana buscaba el placer en el esfuerzo, en la resistencia física, en el temple. Aún hoy no me permito reconocer si me afectan el frío o el calor.

Nos lavábamos en piletones enormes con una canilla detrás de la otra, de las que desde luego solo salía agua fría; nos bañábamos únicamente los sábados, cuando llegaba la bolsa personal de la ropa que se enviaba a lavar al pueblo. Los domingos nos sacaban a cazar liebres munidos de palos: pasábamos horas caminando por el campo en formación de U y nos cerrábamos en un círculo cuando la pobre liebre saltaba. Se suponía que la descarga física de matarla a golpes nos disipaba los pensamientos pecaminosos. Si pasaba una perdiz, también caía bajo nuestra saña adolescente. Cuando el botín resultaba escaso, recorríamos los montes para agregar algunos gatos salvajes al escabeche. Salíamos brutos, pero fuertes; sin roce social pero preparados para pelear por la vida.

Inclusive dedicábamos parte de las vacaciones a levantar la cosecha de algún campo vecino. Cosíamos bolsas, las cargábamos en los camiones o en la estiba, y alguna vez hasta levantamos las mazorcas de maíz a mano, arrastrando la carga entre las piernas: era la forma de ganarnos unos pesos antes de volver a casa. Ese pupilaje me marcó positivamente en la resiliencia, la valoración del esfuerzo, la importancia de saber convivir y el sentido de competir y emular. Siento cariño ante esa imagen de mí mismo en la pubertad.

Cuando veo tantos chicos camino a la muerte consumiendo paco, pienso en la destrucción nacional que abrió el abismo entre su experiencia y la mía, entre aquella antigua sociedad que integraba, basada en la justicia distributiva, y esta desigualdad que genera víctimas. En la casa de mi infancia no se echaba llave a la puerta porque la seguridad venía con la integración, no con los discursos inflamados de los políticos en campaña. Creo que no escuché la palabra “desocupado” hasta después de los cuarenta años.

La democracia no puede seguir transcurriendo bajo el crecimiento de la pobreza: el Estado necesita de un accionar activo para recuperar a los excluidos. Integrar a los marginales, educar a nuestros jóvenes, superar el hambre y el analfabetismo son tareas épicas y necesarias.

Hoy la educación es gratuita y obligatoria en el adentro social, pero para los que quedaron fuera no hay más que piquete o droga, abandonados a la buena de Dios. El Estado no puede mirar hacia otro lado mientras caen en las variantes del delito, la autodestrucción, el abuso político o todas a la vez. Los nuevos parias, generaciones desposeídas por el remate del patrimonio nacional, deben ser recuperados como personas si queremos mantener una identidad nacional que nos una a todos los que habitamos este país. Los que fuimos enseñados y exigidos con horarios y costumbres nunca olvidamos el bien que ello significa.

Vivíamos bajo reglas muy estrictas: los salesianos nos castigaban si hablábamos en fila, si silbábamos e inclusive si llevábamos las manos a los bolsillos. El castigo tenía un nombre curioso: "juntar ramitas". Los reos arrastrábamos troncos mientras el resto jugaba al fútbol en el recreo largo después del almuerzo. La primera vez que nos dijeron "A ver, porteños, maten esa yegua vieja y métanla en el tacho para los chanchos", sentí que no quedaba lugar para la duda. Tenía catorce años y desafíos como ese definieron mi conducta. Nos obligaron a ser hombres: cargábamos bolsas para las que no nos daba el físico, hachábamos leña, cavábamos zanjas; en la yerra castrábamos animales y les cortábamos los cuernos, y alguna vez nos animamos a jinetear algún ternero. El único placer que conocíamos era despertarnos los días de fiesta con "Barcarola", de *Los cuentos de Hoffmann,* la ópera de Jacques Offenbach. Sentíamos que abríamos los ojos en el paraíso: el resto de las mañanas del año nos levantaban unos campanazos que nos destrozaban los tímpanos.

Los ciento cincuenta muchachos nos repartíamos en dos únicos dormitorios, enormes como galpones. Las camas se alineaban en fila, con una cómoda pequeña a un lado; nos acostábamos y nos levantábamos en estricto silencio, sin romper el orden ni salirnos de fila. Bastaba un golpe de manos del sacerdote o maestro responsable y nos metíamos a la cama, siempre vestidos. No nos permitían andar en paños menores, y mucho menos desnudos: ancestrales luchas contra la posible homosexualidad. Para levantarnos nos poníamos las bombachas de campo, prenda de uso único, bajo las sábanas. Acaso sea redundante aclarar que las mujeres estaban ausentes de nuestras

vidas. Un cura recortaba los contados avisos con imágenes femeninas que aparecían en *Chacra*, la revista que me enviaba mi madre, para que no cayera en tentaciones. Solo la fe podía salvarnos de la locura.

Por supuesto, la política era algo que quedaba lejos.

Me acordaba de las discusiones en el conventillo, entre los cabecitas negras y los que olían con la nariz para arriba, pero en 1955 el golpe para mí representó poco y nada. Uno de los escasos contactos con la realidad exterior que recuerdo fue la noche del 4 de octubre de 1957, cuando nos sacaron a todos al descampado para contemplar el lejano paso del Sputnik, ese primer satélite con el que los rusos deslumbraron al mundo. Los ciento cincuenta formados, tratando de distinguir una lucecita improbable en el cielo: eso era la realidad.

No había diarios, no había radio. Ni soñar con un televisor: ese invento no llegaba a nuestros alejados lares. Lo que sí había era algún sacerdote que se ocupaba de estimular la lectura en aquellos a los que imaginaba capaces de disfrutarla y entender el mundo letrado. Para el resto bastaba el trabajo manual: los salesianos de entonces pensaban que educar consistía en desarrollar los talentos que cada quien había recibido al nacer. Ponían la misma dedicación en unos que en otros. Hace pocos años, cuando visité a tres de mis viejos maestros en una casa de retiro, salí lagrimeando por el detalle con que recordaban mis anécdotas de juventud. "¡Ah, el lío que se armó cuando se te cayó ese tambor de querosén!", me dijo uno de ellos, Ignacio Cosinski. Sé que hay curas pedófilos que provocan daños irreparables, pero también existen santos como estos hombres que veían en cada uno de nosotros a un hijo espiritual en el que depositaban la esperanza.

Quizá con más agudeza que yo, convencido de mis dotes de perito agrónomo como para soñar con seguir la carrera, el padre Rómulo Rodríguez me descubrió, a los quince años, la biblioteca que no había conocido en mi casa. Me acercó libros como *Cristo de nuevo crucificado,* de Nikos Kazantzakis; *Las llaves del Reino,* de A. J. Cronin; *El cielo y la tierra,* de Carlo Cóccioli; *Cirios amarillos por París,* de Bruce Marshall; *El poder y la gloria,* de Graham Greene; *La vida de Cristo* y *El libro negro,* de Giovanni Papini; *Cuerpos y almas,* de Maxence Van der Meersch.

Así entré a la cultura del humanismo, una concepción de dignidad que reorientó mi vida.

El Cenáculo y el Troskomatógrafo

La política me sedujo en la década del 60, cuando lentamente avanzó sobre toda mi generación. Si tuviera que precisar una fecha, diría 1963: tenía veintiún años, estudiaba Agronomía en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y me inscribí en Ciencia Política en la Universidad del Salvador.

Al terminar la escuela agrícola, en 1959, elegí esa carrera cuyo alumnado entonces se dividía en dos: los que tenían campo y los que no. Después de horas en la colchonería con mi padre y mi tío, caminaba hasta la avenida Díaz Vélez para tomar el colectivo 105, que me dejaba en la puerta de la facultad. Alguna vez fui a clases con el camión Dodge 400 que usábamos en el negocio para repartir los colchones, pero casi siempre iba estudiando con el libro en la mano izquierda porque con la derecha me aferraba al pasamanos del ómnibus. En cambio, la mayoría de mis compañeros iba en sus automóviles, unos hermosos Peugeot 303 que estaban de moda. Para mí, llegar al auto propio implicó convertirme en taxista, poco tiempo después, en 1961. Estudiar era una opción; trabajar, una necesidad.

Hoy la tecnología transformó el paisaje rural argentino: el técnico es tan importante como el campo sojero. No era así en ese pasado, cuando a Agronomía íbamos los que esperaban heredar y administrar sus propiedades y los que nos formábamos para mayordomos del poder ajeno o quizá para trabajar en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA).

La fractura social era nítida. Los muchachos con campo eran gente amigable, pero la distancia de clase se notaba en la ropa, en la tonada, en esa seguridad que da la cuna (y los arribistas imitan y exageran). Sin embargo, no había resentimiento. Yo manejaba mi taxi, iba a las clases de Botánica con Lorenzo Parodi, tomaba apuntes con birome, de vez en cuando comía en Bachín y con eso era feliz. En la diversidad de

ese mundo —la colchonería, la fauna urbana que subía al taxi, los ricos de Agronomía—, aquellos años me revelaron la exuberancia del paisaje humano.

Seguía siendo un militante católico. Iba a la iglesia de San Carlos, leía a Jacques Maritain: *Humanismo integral, Cristianismo y democracia, La persona y el bien común.* Todavía faltaba para que se desarrollaran las ideas de la democracia cristiana, pero flotaban ya las que definíamos como la ideología del porvenir, el humanismo cristiano o social-cristianismo. La religión me resultó un punto de encuentro con los elegantes de la facultad y, sobre todo, me acercó a la política por medio de los humanistas.

El catolicismo y el marxismo eran las dos opciones que se nos abrían a los jóvenes: se enfrentaban en Europa y nosotros vivíamos los coletazos. En aquel momento ser católico era ser humanista y ser ateo era ser marxista; ya vendrían otras divisiones y combinaciones, pero todavía las equivalencias eran sencillas. Me convertí en delegado de la Liga Humanista, que estaba creciendo —había ganado en Ciencias Económicas, la facultad más grande de América latina, con 20.000 estudiantes— y en las elecciones de 1962 logró imponer al rector Julio Olivera. En los *Cuadernos humanistas* dábamos cuenta de nuestra dependencia cultural: nos influían más Emmanuel Mounier y Teilhard de Chardin, quienes trazaron nuestros ejes filosóficos, que los pensadores de nuestro país. Nos vinculamos con el Integralismo, que prendía en Córdoba, y con los católicos de la Unión de Estudiantes del Litoral. Con los años me convertiría en secretario general (1963) y presidente de la Liga Humanista de Buenos Aires (1966), desde donde participaría como cofundador de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE).

En aquel mismo 1962 un golpe terminó con la presidencia de Arturo Frondizi. Su entrevista con el Che Guevara había marcado a nuestra generación, del mismo modo que la breve esperanza de humanización del imperio que encarnó John Fitzgerald Kennedy. La caída de Frondizi nos importó adicionalmente porque sucedió como consecuencia de las elecciones de marzo que ganó el peronismo proscrito, por medio de la Unión Popular, en diez de las catorce provincias nacionales. La presión militar forzó la intervención de la

provincia de Buenos Aires, pero la crisis derivó en la ruptura institucional. Las Fuerzas Armadas derrocaron al presidente y lo confinaron en la isla Martín García.

Admiré mucho a Frondizi. Para los que éramos pibes en 1958, Frondizi significó la coronación de la inteligencia como poder, la seducción del intelecto. Risieri Frondizi fue rector de la UBA, Silvio Frondizi formó a la izquierda argentina, Arturo Frondizi llevó el desarrollismo a la presidencia, ¡y la familia decía que el hermano más brillante era Orestes!

Lástima que el talento y la lucidez asusten tanto a las clases altas, que en aquella época veían el comunismo en todas partes. Las asonadas de los militares brutos se justificaban con la palabra "gramsciano": todo lo que no entendían se lo achacaban al pobre Antonio Gramsci, y como lo que no entendían era un espacio casi infinito decidieron sacar del gobierno el talento y la lucidez. Entre el peronismo proscrito y la izquierda tan temida, el debate entre liberales (católicos y de los otros) me reveló lo peor de una sociedad decrépita. Una diferencia importante con lo que había sucedido una década atrás: la sociedad que había puesto a Risieri Frondizi en el Rectorado de la UBA estaba fracturada pero no era decadente. Simplemente intentaba eliminar al peronismo, que a su vez tampoco era decadente: si ponían a Risieri Frondizi era porque la sociedad que se replegaba tenía a Jorge Taiana, a Raúl Scalabrini Ortiz, a Ramón Carrillo, a Arturo Jauretche. Con Juan Carlos Onganía ya no se buscó a los mejores sino meramente a los del bando propio, brutos por añadidura. Por primera vez pensé que Perón encarnaba el único proyecto posible de sociedad.

A finales de 1961 una amiga, hermana de un compañero de pupilaje, me invitó a un grupo de reflexión. En una casa de Belgrano, al atardecer de un domingo, encontré a cincuenta personas repartidas en sillas y sentadas en el suelo, una enormidad de gente para alguien tan tímido como yo era entonces. Habían compartido la misa por la mañana, habían meditado, habían hecho un almuerzo comunitario, habían rezado. La noche los encontraría discutiendo. El padre Jacinto Luzzi —un jesuita flaco, con los pelos parados, que encendía un cigarrillo tras otro— dirigía los debates todos los fines de semana. Se tomaba un tema por vez: la religión, el amor, la amistad, por ejemplo,

y cada uno debía referirse únicamente a su experiencia.

Quedé subyugado por aquel primer contacto con la clase media intelectual, a la que iba a integrarme. Yo salía con mis primos, en el camión, a los 8 Grandes Bailes 8 en los clubes de barrio, pero ese mundo nuevo me atraía más. Por un lado, el método de conocimiento enganchaba con mi formación religiosa: compartíamos la práctica católica con misa y comunión, la idea de que el cristianismo se impondría sobre cualquier otra convicción y fe en el mundo. Por otro, reconozco que la presencia de mujeres resultó un asunto decisivo a esa edad.

El padre Luzzi me concedió una entrevista para integrarme al grupo, que resultó muy selecto, conocido como el Cenáculo. Para mí, que lo veía como a un sabio, hablar con él fue algo extraordinario en sí mismo. Su fe de converso, capaz de mover montañas, me atraía tanto como su pasado marxista. Al igual que tantos jóvenes, yo buscaba una guía para navegar el mar de mis dudas. Mientras otros la hallaban en un gurú de la India, yo la encontré en este cura en una casa de Belgrano. Aunque su progresismo era acotado (insistía en que el beso se convertía en pecaminoso cuando participaba la lengua: la castidad era una manera de vivir la fe en esos tiempos), se transformó en mi director espiritual. Le presté mucha atención cuando me sugirió que hiciera un examen vocacional. “Vos tenés más inquietudes sociales que agrícolas”, me dijo. La psicóloga Marta Maglio me hizo el estudio y me anunció que había nacido para las ciencias sociales. Y sin dejar Agronomía, que me gustaba y que ilusionaba a mi madre, me anoté en Ciencia Política.

La Universidad del Salvador estaba naciendo y cada carrera era una tormenta de actos creativos, desde la selección de los profesores hasta la definición de las materias y sus contenidos. El primer rector, un cubano exiliado, se molestó cuando alguien le comentó que el gobernador Robustiano Patrón Costas había sido “un salteño rico y despreciable al que su pueblo no quería”. “¿De dónde sacaste eso? ¿No les habrás preguntado a los descastados, no?”, objetó. Lo reemplazaron por Ismael Quiles, un sabio que enseñaba hinduismo y atendía sentado en la posición de loto.

Si en Agronomía éramos trescientos alumnos en una clase magistral,

en El Salvador no llegábamos a mil en total y nos sentíamos, también, fundadores de una universidad de excelencia. Los jesuitas tenían la voluntad de ser forjadores de la *élite* que condujera a la Argentina y por eso nos mezclaban en los patios y en actividades comunes —como el Cenáculo— a los de Filosofía, los de Historia, los de Psicología, los de Ciencia Política, los de Derecho, los de Medicina.

La universidad estaba concebida para estructurar un espacio de exigencia intelectual y de compromiso político, no como una Academia Pitman con bendición papal. Aquella intelectualidad de la Compañía de Jesús contaba con hombres como Juan Rodríguez Lonardi, Luis Virasoro, Joaquín Aduriz (quien debatía con Raúl Urtizberea en el programa de televisión *¿Cuál es su duda?,* que luego se llamó *El abogado del diablo*), Argentino y Pedro Moyano, Guillermo Galárraga, José Balista, Juan Pruden, Héctor Grandinetti. Muchos de ellos integraban el Centro para la Investigación de Temas Sociales (CIAS), un grupo de curas dedicados al movimiento social. Todos esos pensadores, respetados por la sociedad, terminaron reemplazados por esa iglesia de mercaderes y arribistas que representa el Opus Dei, la religiosidad del capitalismo.

Con los jesuitas se me abrió un mundo de hombres y mujeres diferente al que conocía del barrio o en Agronomía, donde casi no había compañeras. Descubrí una relación de paridad con lo femenino al mismo tiempo que conocí el enamoramiento. Mi primera relación, muy hermosa, fue con una estudiante de Filosofía que un día inolvidable me llevó a su casa para presentarme a su padre, el enorme poeta José María Contursi, que era viudo y convivía con una señora dulce y humilde, la Gricel del tango.

El Salvador también me hizo de la calle Corrientes, porque al salir de la facultad, por la puerta de Callao, a las seis de la tarde, caminábamos hasta Corrientes y luego hacia la avenida 9 de Julio, y siempre encontrábamos alguna mesa de café a la cual sentarnos para discutir. Encuentros casuales o pactados, reiterados en ambos casos, de militantes con neófitos, que se convirtieron en nuestra manera de enriquecer el tiempo: no queríamos matarlo sino aprovecharlo para tratar de entender el mundo. Por la noche nunca faltaba la invitación a comer en alguna casa: todas nuestras viviendas parecían abiertas para

charlar, modestas fiestas cotidianas porque nadie carecía de trabajo. Ni la pobreza ni la riqueza eran elementos para separarnos: recuerdo que tenía una amiga muy bacana que nos puso el chofer a disposición para que fuéramos a comprar chorizos. Valorábamos al interlocutor en sí: su formación, sus silencios, sus preguntas.

Anhelábamos ser originales y nos inventábamos un personaje para pararnos frente a la vida. Todos pretendíamos —algunos, todavía pretendemos— la utopía de la cosmovisión propia, que respondiera a todas y cada una de las preguntas de la vida. Ese era el regalo que nos daban las grandes concepciones: una respuesta para todo. Los marxistas, además, la pretendían científica para buscar la superioridad en la diosa de los ateos, la razón. Tanto ellos como los liberales se sentían ciudadanos del mundo, contenían la vanguardia de la humanidad blanca, sobria y educada. Para los marxistas el oprimido era el obrero universal: a otros, que procurábamos modos de transitar el camino de lo nacional, nos resultaba más cercano el morocho de la esquina. Entre tanta teoría de lo colectivo, lo individual era el campo de los freudianos, estudiosos del psicoanálisis o simples fieles a la moda del diván. Su mirada original —la interrogación al inconsciente — también los hacía sentir superiores.

Así competíamos y nos estimulábamos mutuamente, detrás de una piedra filosofal que nos salvara, proviniese de la política, de la religión o de cualquier otro saber que se prestara. Había profascistas, promarxistas, properonistas, protrotskistas y todos podíamos compartir una tarde en El Vesubio. El gran tema era el futuro. No discutíamos de dinero: sentíamos que la riqueza estaba adentro de nosotros. En La Paz nos ganaba por goleada la izquierda, pero en el Ramos éramos más los nacionales. Discutíamos de política, de literatura, de plástica, de religión. Y el cine fue el debate de ideas más importante: salíamos del *Troskomatógrafo,* como le decíamos al cine Lorraine, y pasábamos horas hablando de *La batalla de Argelia, La dolce vita, Viridiana, La fuente de la juventud, La noche, Blow Up*…

El cine llenaba todos los espacios simbólicos: la filosofía con Ingmar Bergman, la poesía y el humor con Mario Monicelli, la revolución con Gillo Pontecorvo, el amor con casi todos. No nos perdíamos una sola de Luchino Visconti, Alain Resnais, François Truffaut, Federico Fellini.

El cine ocupaba el lugar de la reflexión: no era un pasatiempo como hoy, sino un espejo lúcido donde se reflejaban nuestras inquietudes. A veces nos educó más que la universidad, y que la vida misma.

Hace poco me encontré con aquella primera novia, Alicia Contursi. Memoriosa, recordaba como si fuera ayer una de nuestras largas caminatas por Primera Junta. Habíamos hablado sobre el derecho a matar al enemigo. Creíamos que no existía tal cosa. Nos negábamos a aceptar esa violencia, teníamos miedo de impulsar en esa dirección a los compañeros. La proscripción del peronismo y el ciclo de golpes tenían que encontrar otra salida, pero no se nos ocurría. Nos asustaban los argumentos que se trasladaban desde la experiencia de la Revolución Cubana pero no imaginábamos siquiera el volumen de sandeces que escucharíamos décadas más tarde en boca de dirigentes que cargan vidas sobre sus hombros y hablan como si poseyeran la verdad.

La isla universitaria

Durante los años de Arturo Illia vivimos la libertad sin la menor conciencia de lo que eso implicaba. El desprecio a su gobierno era tan unánime que parecía una moda: la izquierda lo atacaba convencida de que así aceleraba los tiempos de la revolución y la derecha preparaba el terreno para otro golpe de Estado. Los estudiantes lo veíamos bien al principio, pero en pocos meses las revistas como *Primera Plana* o *Tía Vicenta* nos vendieron esa imagen de viejo, de tortuga, que resultó tan dañina. Mariano Grondona, desde el semanario de Jacobo Timerman, anunciaba "la llegada del ungido".

Los universitarios habíamos pasado de ser 138.000 en 1955 a 220.000 en diez años. La polémica sobre la educación "laica o libre" durante los años de Frondizi y la oposición entre cientificistas y transformadores de la realidad social habían fertilizado el terreno para un sector históricamente activo. Protestábamos contra los exámenes de ingreso, el aumento de los aranceles del comedor, el precio de los apuntes, los recortes de presupuesto.

Los estudiantes cristianos empezamos a descubrir las villas y ampliamos nuestras inquietudes sociales. Los sábados y los domingos íbamos al leprosario de General Rodríguez, a ayudar a los pacientes y a jugar al fútbol con ellos. Entablábamos nuestros primeros contactos con un mundo que existía fuera del nuestro, del que apenas habíamos tenido noticias. Y las idealizaciones se desmoronaban: el día que un leproso me pidió que tocara en su armónica, solo el espíritu de sacrificio de la época logró vencer mi aprensión. En el Salvador, durante una Semana Social, colgamos en las aulas mensajes tan simples como novedosos para nosotros: "Lo que vos gastás en la peluquería, otro lo necesita para comer". Algunos se sublevaron ante el texto. Otros se sublevaron ante la injusticia que reflejaba el texto.

Asistíamos a retiros espirituales y a campamentos cristianos. El guía

espiritual solía invitarnos a los retiros, una experiencia de completa separación del mundo exterior para meditar durante varios días. Recuerdo mi primera vez: una semana en San Miguel, aislado en un cuarto espartano, con misa y comunión diaria, lecturas recomendadas y un sacerdote joven que se acercaba un par de veces al día. No volví a sentir ese clima sublime del espacio cerrado, el silencio y la paz, hasta que visité un *ashram* en la India, décadas más tarde. Los cantos en hindi y los sonidos del timbal me devolvieron la memoria de aquella actitud del asceta: la calma en la mirada de aquellos hombres era la misma que la de nuestros guías.

En verano el Cenáculo completo se subía a los vagones de segunda del tren a Bariloche para salir de campamento. El Ejército nos prestaba unas carpas enormes en las que dormíamos, las chicas juntas en un lugar y los muchachos, también juntos, a cien metros. Llevábamos provisiones para todo el mes e inquietudes para media vida. Madrugábamos y caminábamos a solas para meditar; nos reuníamos para la misa, en la que transformábamos las canciones religiosas con arreglos nuestros en guitarras y bombos. A la tarde, el padre Luzzi nos bajaba línea en largas charlas y cuando terminaban las discusiones y la cena armábamos un fogón junto al lago Mascardi, circunstancia en la cual estaba permitido que las parejas se sentaran juntas pero no que se alejaran del grupo. De vez en cuando hacíamos excursiones por la zona, en camiones, pero más nos importaba sentir que formábamos parte de una iglesia que se abría al mundo, que poseía un mensaje para crear el soñado hombre nuevo, que nos llevaba a un compromiso social que valía la pena asumir.

Cuando Estados Unidos ocupó República Dominicana aporté mi primera consigna política, que se multiplicó en los carteles de la Liga Humanista: “Ayer sangrienta represión en Hungría, hoy democrática pacificación en Santo Domingo”. Los reformistas (la izquierda que se identificaba con la Reforma Universitaria de 1918, aquel gran paso para sacarle a la oligarquía la propiedad de los claustros y abrirlos a los hijos de la inmigración) nos criticaron: no compartían nuestra idea sobre la existencia de dos poderes imperiales. El comunismo argentino estaba demasiado ligado a su imperio como para darse el lujo de criticarlo. Entre nosotros, además, la influencia de Jean-Paul Sartre

todavía sostenía el estalinismo; pero ya leíamos a André Malraux —que me parecía el dueño de la aventura— y estábamos por comprender que el más profundo era Albert Camus.

Ese mismo año, 1965, los estudiantes tomamos la calle para exigir que el gobierno radical dotara de más recursos a la universidad pública. Salimos desde Agronomía en una camioneta con un burro drogado y un cartel que decía: "Así vamos a quedar por falta de presupuesto". Lo llevamos a la Plaza de Mayo, un acto de inconciencia juvenil al servicio de intereses que creíamos nuestros. Pocos meses más tarde comencé a sospechar quiénes y por qué nos pagaban los murales, los carteles y hasta los sedantes del burro.

En cada intento de justicia los estudiantes salíamos a defender nuestros privilegios gritando por izquierda y, sin advertirlo, actuando por derecha. Hasta el lúcido progresismo —que todavía no se identificaba con ese término— despreciaba a Illia, coincidía en proscribir al peronismo y agredía por izquierda con el mismo resultado: colaborar con la derecha. ¿Cuántas veces repitió ese juego, que nada tenía de inocente? Pronto supimos que fueron muchas, demasiadas como para considerarlo casualidad.

De un día para el otro dejamos de discutir por los precios del bar para debatir *¿Revolución en la revolución?,* el libro de Régis Debray que tanto nos conmovió. El día —es un símbolo: el proceso político es el asunto de fondo— fue el 29 de julio de 1966, cuando el gobierno del dictador Juan Carlos Onganía, que había desalojado a Illia apenas un mes antes, suprimió por decreto el gobierno tripartito, disolvió los consejos superiores y puso la universidad bajo el mando del Ministerio de Educación.

Esa noche, cuando la policía desalojó a golpes a los alumnos y docentes que habían tomado Ciencias Exactas de la UBA, terminó la isla democrática en que se había convertido la universidad desde 1955 como pago por los servicios que los aliados progresistas de la Revolución Libertadora habían prestado para derrocar a Perón. Aquella Noche de los Bastones Largos la izquierda perdió el premio consuelo recibido por compartir con la oligarquía el desprecio a los cabecitas negras que no entendían que el marxismo debía ser su bandera.

Tanto Perón como quienes lo echaron supieron respetar el valor de la formación universitaria —en especial, las ciencias duras— en un país industrial. Pero un equipo de integristas católicos, tan soberbios como triviales, se atrevió a despreciarla por temor al comunismo. Expulsaron todo el talento intelectual y lo sustituyeron por moralina reaccionaria.

Nosotros, los acomplejados nietos de la inmigración, a quienes nos esperanzaba la idea de progreso que nos habían prometido las políticas de desarrollo de Perón y de Frondizi, chocamos contra el proyecto liberal. Éramos la inteligencia argentina preparada para un país de futuro, pero el futuro nos desertaba. A los hijos libres, aquellos a los que la clase social nos permitía ser jóvenes, se nos notificó que también había palos para nosotros. Los estudiantes nos sumamos a los perseguidos y, en ese sencillo acto, nació la violencia en las clases medias expulsadas del paraíso. Con el ministro Adalbert Krieger Vasena comenzó la trasnacionalización de la economía que completarían, con la total ruina de la industria y la bola de nieve de la deuda externa, José Alfredo Martínez de Hoz y Domingo Felipe Cavallo.

Onganía o la maldad

El golpe de Estado de 1966 fue mi primer choque contra la maldad humana. Al haber vivido en una familia antiperonista no experimenté ese sentimiento en 1955; los bombardeos que mataron civiles en la Plaza de Mayo fueron un relato lejano para el chico pupilo que yo era, en una escuela de curas salesianos a trescientos kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, donde no existía la política.

Si la excusa eran las libertades democráticas, cada vez se entendía menos el móvil de los golpes de Estado. En 1955 Perón constituía una explicación enorme para las clases hegemónicas, en 1962 Frondizi apenas daba los elementos para una explicación relativa (una idea de nación tributaria del peronismo, con características diferentes en cuanto al desarrollo industrial), pero en 1966 simplemente no existió razón alguna para que la oligarquía destituyera a Illia.

El día de la deposición fui a la Plaza de Mayo con Dante Caputo y Jorge Romero. Ni el radicalismo participaba de la resistencia. Éramos unas decenas de personas que apenas si calificábamos como manifestación. Caminábamos cual extranjeros curiosos cuyo destino nada tuviera que ver con el suceso. Nos encontramos con una amiga, Cacha Formigoni, tan radical que había llamado a sus hijos Hipólito y Leandro. Lloraba a los gritos.

Illia nunca pudo ejercer un poder real. Quiso conducir a la Argentina lejos de la confrontación que ha marcado nuestra historia: la que se da entre un pueblo que insiste en ser aceptado y una minoría que lo degrada por considerarse superior. Illia no representaba a la oligarquía, pero tampoco era el proletariado. Illia no expresaba a ninguno de los dos bandos en que estaba dividida la sociedad y, en definitiva, continuó la proscripción del partido mayoritario. Por eso Perón dijo: “El golpe de Estado destituye a un gobierno que, en conciencia, no tenía jurídicamente ni más ni menos derecho que

cualquier otro de facto, ya que su existencia legal y constitucional era discutible, afirmada en el fraude de una acción que apenas le arrimó la quinta parte del electorado". Y su declaración más famosa: "Hay que desensillar hasta que aclare".

A once años de la Revolución Libertadora, la mentira de los presuntos demócratas quedaba expuesta. Si, terminada la presunta tiranía de Perón, la democracia era la consecuencia lógica, ¿cómo podía ser que durante once años no hubiera podido lograrse? En 1966 nos avisaron que, definitivamente, no habría democracia. Cayó la máscara y la oligarquía quedó al desnudo. Con Perón los humildes votaban y vivían bien gracias a una revolución industrial que perjudicaba a los que tenían la vaca atada. ¡Algo intolerable! Así que basta de votos y arriba las botas, que al país lo iban a manejar los ricos. Sin quererlo le devolvieron a Perón un protagonismo que ya no perdería: el de única figura con fuerza nacional. También —pero eso no lo podíamos saber aún— esa mentira dio nacimiento a la violencia de los años por venir.

Si este golpe me lastimó tan hondamente fue porque su sostén ideológico venía del catolicismo. Un catolicismo cursillista, que aspiraba a una imitación del dictador de España, Francisco Franco. El padre Quiles, rector del Salvador, era el confesor de Onganía; mi profesor de Sociología, Raúl Puigbó, asumió como secretario de Seguridad Social; otro docente, José Manuel Saravia (h), fue subsecretario del Interior.

Los estudiantes del Salvador advertimos la cercanía entre nuestros profesores y el golpe. En las clases nos habían hablado sutilmente de un maravilloso futuro en gestación. Cuando les tocó alumbrarlo, convocaron a muchos alumnos para que se acomodaran en los ministerios. Nos respetaban a todos, pero supieron seleccionar bien al hato de oficialistas que incorporaron al onganiato. Comprendí de pronto que debía elegir entre adular y obedecer o vivir de mi propio esfuerzo. Lo primero es más fácil y menos exigente, pero conlleva un alto riesgo de depresión.

Salí a declarar en el semanario *Siete Días,* que organizaba unas "Mesas polémicas", como presidente de la Liga Humanista: "La política tradicional ha perimido desde el momento en que las minorías que

ejercen el poder económico, político y militar se niegan a aceptar la participación de algunos partidos que, tristemente, según ellos, reflejan a la mayoría del país. Entonces, la democracia está cuestionada en sí misma. Las nuevas generaciones coincidimos en la búsqueda de un cambio de estructuras real, una revolución real. La única solución es la toma del poder por el pueblo". Faltaban pocos meses para el Cordobazo.

Onganía llevó al límite la capacidad de contención de los jóvenes que habían demostrado el catolicismo y el marxismo. Las dos vertientes —la religión de los creyentes y el dogmatismo de los ateos— se vencieron bajo su presión. Y la causa fue la misma en ambos grupos: emplear o no la violencia contra el régimen. Toda la juventud reformista que entonces conducía la Federación Universitaria Argentina (FUA) quedó sin rumbo. Apareció el cristianismo progresista, el que se enfrentaba a la catolicidad pacata y se ubicaba a la izquierda del Partido Comunista (PC). La influencia de los curas del Tercer Mundo crecía velozmente sobre nuestro deseo de perder la vergüenza de ser católicos e ingresar a la sociedad.

La Iglesia y el PC habían preparado a millares de jóvenes para un país que no podía existir. A los veinte años nos dejaron boyando, en banda, buscando. Muchos cuadros formaron la base de los tiempos violentos que se avecinaban, absorbidos por la fuerza centrípeta del grupo: hay más vidas entregadas por lealtad a determinada pertenencia que a los ideales asumidos. Para peor, enfrente teníamos a Onganía, que había creado la imagen de un poder tan absoluto en su esencia y su duración que solo la violencia podría terminar. Camilo Torres y el Che Guevara, respectivamente, se constituyeron en los ejemplos de quienes creían que no había otra salida que la revolución violenta. Otros veníamos buceando en las ideologías, gozábamos de una base política que nos permitió identificar la necesidad de encontrarnos con el pueblo.

Yo, que en toda la carrera de Ciencia Política no tuve una sola clase de peronismo (ni una materia, ni un seminario optativo), que en 1956 fui de la mano de mi padre socialista a ver la colección de zapatos y vestidos de Evita que indignaba a las señoras paquetas, estudié ese fenómeno que todo el tiempo daban por terminado pero que mantenía

su vigencia en los barrios de trabajadores. Porque fue en la búsqueda del compromiso con los humildes que sospeché que el peronismo no era como me lo habían contado. Para mí el péndulo oscilaba entre la idea de vanguardia esclarecida y la fidelidad al pueblo, entre la clase a la que pertenecía y aquella a la que quería servir.

Comenzaron a salir dos publicaciones que hicieron época: *Cristianismo y Revolución* y *Tierra Nueva.* Los domingos íbamos a escuchar la misa que Carlos Mugica rezaba en el Instituto del Cáncer, en la Avenida San Martín. El cura que me casó poco después, Alejandro Mayol, se asomaba con sus canciones y su guitarra a la televisión. Mugica, Mayol, Pedro Gelman y Miguel Mascialino integraron el conjunto de sacerdotes que cumplieron un papel importantísimo: los católicos, de pronto, descubrimos que éramos una fuerza transformadora de la sociedad. Esto produjo una gran deserción de sacerdotes en la estructura de los jesuitas, porque la Compañía hablaba de la justicia social, pero asesoraba a Onganía.

Aparecieron los curas obreros: nunca olvidaré a Miguel Ramondetti, que dejó una parroquia en el barrio de Paternal para ir a vivir a una villa en Goya, Corrientes, uno de los fundadores del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo que debió exiliarse durante la dictadura, y a Rodolfo Richardelli, que durante treinta y tres años fue párroco en la iglesia de la Villa 1-11-14. Poco antes de su muerte, en 2008, mientras yo era funcionario en el Comité Federal de Radiodifusión (COMFER), el padre Richardelli me llenó el despacho de hombres, mujeres y niños que querían regularizar la situación de su radio comunitaria. Ahí estaba, defendiendo la dignidad del pueblo villero, el hombre que había difundido en el país el mensaje de los Obispos del Tercer Mundo; el amigo de Mugica que había acompañado a Perón en el viaje de su regreso definitivo desde Madrid; el hombre que había salvado perseguidos en la cacería militar y sufrido represalias por eso.

El gran maestro de los curas obreros como ellos fue monseñor Alberto Devoto, un santo al que la Iglesia argentina marginó, pionero en la villa de Goya, mentor de una fe que cambiaba de clase o, mejor dicho, que regresaba a la clase en la que había nacido y a la que pertenecía. En una oportunidad lo visité. Me fui internando en la villa lentamente, preguntando cada tanto dónde vivía el monseñor para

cerciorarme de que nadie ignorase su presencia o su prédica. Era una villa de aquellos años, con pobreza digna y sin violencia, en la que un cura no estaba para luchar contra los erradicadores, los delincuentes o los vendedores de muerte, sino que podía participar de la construcción de un sistema de valores que reemplazara al que se había roto. Me volví con la impresión de haber encontrado un mentor que me señaló el camino hacia un mundo distinto.

Los grupos de reflexión del Cenáculo se multiplicaban y los fines de semana nos quedaban cortos para tratar todos los temas que nos parecían importantes. Por medio de esa meditación entraron a nuestra vida intelectual desde Santo Tomás de Aquino a Karl Marx. Pero las lecturas y las discusiones iban a morir al mismo sentimiento de impotencia frente al régimen militar. En alguno de esos encuentros me hice amigo de Oscar De Gregorio, que terminaría en Montoneros. Con él compartíamos, además, el oficio de taxista. Movidos por el deseo de vivir de otra manera, de desobedecer el modelo que generaba injusticia, se nos ocurrió el proyecto de formar una comunidad y socializar el dinero: alquilar entre varios una casa grande, estilo conventillo, compartir ingresos y gastos, probar la experiencia grupal de socialismo.

Indagamos en algunas de las pocas experiencias de vida comunitaria que existían por entonces y nos gustó la del barrio de las Casas Blancas, en San Miguel, de intelectuales que buscaban convertirse en artesanos. La cabeza visible era el arquitecto Claudio Craveri, a quien conocíamos por la iglesia de San Isidro. Mantuvimos discusiones interminables sobre esta decisión. La idea de vivir en comunidad simbolizaba, en realidad, nuestra voluntad de intentar algo nuevo, y eso fue finalmente la revolución.

Quizá se nos hizo tarde: es difícil saberlo porque todo sucedía demasiado rápido. Lo cierto es que nuestra voluntad de imitar el proyecto de las Casas Blancas no llegó muy lejos. Ya uno de nosotros estaba en contacto con un grupo de la guerrilla y nuestra propuesta comunitaria comenzó a parecer pueril. Décadas después el sueño de compartir la pobreza se transformó en la pesadilla de competir por la riqueza en el *country,* pero esa es otra historia. Al menos pudimos romper con la visión de nuestros padres y su mandato de convertirnos

en gerentes o en profesionales triunfadores.

De Juan XXIII a Freud

Entre los muchos elementos que se cruzan en la vida política de aquellos años, los cambios en la Iglesia que siguen al Concilio Vaticano II son fundamentales. Aquel encuentro, el 11 de octubre de 1962, de 2500 sacerdotes de los cinco continentes, fue uno de los grandes sucesos del siglo XX. El aire fresco entró a una Iglesia atrasada en relación a las realidades sociales del mundo contemporáneo. Los obispos del Tercer Mundo pasaron a tener el peso que les correspondía. Juan XXIII asumió en 1958 y les devolvió un lugar en la política a los que hasta entonces solo se refugiaban en la fe.

La misa dejó de celebrarse en latín: aquel papa abrió la liturgia a todos los idiomas donde se quisiera difundir el humanismo cristiano. Sentimos que no estábamos equivocados cuando el padre Luzzi daba vuelta el altar, para mirarnos en lugar de darnos la espalda, al compartir el servicio; sentimos que nadie nos podía decir que era profano tocar el bombo en la casa del Señor. Cada paso era un verdadero escándalo, pero Juan XXIII logró terminar con los prejuicios sobre qué era sacro y dispersó la religiosidad en el mundo.

Este papa, que renovó nuestra relación con la fe en solo cinco años, incluyó en su convocatoria a teólogos de iglesias cristianas no católicas. En un cambio histórico, el dogmatismo se cayó a pedazos. Él murió durante la realización del Concilio y su sucesor, Paulo VI, avanzó en la misma dirección con diferentes documentos en los que se valoró la importancia de sumar los esfuerzos de toda aquella persona de buena voluntad, fuera creyente o atea, en el desarrollo de todos los hombres del mundo.

El peso de la doctrina social de la Iglesia sobre los jóvenes católicos de mi generación fue enorme. Diría que andábamos con la encíclica *Mater et Magistra* (1961), una separación del liberalismo, bajo el brazo. Kennedy, un hombre joven y católico, había ganado la presidencia de

los Estados Unidos. La crisis de los misiles en Cuba nos daba una idea del peligro de destrucción total que enfrentábamos por la Guerra Fría. Y poco después de observar, incrédulos, al mandatario de la Unión Soviética, Nikita Kruschev, increpar a Kennedy en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) golpeando un zapato contra la mesa, otro texto papal, *Pacem in Terris* (1963), nos habló contra la carrera armamentista.

Juan XXIII trascendió su religión. Escribió sobre los derechos del hombre "a la existencia, a la integridad corporal, a los medios necesarios para un decoroso nivel de vida"; encontró evidente que el hombre tuviera derecho natural "a que se le facilite la posibilidad de trabajar y a la libre iniciativa en el desempeño del trabajo" y a "exigir condiciones de trabajo tales que no debiliten las energías del cuerpo, ni comprometan la integridad moral, ni dañen el normal desarrollo de la juventud". Habló de la presencia de la mujer en la vida pública. Reconoció que todos los pueblos habían adquirido su libertad o estaban en eso. Logró una Iglesia de compromiso cotidiano y pensamiento filosófico.

Nosotros nos movíamos entre la Juventud Universitaria Católica (JUC) y los grupos socialcristianos. Unos amigos de la Democracia Cristiana (DC), Carlos Auyero, Augusto Conte Mac Donell, Néstor Vicente y Carlos Eroles, nos prestaron el local de la Fundación Argentina para la Promoción del Desarrollo Económico y Social (FAPES). Allí comencé a formar grupos de universitarios para debatir los cruces entre religión y política. Fue un esfuerzo personal, en medio de mis estudios y mis obligaciones laborales. Los Grupos Marcha duraron casi cinco años y convocaron a una buena cantidad de militantes de distintas facultades.

Presentábamos oradores de toda clase. Venía el padre Arturo Paoli, un misionero que organizó la Cooperativa Ayuda Fraternal de Fortín Olmos, donde se agruparon los hacheros y los pequeños productores que quedaron desocupados con el retiro de La Forestal. Venían sindicalistas como Raimundo Ongaro o Amado Olmos, intelectuales como Gregorio Selser y los profesores de las cátedras nacionales —Gonzalo Cárdenas, Justino O'Farrell, Miguel Mascialino, Conrado Eggers Lan, Carlos Mastrorilli— que nacionalizaron el pensamiento

universitario y sirvieron de enlace entre los estudiantes y el peronismo. También venían políticos del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), como Jorge Abelardo Ramos y Jorge Enea Spilimbergo, uno de los personajes más entrañables que conocí porque combinaba al intelectual que devoraba libros y escribía sobre la revolución latinoamericana con el periodista llano del diario *Crónica.*

Los demócratas cristianos nunca nos pidieron que rindiéramos cuentas sobre el contenido de esos debates. Tampoco nosotros practicamos el sectarismo de juzgar a quien nos ayudaba: recuerdo a un delegado de la Fundación Konrad Adenauer, que financiaba a FAPES, curioseando con su acento y su porte alemanes. Creo que al fin se enamoró en un Grupo Marcha y se afincó en estas tierras.

Éramos apenas una expresión de la estructura política nacional, cristiana y progresista que se armaba a partir de la unidad entre el humanismo de Capital, Tucumán y Rosario, la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) y el integralismo de Córdoba. Crecíamos más que la DC, que encima nos prestaba el local. Cuando comencé a viajar para asistir a reuniones nacionales donde discutíamos rumbos posibles para nuestro cristianismo comprometido, los Grupos Marcha se me fueron volviendo una carga. Me faltaba el tiempo para las consultas de organización y, sobre todo, no sabía hacia dónde íbamos. El eje seguía siendo la cuestión religiosa en su cruce con la política, pero la época se las traía cada vez más y siempre terminábamos en el tema de la violencia. Un sacerdote muy inteligente, Pedro Gelman, me cargaba: "Mientras en Europa abandonan el marxismo, aquí lo promocionan como la gran novedad. Siempre juntando restos, nosotros". Si los jesuitas nos habían preparado para el asalto al poder, los curas del Tercer Mundo nos llamaban a hacer la revolución.

El altar había girado hacia los fieles, el latín había dejado de ser la lengua de la misa y los sacramentos se celebraban con fondo de folclore. "La muerte aguarda en el surco / cálido abrazo nupcial / muerte, sabrás un secreto / cuando matas, vida das. / Me enterraré en tus entrañas / y el mundo me olvidará, / es doloroso tu abrazo, / pero yo quiero ser pan": la *Zamba de un grano de trigo,* entonada por su autor, el padre Mayol, sonó en mi casamiento, en la iglesia Santa Amelia de la calle Virrey Liniers, casi avenida Belgrano. Pero otras

contradicciones seguían latentes: como muchos católicos, me casé porque el matrimonio era la única forma posible de la pareja. El sexo y el amor eran realidades complicadas de todos los días y en los años sesenta la castidad se había convertido en una exigencia cercana al trauma.

De la santidad y el respeto pasábamos a una separación en pocos años. Y a la idea de que la Iglesia nos podía perdonar si matábamos para combatir la crueldad de la injusticia y el hambre, pero no si dos se querían dejar antes de que la muerte los separase. A veces me pregunto si a muchos no les resultó más difícil superar la castidad que entregarse a la violencia. Una conservaba el peso del pecado; la otra era parte del camino a la salvación. Conocí varios que mataron antes de animarse a acostarse con la novia.

Mi matrimonio se sostuvo por la militancia. Pero cuando se terminó, en una de las bifurcaciones ideológicas de la época, se terminó también mi relación con la Iglesia. Lo viví como algo parecido a una expulsión. No solemos pensarlo, pero del acierto o del fracaso en el primer matrimonio, de cómo nos vaya en esa patriada en la que se juegan la esperanza y algo parecido a una concepción del mundo, dependen demasiadas cosas en la vida. Es casi absurdo concebir que uno elige, tantas son las cosas en juego.

Para sumar a nuestra confusión, los curas comenzaron a casarse. Adúriz, Argentino Moyano y hasta Galárraga, que era nuestro director espiritual, se ponían de novios y se casaban. Dos meses después de santificar mi matrimonio, Mayol me invitó a su propio casamiento. Un obispo muy famoso en aquel momento, Jerónimo Podestá, se unió a su compañera Clelia Luro y encabezó un movimiento por volver optativo el celibato. El desgarro y la bronca nos aturdían. Si habíamos empezado hablando del Che Guevara y la revolución social, ¿cómo era que terminábamos con Sigmund Freud y la revolución sexual?

Cuando removieron a Podestá de la Diócesis de Avellaneda pensamos que el enemigo lo había expulsado. En un acto de desagravio y de bronca contra el nuncio apostólico, Humberto Monzoni, un centenar de militantes nos sentamos en medio de la avenida Alvear, frente a la Nunciatura, con un enorme cartel que decía: "¡Monzoni mascalzone!". A los pocos días, en su casa de

Rivadavia y avenida La Plata, Podestá nos explicó que, tras fracasar en su intento de hacer que la jerarquía del Vaticano comprendiera que el celibato estaba terminado, había decidido aceptar su separación de la diócesis para formar pareja con Clelia. Luego ofició la misa y ella lo acompañó en el momento de la consagración.

Comimos empanadas en silencio. Era muy duro aceptar que nuestro obispo, nuestro héroe frente a figuras de la Iglesia reaccionaria como monseñor Antonio Quarracino, salía del juego por un asunto sentimental y no por una gran derrota en el ámbito de su compromiso social. Tardé mucho en dejar atrás mi bronca y reencontrarme con ese maravilloso personaje, portador de una gran frustración, pero un teólogo enorme que sufrió la suspensión de su ministerio. Esa noche salí de su departamento con la conciencia bastante alborotada por su gesto de alzar el cáliz de la mano con su mujer, y con una gran desilusión.

Años después otras contradicciones de la Iglesia argentina me provocarían más dolor. Su proximidad al poder durante el terrorismo de Estado le impidió denunciar la matanza, a un costo altísimo: la institución resultó sumamente vulnerada por haber faltado al deber de defender la vida. Pero, salvo excepciones honrosas e individuales, la Iglesia no puso la misma energía por la defensa de la vida que por la oposición al divorcio.

Llegar al peronismo

Los hijos de los inmigrantes caímos en el medio de la batalla entre una oligarquía descompuesta y un pueblo marginado. Anduvimos a los bandazos entre ambas orillas: el desprecio de la clase alta no impedía que buscáramos el ascenso social como realización; nos costaba entender a la clase baja, pero cada tanto nos daba una lección de historia. Nuestra formación intelectual y política rezumaba categorías europeas que se negaban a encajar en el rompecabezas nacional, pero la universidad no nos había provisto de otras herramientas que el marxismo y el humanismo cristiano. El silencio con que se nos ocultó al peronismo tal vez nos preparó para enamorarnos de él, del mismo modo que la imposición franquista del castellano en España logró revivir los dialectos y las lenguas que intentaba disolver.

La cultura nacional y sus maestros aparecieron, de pronto, ante nuestros ojos, como basamento más fuerte que la contradicción económica. La identidad nacional se impuso al marxismo: con humor pensábamos que teníamos que elegir entre los cabecitas negras y los campesinos rusos, pero ¿dónde íbamos a encontrar un campesino ruso?

Tanto esfuerzo puesto para enseñarnos que Perón era un incapaz, un arribista, un corrupto, se perdió ante el contacto directo con el hecho maldito del país burgués, como definió John William Cooke, quien fue diputado, líder de la resistencia y delegado de Perón. Cuando hablábamos con los peronistas o leíamos a Perón, encontrábamos una cosmovisión clara que se ajustaba a nuestra idea de una sociedad mejor.

Empezamos a escuchar las cintas que enviaba desde su exilio en Madrid, devorábamos sus cartas y copiábamos en mimeógrafo sus libros *Los vendepatria*, *Tres revoluciones militares, La fuerza es el derecho de las bestias, La comunidad organizada.* Nos deslumbramos con la

impronta revolucionaria de Cooke, con la visión nacional de Juan José Hernández Arregui, con el tango de Enrique Santos Discépolo, con la poesía de Homero Manzi y la literatura de Leopoldo Marechal. Descubrimos que ese mundo de injusticia que queríamos cambiar ya tenía una fuerza de liberación. Descubrimos que la revolución en la Argentina ya tenía jefe: Perón estaba metido en cada recoveco. Y yo, que estudiaba Ciencia Política, descubrí que no inventábamos nada. Ni siquiera la rebeldía generacional, que con toda probabilidad era un componente de nuestra inclinación por el peronismo: nuestros padres nos permitían ser comunistas, católicos, socialistas o progresistas, pero ser peronistas era adherir a la clase de los negros, y eso sí que no. Ellos habían trabajado para formarnos como conductores de esos negros. Para mandarlos, no para caminar a su lado.

Le encontramos otro sentido al prólogo de Sartre a *Los condenados de la tierra*, ese libro de Franz Fanón que tanto nos impactó. Dimos mil vueltas alrededor de aquella revelación sobre la violencia en la sociedad colonizada: "Matar a un europeo es suprimir a un opresor y un oprimido, quedan un hombre muerto y un hombre libre". Algunos se tomaron la violencia literalmente; otros, de manera simbólica, empezamos a caminar los barrios para repartir *Cristianismo y Revolución, Tierra Nueva*, el periódico de la CGT de los Argentinos; para compartir con los trabajadores las palabras de Perón en un grabador Geloso, de cinta abierta, que cargábamos como los evangelistas llevan sus Biblias.

Perón —la comprensión de qué significaba Perón— era el nervio del debate. Contenía la pregunta principal para nosotros: cómo relacionarnos con el pueblo. Perón no era un hombre únicamente sino, sobre todo, la manera en que los marginados elegían volverse protagonistas de la historia. Según estableciéramos la relación con él, nos llevaríamos con ese pueblo que decíamos defender.

¿Éramos su vanguardia lúcida o los militantes que nos poníamos humildemente a su servicio?

¿El mayor nivel de conciencia estaba en ellos o en nosotros?

¿La violencia expresaba la entrega de la clase media al pueblo o era un mero acto de soberbia?

No imaginábamos, ni remotamente, que podía ser un último acto

para muchos de nosotros. La violencia era un tema, pero faltaba mucho para el secuestro y la muerte de Pedro Eugenio Aramburu, la presentación de los Montoneros que cambia el signo de la historia. Faltaban meses pero, sobre todo, faltaban acontecimientos para que la aparición de la violencia masiva sepultase aquel debate de ideas. Por ahora no lográbamos siquiera asustar al sistema de poder perennemente basado en la absurda mezcla de un ejército nacionalista y una burguesía liberal, donde los que decían defender a la patria se la entregaban a los otros para que la vendieran y endeudaran.

Mi generación sintió lo que San Pablo al caer del caballo, la misma fuerza y la misma convicción. Dice el Evangelio (Hechos de los Apóstoles, 9) que Saulo (nombre hebreo de Pablo), gran perseguidor de cristianos, marchaba de Jerusalén a Damasco con cartas para detener en las sinagogas a todo seguidor de Jesús que encontrara. En el camino, una luz del cielo lo cegó, y oyó una voz que le preguntó: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Se cayó del caballo y todavía sin ver preguntó “¿Quién eres, Señor?”. Y se llevó tremenda sorpresa: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Lo tuvieron que ayudar a entrar a Damasco, y pasó tres días ciego, sin comer ni tomar agua. Cuando se recuperó, se puso a predicar el cristianismo en las sinagogas. La gente andaba atónita: “¿No es este el que en Jerusalén perseguía encarnizadamente a los que invocaban ese nombre, y no ha venido aquí con el objeto de llevárselos atados a los sumos sacerdotes?”.

Así nos pasó a nosotros. Mi viejo se quejaba porque en casa había que esconder *La Vanguardia,* el periódico socialista; me quería tapar los oídos en la cancha de San Lorenzo cuando la hinchada gritaba: “Puto y ladrón / lo queremos a Perón”. Salvo mi tía Francisca, todos creían que con Perón depuesto se cumplía el refrán “Muerto el perro, se acabó la rabia”. Y un 26 de julio golpeo una puerta en Parque Patricios, me abre una mujer, empiezo con mi verso y veo una foto de Evita con un crespón negro, enmarcada por dos velas y dos puñados de flores. La mujer me terminó reclutando a mí.

En todas las cocinas me encontraba el mismo póster de Perón montado en el caballo pinto. Una vez me mandé flor de discurso sobre el mundo en ebullición que nos tocaba vivir, y el hombre que me escuchaba con toda paciencia me notificó algo que ya sabía: “Mao es

el Perón de los chinos", sintetizó. Otro día saqué el Geloso y cuando terminó la cinta de Perón, un santiagueño que había llegado a Buenos Aires de chico, corrido por el hambre con la familia, dijo: "Hay que hacer el hormiguero". Yo no sabía de qué me hablaba. "¿No te contaron el 17 de octubre? Salimos todas las hormigas negras y ganamos." Rápidamente encontré en el peronismo un espacio de pertenencia. En los tiempos que se avecinaban, la policía nos iba a correr cientos de veces, y zafaríamos de ir presos porque nunca faltaría una matrona que nos abriera la casa: "Entrá, pibe, que acá somos compañeros".

En cada ocasión salía deslumbrado por las conversaciones, los personajes, los barrios. El problema se presentaba al volver a mi casa. Recuerdo el escándalo que se armó en la familia cuando la revista *Así* sacó en la tapa la foto de un grupo de detenidos políticos entre los que se veía, clarita, a mi hermana, María. "Dos años sin mi hija en el Día de la Madre", se lamentaba mi vieja; nosotros, francamente, a esa altura de la *soirée,* en octubre pensábamos más en el Día de la Lealtad. Podría decirse que el tiempo vengó a Perón de esa clase media nacida al calor de la industria nacional que él estimuló con la sustitución de importaciones, al convertir a sus hijos universitarios en sus más duros defensores.

Como tantos, en esos años aprendí que nuestra historia no estaba en las teorías que habían importado mis profesores, sino que transitaba en la clase trabajadora, que la conciencia en serio estaba en el laburante. Si llegué con la ilusión de ser un preclaro que acercaba la verdad a los humildes, me resultó más fácil que a la izquierda, por ser católico, entender que estaba al servicio del pueblo. No fuimos militantes del poder sino de la lucha bajo la jefatura de Perón, salvo aquellos que creyeron que Perón era un reformista y ellos los verdaderos revolucionarios, y no se convirtieron, sino que se camuflaron.

Ongaro y la GGT de los Argentinos

En el arraigo de mi convicción peronista tuvo mucho que ver Raimundo Ongaro, el dirigente gráfico que lideró la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA). Fue por él que muchos jóvenes católicos, y también marxistas, se encontraron con la realidad para luego ingresar al peronismo. Conservo un ejemplar del periódico de la CGTA donde yo, ya presidente de la Liga Humanista, asumo un compromiso con el *peronismo distinto* que encarnaba Ongaro. No era ese *neoperonismo* del metalúrgico Augusto Vandor, que había tratado de relativizar, para suplantar, la figura de Perón. El Lobo me producía rechazo, y en cambio me maravillaba un metalúrgico de la resistencia que se oponía a él y luego se opuso a Lorenzo Miguel, el querido Avelino Fernández. Además, Ongaro era un cristiano al que sentía más sano y honesto.

Cuando el gobierno de Illia agonizaba, el sindicalismo estaba dividido entre el dirigente de las 62 Organizaciones, Vandor, y el de las 62 Organizaciones de Pie junto a Perón, José Alonso, cuyos partidarios repartían panfletos que exigían: “Lealtad al Jefe”. Las elecciones del 17 de abril en Mendoza sellaron la suerte del vandorismo: ganó el Partido Demócrata, pero el candidato a quien la esposa de Perón había viajado para apoyar personalmente, Ernesto Corvalán Nanclares, dejó atrás al del Lobo, Alberto Serú García. Como nadie era tan leal y nadie era tan traidor, Vandor comprendió y viajó a hacer las paces con Perón.

No llamó la atención que la dirigencia vandorista se pusiera corbata para asistir al acto de asunción de Onganía. La colaboración de Vandor, que firmó un convenio con el presidente de facto pocos días después de su asunción, se complicó con las políticas económicas del ministro Adalbert Krieger Vasena. Mientras mantenía su imagen en la lucha gremial, Vandor negociaba por medio de dirigentes como Juan

José Taccone o Rogelio Coria. Se los conoció como *participacionistas* porque Taccone insistía en que el sindicalismo de reivindicación había terminado y había nacido el de participación. Como no imaginábamos siquiera a los Gordos que vendrían luego, más parecidos a los patrones que a los obreros, nos indignábamos. Al mismo tiempo, con mis amigos De Gregorio y Horacio Mendizábal presentábamos en el local del gremio de Sanidad, de Amado Olmos, el libro *Camilo Torres, el cura guerrillero,* de Norberto Habegger.

La madre del cura guerrillero, caído en la lucha revolucionaria en Colombia, había visitado la Argentina. El Cabezón Habegger la había llevado a comer a casa del Sordo De Gregorio y, junto a Horacio, escuchamos a esta mujer que, después de la muerte de su hijo, recorría el mundo para predicar su doctrina. El Cabezón terminó por escribir su primer libro sobre Camilo Torres; el segundo, *Los católicos posconciliares en Argentina,* salió en 1970. Viajábamos por las provincias con paquetes de ejemplares, para hacerlo circular. En enero de 1968 veníamos de Tucumán, en la segunda del tren, cuando nos enteramos de que Amado Olmos había muerto en un accidente. Fue un gran dolor. Sentíamos que estábamos perdiendo a uno de los escasos grandes dirigentes sindicales que pensaba y hablaba en serio, y no nos equivocábamos. Olmos había sido el interlocutor con los universitarios: narrador brillante, nos deslumbraba con su autocrítica y su descripción del peronismo, su promesa de recuperar la expresión combativa del movimiento.

Dos meses más tarde, un congreso normalizador de la CGT llevó su nombre. Allí, del 28 al 30 de marzo de 1968, estalló el conflicto interno entre Vandor y los suyos y los sectores combativos, liderados por Ongaro, que resistían a la dictadura de Onganía. El gobierno, con el apoyo del metalúrgico, prohibió la participación de los sindicatos estatales; como los laburantes ignoraron la orden, Vandor retiró a sus delegados para que el congreso no pudiera sesionar por falta de *quorum*. Se equivocó y así Ongaro fue elegido nuevo secretario general de la CGT. El Lobo desconoció la decisión y formó una dirección paralela. Se llevó el sello, pero la combatividad quedó en la CGT de los Argentinos, como se llamó durante cuatro años el mayor intento de organizar en el nivel nacional a la clase obrera con lemas como “Más

vale honra sin sindicatos que sindicatos sin honra" o "Unirse desde abajo y organizarse combatiendo".

Rodolfo Walsh dirigió el semanario de la CGTA. Escribían allí Luis Guagnini, Rogelio García Lupo, Horacio Verbitsky. Allí Walsh publicó, por entregas, su famoso libro *¿Quién mató a Rosendo?,* sobre la interna del vandorismo que terminó con la muerte del segundo del Lobo, el metalúrgico Rosendo García. El 1° de mayo de 1968 apareció el primero de los 49 números del periódico que sumamos a nuestra lista de reparto y que se extendió por otras seis ediciones clandestinas hasta que Onganía lo clausuró. "Nos pidieron que aguantáramos un invierno: hemos aguantado diez. Nos exigen que racionalicemos: así vamos perdiendo conquistas que obtuvieron nuestros abuelos", decía. "La CGT de los Argentinos no ofrece a los trabajadores un camino fácil, un panorama risueño, una mentira más. Ofrece a cada uno un puesto de lucha."

Ongaro era un hombre casi místico, incluso antes de que le mataran a un hijo, Alfredo Máximo, en 1975. Se parecía más a un cura que a un obrero; hablaba como un predicador enamorado de su propio discurso. Lo escuchamos decenas de veces en la sede de la Federación Gráfica Bonaerense donde funcionó la CGTA. Allí convergían las distintas tendencias combativas, en reuniones de todo tipo: casi no había día que no nos diéramos una vuelta por el edificio de la avenida Paseo Colón que terminaría por dar origen a algunos grupos revolucionarios. Unos alcahuetes que querían minar la CGTA fueron a Madrid con el cuento de que Ongaro decía que hablaba con Dios. Con sarcasmo, Perón se los sacó de encima: "¡Menos mal que hay un gremialista que no habla con los militares!". Les recomendó que aprendieran del gráfico.

La tarea militante de repartir el semanario de la CGTA se convirtió, para los jóvenes, en el punto decisivo de nuestra peronización. En 1966 solo unos pocos hablábamos de política. La dictadura, al aplastar la vida cívica, había intentado reducir nuestras problemáticas a la esfera individual. Pero sus propios pasos —sus barbaridades— generaron una pasión por la política desconocida hasta el momento. Si la memoria no me engaña hubo un crecimiento lento la participación política hasta 1968, cuando se produjo un fenómeno colectivo de

compromiso, un hecho casi misterioso que sacó a la juventud de su encierro y la arrojó a la arena pública. La política en su mejor versión: la inquietud de construir un mundo más justo.

Por entonces no habría noche sin charlas sobre las formas de la participación, los objetivos de las organizaciones que surgían, los atropellos de Onganía y su escoria disfrazada de creyentes convencidos de que sus negocios de poder constituían la última etapa de la historia cuando, en los hechos, estaban pariendo lo que querían eliminar.

Una epopeya sin respaldo racional

Como parte de los vínculos con los compañeros de FAPES, viajé a Punta del Este para dictar un seminario a la juventud del Partido Demócrata Cristiano, que en ese momento presidía Juan Pablo Terra, uno de los futuros impulsores del Frente Amplio. Pasé tres días discutiendo con unos cincuenta militantes y solo al final, casi por apenada cortesía, dos de ellos me llevaron aparte para decirme que respetaban mucho mis planteos pero que ellos ya los habían superado y habían elegido el camino de la violencia.

Sin advertirlo, había conocido a varios miembros del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros.

Al volver comenté con mis amigos, preocupado, esa evidencia de cómo las armas iban ganando adeptos entre nuestros vecinos, igual que en casa. Les pareció una exageración de mi parte: todavía sonaba inverosímil la realidad que pronto iba a constituir nuestro paisaje cotidiano. Inclusive, algunos de esos amigos, que no daban crédito a mis palabras, en breve me despreciarían por estar en contra de lo que consideré siempre una locura suicida. Poco faltaba para que trazaran una línea en la arena: "Están con nosotros o están contra nosotros". Por fortuna no todos actuaron de la misma manera y con muchos seguimos hablando aun en los peores momentos.

Al poco tiempo de la caída de Illia los universitarios del país nos encontramos en Santa Fe, en una chacra alejada, con los cuidados que los comunistas exageraban frente a la dictadura. Todavía no se hablaba tanto de la violencia, pero muchos de los asistentes —toda la dirigencia estudiantil, de izquierda y de derecha— ya eran protomontoneros. Llegamos en camionetas a esa casa grande, en el medio del campo, para encerrarnos dos días hasta lograr un acuerdo. Poco antes de comenzar descubrimos que había tres a quienes nadie conocía. Los tipos intentaban explicar quién los había invitado, pero se

decidió expulsarlos. En eso uno gritó: “¡Pero si se van nos van a denunciar!”. Salimos corriendo detrás de los tres, para traerlos de regreso. Parecíamos la armada Brancaleone. Los dejamos con comida en la casa de los peones, encerrados, aunque de todas maneras no podrían haberse escapado porque la lluvia y el barro habían dejado intransitable el camino de tierra.

Comenzamos la reunión a la tarde. Éramos unos setenta y la propuesta de cada uno apenas si tenía contacto con la del otro. Llegar al consenso en dos días era imposible; no hubiéramos podido en dos años. Hablamos de a uno por vez, sin parar día y noche: el orador despertaba a los de su fracción para que lo escucharan, el resto roncaba elegantemente en el piso. Nos tomábamos el asunto tan en serio que hablábamos como arengando multitudes. Cuando terminaba, el orador despertaba al que le seguía en la lista y se acomodaba en una silla para dormir a su vez. Yo hablé despacio y brevemente; me escucharon dos, uno que era muy amigo y otro que sufría insomnio. Así y todo, nadie dejó de plantear con vehemencia sus propuestas.

Más conspicuo fue el encuentro revolucionario en las canchas del Sanford-Quilmes. Nos juntamos casi trescientos durante tres días; fueron Cooke, García Elorrio, los padres Mugica y Mayol, el delegado azucarero Benito Romano, Mario Firmenich, Fernando Abal Medina, Carlos Ramus. Allí planteé que los que teníamos mayor formación política, los que habíamos actuado como dirigentes, debíamos negarnos a dejar que se instalara el frenesí de la violencia porque en ese campo los militares podían destruirnos con mayor facilidad. Uno me tiró con la famosa cita de *¿Revolución en la revolución?*: “No, tenemos que convertirnos en *frías máquinas de matar*”. Ahora es gerente de un banco del *establishment.* Hace poco nos cruzamos, lo abracé y le recordé lo de las frías máquinas de matar. “Fue nuestra juventud”, me dijo.

Con muchos de esos amigos —muchos que luego murieron— solo nos quedó en común el afecto. Pasaron por la violencia sin llegar a la política: esa fue su tragedia.

Los dos que ayudaron en la misa de mi casamiento se convirtieron después en jefes militares de Montoneros. De los amigos presentes en la ceremonia, más de la mitad ingresaría en la lista de desaparecidos.

Algunos de ellos sabían de sobra qué arriesgaban; otros perdieron la vida sin tener demasiado en claro cuál era el compromiso que asumían. Reinaba cierta euforia. Todo se presentaba como simple y sin complicaciones: una epopeya sin respaldo racional.

Cuando regresé de mi luna de miel —una reunión de universitarios en Tucumán, porque nuestros actos públicos debían concordar con los privados—, hicimos un acto en conmemoración del 17 de Octubre. Poco después, algunos compañeros que se habían reunido, con demasiada inocencia, en el bar Suárez de la calle Lavalle cayeron presos. Horacio Mendizábal, Lucía Cullen, el Pato Fernando Galmarini, entre ellos. Y mi esposa.

Vivíamos en los fondos de la casa de mis padres, en Castro Barros al 500. Como ellos no hacían mención a la ausencia de mi mujer, yo no decía nada. A los quince días, cuando ella salió en libertad, me desayuné con que estaban al tanto de todo. Mi viejo la recibió con un beso mientras le decía que se había enterado el primer día, por Radio Colonia.

En casa pasaba de todo pero, como si vivieran en otro mundo, mis padres no decían una palabra. En el humilde comedor rezaron misa más de una vez Carlos Mugica o Alejandro Mayol; misas que precedían a reuniones de una veintena de jóvenes, discusión y guiso, y más discusión. Si al comienzo de la dictadura podíamos prolongar el debate en algún café, ya hacia 1968 la conspiración presentaba sus riesgos. Con el Cordobazo las prácticas se complicaron.

Mantuvimos los vínculos porque, como generación, tuvimos una impronta de solidaridad aun en las diferencias. Fui amigo de Rodolfo Galimberti desde antes de que formara la Juventud Argentina para la Emancipación Nacional (JAEN), en nuestra prehistoria católica. El Loco Galimba se ponía piedras en las rodillas para que al hincarse a rezar le doliera: “Hay que ser sacrificado”, decía. Siempre nos quisimos mucho aunque nuestros caminos se separaron. Poco antes de la muerte de Aramburu, nos cruzamos en el cine Lorraine. Quise abrazarlo y me apartó: “No, que estoy de incógnito”. Yo no podía con mi asombro.

Los tiempos se fueron poniendo más duros. Tomé la costumbre de caminar por Rivadavia o desde el Congreso hasta Boedo, para que los

viejos compañeros, ya convertidos en jefes militares, me encontraran si querían cambiar información. Cada tanto mi madre me decía: "Salió en la televisión aquel amigo tuyo que hace tiempo que no viene", y hablaba de un prófugo o de un caído.

Muchos pasaron de los retiros espirituales a la revolución en un proceso apresurado. Existe una relación compleja entre las ideas y la acción, pero algunas repeticiones en las experiencias me permiten unas mínimas conclusiones: la primera, que a mayor formación política, menor fue la aceptación de la salida violenta; la segunda, que del nacionalismo católico se pasó notoriamente a las armas, sin demasiadas dudas; la tercera, que los progresistas dudaron más, a pesar de que no tuvieron mayor claridad que el resto y finalmente optaron por el mismo camino.

El Mayo Francés nos llenó de curiosidad —nos caían simpatiquísimas las consignas, como "Desabróchense el cerebro tan a menudo como la bragueta"— y andábamos con el *Pequeño libro rojo* de Mao Zedong, como más adelante anduvimos con el *Libro verde* de Muammar Gaddafi, pero ya éramos dueños de nuestro propio proceso, que era sincrónico. Teníamos nuestros propios mitos: los fundadores de la Juventud Peronista de la resistencia, Gustavo Rearte, a quien Perón le encargó la creación del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP); Carlos Caride y Envar El Kadri, que estaban presos; Jorge Rulli, que había sido dado por muerto y había sobrevivido; Felipe Vallese, desaparecido desde su secuestro en 1962. También figuras como Emilio Jáuregui, asesinado en una manifestación contra la visita del jefe de la Misión Presidencial para el Hemisferio Occidental de los Estados Unidos, Nelson Rockefeller, a la que asistí; o Joe Baxter y José Luis Nell, que habían salido del Movimiento Nacionalista Tacuara y se habían alistado para combatir en Argelia o colaborar con los Tupamaros.

Antes y después del Cordobazo

Una cantina de la avenida Scalabrini Ortiz, que entonces se llamaba Canning, fue el escenario de mi último encuentro con Oscar De Gregorio. Nunca pude volver a encontrarla, sin saber si se borró de la realidad o de mi memoria porque allí perdí a mi querido amigo. Habíamos compartido el techo y el oficio de taxista, los grupos del Cenáculo, la búsqueda de un lugar en la política. Esa noche se puso inapelable de entrada: "La cosa no da para más vueltas", me dijo. "Guerrilla o traición." Escasas palabras para terminar una historia de años. Pero el Sordo no soportaba los grises ni miraba hacia atrás. Acaso intentaba obligarnos a los demás para aventar sus propias dudas. Además, la violencia tenía el don inconmensurable del misterio, un halo que la volvía mística y sublime: la atracción de lo oculto en versión de la lucha revolucionaria.

Meses antes habíamos mirado juntos por televisión, en un departamento de la avenida Juan de Garay, imágenes del Cordobazo. Creo que allí, ese 29 de mayo de 1969, junto al Sordo, al Cabezón Habegger y a Mendizábal, me hice definitivamente peronista. Ellos comentaban que ese combate que veíamos, si hubiera tenido una estructura militar organizada, habría sido la revolución. Yo no pensaba de ese modo: "Los católicos entramos al peronismo porque el pueblo está en el peronismo", les dije, como repetí poco después, en la película de Fernando Solanas, *La hora de los hornos.* El Cordobazo fue el parteaguas de nuestra generación.

Con Norberto Habegger seguimos sintiendo que éramos parte de la misma causa; con Horacio Mendizábal seguimos siendo compañeros del alma, aunque algo en él me hacía sospechar que se consideraba ocupado en una causa superior. A Oscar lo perdí entonces; fue secuestrado en el Uruguay en 1977 y desaparecido en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA). El personaje que lo sumó

para la causa de la violencia sigue vivo y necio; ocupó un lugar importante hasta el final de la guerrilla, un final que ni siquiera tuvo la forma de la derrota asumida.

Ellos tres fueron parte de los Descamisados, una de las organizaciones de la época que luego se fundiría en Montoneros. En su cotidiano codearse con el peligro y la muerte, dejaron de querer encontrarse con aquellos que no profesábamos la fe armada. Alguno argumentó que necesitaban conservar una reserva estratégica: gente que los escondiera, los curase, los ayudara cuando hiciera falta. Otros nos rechazaban con el argumento de que no entendíamos nada, o éramos reformistas, o estábamos con la burguesía. En pocos años quedé rodeado de compañeros que pasaban a la clandestinidad.

Desde 1967 yo trabajaba como cajero en el Mercado de Abasto y llevé conmigo a muchos de estos amigos que no podían presentar el *curriculum vitae* en una oficina. Los rematadores siempre necesitaban *calculistas,* como nos denominaban. El carnicero compraba, se apresuraba a pagar y se llevaba la mercadería; la velocidad resultaba clave para sumar las boletas en las máquinas a manija. Era un trabajo relativamente fácil, de medio día y bastante bien remunerado. El dueño del remate me decía con sorna: “¿Qué pasa, pibe? Todos los muchachos que me traés tienen una pinta de guerrilleros que *mamma mia”*. La dureza del Abasto ponía de relieve que éramos estudiantes. Nos llevaba meses avivarnos de que el paralítico que pregonaba “A lo globo, a lo globito”, al que Carlos Gardel le había regalado la silla de ruedas en la cual llevaba un globo inflado, no vendía globos sino preservativos.

De los veinte compañeros que habrán trabajado conmigo en el Mercado, solo cuatro estaban vivos en 1983.

Las *orgas*

Nacieron tantos grupos armados como jefes vocacionales albergó la etapa. Es decir, muchísimos.

Los hubo de todas las variedades, con nombres que iban desde Fuerzas Armadas de Liberación América en Armas, hasta Carlos Gardel. Los prochinos solos conformaban una gama nutrida. El mundo transitaba hacia la revolución socialista, de eso no quedaban dudas, y todos querían ser parte de la epopeya.

Desde fines de 1966 se puso de moda discutir con los jefes de las distintas agrupaciones políticas, que todavía no se habían decidido por la violencia, para considerar el ingreso a alguna. Existían pequeños grupos de cuadros bajo distintos rótulos o, en la mayoría de los casos, en torno a algún jefe político. Hoy, cuando alguien me pregunta mi signo zodiacal no puedo dejar de evocar que en aquellos tiempos se preguntaba, con la misma naturalidad, a qué grupo pertenecía cada quien.

Parafraseando a Carlos Menem, podría decirse "Onganía lo hizo".

El Ejército de Liberación Nacional (ELN) volaba trece supermercados Minimax de la familia Rockefeller para repudiar la visita de Nelson. Las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que habían fracasado en la guerrilla rural de Taco Ralo, en Tucumán, tomaban una villa para repartir juguetes y copaban el destacamento de Prefectura en Tigre, mientras se dividían entre los *iluminados* por la luz del marxismo, que se sentían la vanguardia lúcida, y los *oscuros* peronistas, que intentaban expresar la conciencia colectiva. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) se presentaban con la toma del pueblo de Garín. Mario Roberto Santucho y Luis Pujals, del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), creaban el brazo armado de la organización, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

Dentro del peronismo había varios sectores. Se destacaban Guardia

de Hierro, el Comando de Organización (CdeO), conducido por Alberto Brito Lima, y el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), cuya Juventud había conducido Gustavo Rearte. Estos grupos ocuparon el centro de la escena hasta la aparición de los Montoneros, que llegaría a ser el más numeroso. Los Montoneros resultaron el emergente de todos los grupos, primero por el acto fundante de secuestrar y matar a Aramburu y luego por el acto de audacia de acordar con Perón.

Nos enterábamos de la evolución de los grupos por las páginas de *Cristianismo y Revolución.* Allí salió una entrevista (anónima) de Francisco Urondo a Carlos Olmedo cuando aparecieron las FAR, y allí también las FAR anunciaron su inclinación por el peronismo. Allí las FAP sentaron sus posiciones luego de haber regresado de una virtual extinción física, en un recordado reportaje. Allí el padre Hernán Benítez, aquel que había sido confesor de Eva Perón, habló sobre los Montoneros: “Estos jóvenes sienten, con una fuerza que no sentimos los viejos, la monstruosidad de que un 15 por ciento posea más bienes que el 85 por ciento restante. Viven en un estado de indignación y de irritación del que apenas podemos formarnos idea. Por eso son fervorosos del socialismo. No por fe en el sistema sino por castigar con él a sus padres individualistas. Por eso ven con buenos ojos al peronismo y reaccionan en contra de las pestes oídas contra él”.

Llegué a forjar una amistad con Juan García Elorrio, director de la revista. Como parte del Comando Camilo Torres había ingresado a la Catedral de Buenos Aires, junto a su esposa Casiana Ahumada y a Fernando Abal Medina, para interrumpir a los gritos la misa del Día del Trabajador: “¡Las claudicaciones de la Iglesia oficial traicionan a los pobres!”. Era un personaje seductor, que de algún modo ocultaba lo más importante de sus convicciones. Se acercó al peronismo desde un origen social improbable y con la idea de una confluencia entre cristianos, marxistas y peronistas. Me despedí de él cuando viajó a Cuba, destino casi obligado en aquel momento de quienes decidían el camino de la revolución. Tiempo después me enteré por la prensa de su muerte incomprensible, dudosa: un accidente de auto.

Las organizaciones u *orgas,* como las llamaban sus militantes, se transformaron en un lugar común en el paisaje universitario, donde intentaban reclutar. La oferta iba desde Perón hasta el Che Guevara,

desde la movilización social hasta la lucha armada, desde el foco de la guerrilla rural hasta la guerra popular y prolongada: un escenario complejo, de discusiones interminables, con el denominador común de ignorar todo sobre la política argentina y mantenerse a prudente distancia del sentido común. Las organizaciones reunieron a miles de jóvenes, que entregaron la vida por sus respectivas causas, en estructuras que hacían un culto de la obediencia a los jefes, achicaban las críticas, aplaudían la denuncia y exigían lealtad, esa característica que es virtud en los perros y ofende la inteligencia humana. La lealtad es una virtud cuando es hacia una causa, y un defecto cuando está orientada a una persona.

Hoy todo aquello se nos presenta como ridículo. Pero basta con volver a leer *Los justos,* la obra de teatro que Albert Camus escribió en 1949, para tomar conciencia de la complejidad de este fenómeno humano. *Los justos* se basa en un hecho real y presenta a un grupo del Partido Socialista Revolucionario que, en febrero de 1905, en Moscú, planea matar al tío del zar, el gran duque Sergei. Todos los personajes —Annenkov, Dora, Stepan Fedorov, Alexis Voinov e Iván Kaliayev— están tan excitados por la justicia de su acción revolucionaria (que será un paso en la liberación del pueblo) como dudosos de la legitimidad de una acción que ese pueblo no les ha pedido. Llega el día del atentado y Kaliayev se paraliza: en el carruaje del gran duque Sergei viajan también dos niños. “Hasta el más simple de nuestros *mujiks* lo diría: matar niños es contrario al honor”, argumenta ante Stepan, que le pregunta qué importa eso cuando se lucha contra una tiranía: “Si esas muertes los detienen es porque no tienen seguridad de estar en su derecho. No creen en la revolución”.

La segunda vez, el gran duque viaja solo e Iván cumple con el objetivo. En la cárcel, se enfrenta a la idea de que el pueblo —encarnado en un personaje, el viejo Foka— sigue indiferente a las iniciativas de los revolucionarios y a la conciencia de que, para no convertirse en un fabricante de viudas, debe aceptar su ejecución. La diferencia entre un asesino y un revolucionario es que el revolucionario solo puede justificar sus actos con su propio sacrificio. Kaliayev acepta inmolarse, sin delatar y sin pedir piedad.

En eso se convirtió para tantos la devoción por el Che Guevara: en la

elección de un héroe trágico, en la encarnación de la política como acto que, para ser puro, debe convertirse en suicidio o, al menos, en fracaso. Estructuraron como tragedia la epopeya que querían vivir: decían que querían un mundo mejor, pero procuraban la muerte. Se me ocurren pocas cosas tan opuestas a la idea de un mundo mejor, donde la vida puede desplegar sus posibilidades, que la búsqueda de la muerte.

En todas las organizaciones de nuestra época se vivían la entrega y la solidaridad, el espíritu de cuerpo que se iba generando en las reuniones. Pero también existió una irracional idealización de los jefes, y cada grupo insistía en la genialidad de su conductor. Esos dirigentes, a su vez, generaron una pelea por las jinetas, y la ambición de poder se desplegaba en todas sus formas cotidianamente.

El paso del tiempo me permitió charlar con gente de todos los grupos y confirmar que en todos se repetía el mismo fenómeno: un lavado de cerebro nada sutil del militante, al que se le cuestionaban —como "vicios burgueses", según el clisé— sus modos de vida y sus categorías mentales. Cada grupo operaba en forma distinta, pero todos lo hacían, de manera tal que bastaba una breve charla para definir a qué grupo pertenecía un joven. Las *orgas* eran como las provincias: les imponían la tonada a sus miembros.

Existió una fuerza olvidada, difícil de comprender hoy, que reflejó como pocas la chifladura esencial, cuando miles y miles de militantes cristianos o marxistas intentábamos entrar al peronismo por cualquier puerta o ventana. Los Demetrios constituyeron quizá la mejor demostración del espíritu de la época.

Nos cruzábamos con ellos en los barrios, en los bares, en la calle Corrientes. Decían vagamente que eran de la Juventud Peronista, pero como las estructuras partidarias estaban marchitas y solo existían las juveniles, eso no significaba nada.

No eran montoneros, no eran descamisados, no eran guardianes, no eran del MRP, no eran del CdeO. Y no decían el nombre.

—Sí, pero ¿de cuál juventud?

—De la Juventud Peronista —insistían, y nadie los movía de allí.

Un día apareció uno que actuaba de jefe.

—Demetrio Tarazzi, Encuadramiento de la JP —se presentó.

Y les quedó el apodo de los Demetrios.

Más tarde descubrimos que su jefe era un viejo trotskista llamado Juan Bardoneschi, que había sobrevivido a la voladura de un departamento en la calle Posadas. Según la narrativa de los bares, en el departamento guardaban kilos de explosivos en la bañadera. Para prevenir accidentes, aislaron cada interruptor, cada tomacorriente, cada aparato eléctrico, pero se olvidaron de aislar el timbre; alguien lo tocó y volaron todos los baños del edificio.

Se formaban en prácticas estúpidas. Antes de incorporar a un compañero lo citaban a las cinco de la mañana en una esquina y lo dejaban hasta las ocho; cuando lo buscaban le decían: “Vos no lo sabés, pero estuviste cumpliendo una tarea muy importante”. Así despersonalizaban, terminaban con el individuo para comenzar con el militante. Ese encuadramiento era una idea de todas las organizaciones: había que dejar la universidad, la familia, cualquier cosa que no fuera la militancia. Pero los Demetrios llegaban a extremos incomprensibles. Pasaban la tarde timbreando en los barrios y no podían comer un sándwich sin pedirle permiso al jefe. Lo tenían prohibido por dos razones: estaban obligados a socializar su dinero y, como sostenían que el pueblo comía guiso, no probaban otra cosa.

En una oportunidad, cuando yo ya estaba en Guardia de Hierro, vinieron a mi casa. Nos reunimos en la cocina para leer un texto de Perón y exigieron que nos pusiéramos de pie. Era su ritual, como una oración política. Los demás nos miramos incómodos, pero les seguimos la corriente. En eso pasó mi madre, que iba a colgar la ropa a la terraza. Observó un momento en silencio y se despidió con un comentario despectivo: “Ustedes se juntan con locos cada vez más peligrosos”.

Los Demetrios se habían enamorado del Tigre, donde tenían una isla a la que iban para meditar y entrenarse. Tenían una lancha de carrera bautizada El Líder, que conducía el propio Demetrio. Un día en que se ofrecieron a calafatear un bote de madera que yo trataba de sacar a flote, pude conocer sus dependencias del río Abra Vieja. Me quedé a almorzar (guiso) y me llamó la atención ver a una decena de personas cavando una zanja con el agua a la cintura. Demetrio me explicó que estaban cumpliendo un castigo por errores políticos cometidos.

—¿Y la zanja para qué sirve? —le pregunté.

—Para nada. ¿Por?

Comí muy poco. Uno de ellos le pidió permiso al jefe para terminar lo que había quedado en mi plato.

Los Demetrios crecieron y ocuparon un lugar importante cuando Jorge Daniel Paladino era el delegado de Perón. Eran buenas personas, pero muy sectarios y con las conductas más raras que vi en la política argentina, como aquella vez en que se armó un delirante tiroteo entre grupos rivales, en un acto en el cementerio de Olivos, y ellos se pusieron a rezar en voz alta. En 1975 Demetrio Tarazzi, Rubén Federico y Simón Sumovich fueron secuestrados y sus cuerpos semicarbonizados aparecieron en un auto en el parque Centenario.

Guardia de Hierro

En 1969, junto a un grupo de radicales nacionalistas, en El Vesubio de la calle Corrientes, conocí al Gallego Alejandro Álvarez. Era un personaje macilento, que pesaba más de cien kilos y se explayaba con asombrosa lucidez sobre los grandes temas de la política y de la vida. Autodidacto, hablaba como si hubiera leído todos los libros del mundo, con una rara combinación de lunfardo y oratoria hegeliana. Lo escuché centenares de veces y nunca se repitió; nunca, tampoco, pasó a la palabra escrita. Quizá porque en el peronismo existía cierta pasión por una oratoria que marcase valores diferentes.

El Gallego seducía a los universitarios y los incorporaba a la organización. Los puntos principales de su discurso, muy armado y cerrado, eran: 1) la militancia nacional; 2) el liderazgo de Perón; 3) la genialidad de las jugadas políticas de Perón, que explicaba en detalle como un exégeta del oráculo de Madrid. Para los que andábamos buscando la seguridad de una certeza, alguien que había encontrado se veía muy seductor. Tardaba en demostrarnos que Perón nunca se equivocaba, pero terminaba por hacerlo porque nosotros íbamos con los incipientes argumentos de estudiantes de Ciencia Política y él nos desbarataba las lecturas con su formación hecha en la calle y en la vida, con Leopoldo Marechal y Cátulo Castillo.

Después de extensas charlas, ese mismo año me incorporé a Guardia de Hierro. Como era un dirigente estudiantil de cierto peso, mi ingreso les resultó una ventaja política. Acerqué a muchos de mis amigos, a los que en largas tenidas el Gallego convencía con sus argumentos populares y filosóficos. Hoy me asalta la duda de cuántos de esos considerandos se podían sostener por escrito, y sobre todo qué necesidades o carencias nos llevaban a construir esas sectas. Porque si el Gallego hubiera decidido un acuerdo con los Montoneros, muy pocos de nosotros estaríamos con vida.

Y ese acuerdo estuvo demasiado cerca de realizarse.

La decisión de no hacerlo dejó como consecuencia que la huella de Guardia fuera más pobre, pero se evitó el costo injustificable de vidas perdidas. No hubo menos valor sino apenas menos desvarío: prefiero el lugar que nos tocó ocupar.

Marechal se convirtió en una lectura cotidiana; nos prestábamos sus libros como una forma de expresar afecto y coincidencias. Yo ya lo amaba. Más novedoso me resultó estudiar estrategia militar de tres autores obligatorios en Guardia: el prusiano Carl von Clausewitz (con su concepto tan rebelde, que se citaba mucho más de lo que se comprendía: "La guerra es la continuación de la política por otros medios"), el inglés Basil Liddel Hart (sus ideas de estrategia, como la defensa elástica o la aproximación indirecta) y Sun Tzu (que desde 400 años antes de Cristo nos enseñó *El arte de la guerra*).

En el origen, los *guardianes* —como se nos denominaba en la jerga militante— nos organizábamos en una estructura vertical de comandos que recorrían los barrios provistos de un grabador Geloso e invitábamos a la gente a escuchar la palabra del General, amén. Luego el Gallego iniciaría una tarea de adoctrinamiento de esos grupos comando, para formar cuadros políticos. Cada uno llenaba una ficha secreta con sentido militar porque, como con todo lo demás, desde las largas reuniones hasta las prácticas de tiro, se trataba de la preparación para una posible guerra.

Por esas responsabilidades se decidió que el Gallego dejara su empleo como telefónico y que viviera del financiamiento de los guardianes, que aportábamos con una cuota variable según los ingresos de cada uno. Oficina no le pusimos: atendía en los distintos bares y a medida que el poder del grupo se afirmaba y le tocaba entrevistarse con más gente, comenzó a llegar tarde a todas las citas porque se extendía en su facundia y arrastraba el retraso de un encuentro a otro. Si cada grupo generaba sus pautas, esperar al Gallego dos o tres horas en un bar era una de nuestras costumbres.

Ninguno de los tres jefes sobrevivientes de lo que se llamó el trasvasamiento generacional en el peronismo es digno de ser rescatado. Ni el Gallego, ni Julián Licastro de los Comandos Tecnológicos, ni Mario Firmenich: cada uno con las particularidades

de su historia, compartieron el mismo destino de personaje pasajero, de pastores promesantes expulsados del paraíso que ellos mismos inventaron. ¡Cuántos pichones del Che Guevara que nunca dieron con su Revolución Cubana! Las consecuencias de esa desventura siguen buscando una explicación.

Aquel 1969, sin embargo, los guardianes todavía conformábamos una estructura política chica y ofrecíamos un planteo coherente de ingreso al peronismo. El trabajo zonal era un descubrimiento: no íbamos a las villas sino a los barrios, no íbamos a la marginalidad sino a los laburantes peronistas. No éramos egresados del Colegio Nacional de Buenos Aires, como los Montos de clase media y alta, sino unos expupilos de colegio de curas. Como intentábamos armar un equipo con militantes universitarios y compañeros de base, la guerrilla nos despreciaba.

Después del trabajo, a eso de las seis de la tarde, nos reuníamos en un bar de la zona elegida y salíamos de a dos, preferentemente un hombre y una mujer, a tocar todos los timbres de la cuadra para ofrecer nuestra mercancía eufónica. “Buenas, señora. Somos del Movimiento Peronista. ¿No le gustaría escuchar al General?”: con ese método conocí a fondo Pompeya, Barracas, Constitución, Parque Patricios. Increíblemente, alzándoles los hombros a la dictadura y la proscripción, la gente nos hacía pasar a sus comedores o cocinas para escuchar juntos y en silencio reverente las directivas que enviaba Perón. Las cocinas eran el lugar preferido para las tertulias: el calor de los fuegos, la circulación del mate, las fotos de Perón y de Evita.

De los miles de timbres que toqué salieron nuevos militantes. Inclusive llegamos a recibir uno o dos pedidos por tarde: varios amigos se juntaban para atender la grata nueva que brotaba de la cinta abierta del grabador. Así creamos una relación con el barrio que nos permitió armar una organización de compañeros.

Relevar un barrio era encontrarse con la diversidad de la vida. Había gente ligada al sindicalismo combativo y gente ligada al burocrático de Lorenzo Miguel. Había viejos militares peronistas y algún loco ligado al espiritismo y a la Logia Anael, que decía venir de Brasil, que nos dejaba en las manos un librito esotérico sobre la revolución. En un bar de Villa Crespo logramos que un quinielero

extendiera nuestro territorio a la par de sus levantadores de juego y en una tintorería de Constitución un fanático peronista, Sandoval, puso un cartel que anunciaba una rebaja del 10 por ciento para los compañeros. Con ingenio, se sumaban a nuestra tarea para buscar más adherentes.

De yapa descubrimos una trama infinita de gente que se entregaba a la amistad a partir del compromiso político. Comenzamos a compartir picadas, asados y pucheros con vino de damajuana; nos invitaban a los cafetines, donde antes de la llegada del televisor los hombres tenían sus grupos de juegos y de pertenencia. Recuerdo al camionero Tilín Canale, un rubio grandote y marginal, como salido de una obra de Marechal, que escuchaba admirado los relatos de Sandoval, quien había descubierto una fórmula precursora del Viagra: huevo fresco bebido crudo en ayunas. Tilín resumía su fe política así: "La Argentina es una pizza y el peronismo es el tomate. Vos le podés poner muzzarella o anchoas, pero el tomate está siempre o no hay pizza". Godoy, un entrerriano petiso con rasgos indígenas, nos regalaba su teoría sobre los Tupamaros: "Dios, cuando se cansa de ver morir a los hijos de los pobres, manda a los hijos de los ricos a luchar por ellos. Pero como es justo, Dios no va a permitir que la revolución de los pobres la hagan los ricos. Los van a matar a todos", cerraba, ominoso, con su tono de evangelista.

En torno a Guardia se movían dos hombres mayores, Héctor Tristán y Miguel Vacas, que trataban de educarnos según sus particulares maneras de transitar la vida.

Tristán había nacido en el anarquismo y pasado por el trotskismo; se conocía todo el peronismo y actuaba como una suerte de profeta revolucionario. Había sido parte de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) en la época de Vandor, de donde había salido antivandorista, y andaba siempre con su valija de cobrador de la Unión Obrera Textil. Era bajito y de fuerte contextura física: el aspecto de un duro que se correspondía con las historias pesadas que, se decía, guardaba en la experiencia. También era ingenioso: durante un allanamiento policial a la UOM, el petiso se puso un guardapolvo gris y agarró un escobillón: dejó el piso brillante mientras se llevaban al resto y salió corriendo a avisar a los abogados. Las anécdotas, reales o inventadas,

eran las medallas de los hombres como él.

Cuando pasábamos bastante tiempo sin cruzarnos en los bares nos invitaba a su hogar, una casa humilde en Villa del Parque. Se mostraba igual: tan profuso en palabras como en silencios, orgulloso de su historia y mudo cuando decíamos algo que le disgustaba. En una habitación guardaba sus tesoros: fotos con Perón, con el Bebe Cooke, con Miguel Ángel Asturias, el escritor y diplomático de Guatemala de quien se jactaba de haber convertido al peronismo. Nunca nos contó la historia de una granada de gas servida, recuerdo de alguna contienda. Más de una vez nos mostró recortes de un diario de Tucumán, donde se veía su foto. Era una nota en la que anunciaba que se retiraba del fútbol porque no estaba de acuerdo con que los jugadores se vendieran.

—Yo jugaba bien, pero los hombres no se venden —pontificaba.

El viejo Tristán había sido el brazo derecho de Cooke y le dolía que el Bebe hubiera asumido una posición procubana. “El General le dijo que no es lo mismo, que en una isla todo es distinto”, se lamentaba. Dos días antes de la muerte de Perón se puso muy mal. “El General se muere. Esto se acabó”, me dijo. Odiaba a López Rega.

El otro maestro, don Miguel Vacas, se decía discípulo del italiano Wilfredo Pareto, su pensador preferido. De anteojos y con pinta doctoral, era un polemista brillante, un orador capaz de improvisar sobre los temas más diversos. Cargaba el original de un texto, probablemente una síntesis de las ideas que nos explicaba en charlas inagotables: que cuando tirásemos una piedra debíamos apuntar a las estrellas, aunque nos rompiera la cabeza al volver; que el dinero era el invento del capitalismo para dominarnos y la moneda una simple convención social; que los ingleses aportaron la piratería y luego la disfrazaron con el nombre de comercio. “No dieron música, no dieron pintura o escultura”, exageraba en su furia contra el Imperio Británico. “¡Ni siquiera aportaron algo a la comida! ¿A quién se le ocurriría comer en un restaurante inglés?”

Solía vivir en Goya, Corrientes, en una pieza tapizada de libros. Entre otros proyectos ocurrentes, se dedicó a comprar hojas de palma que vendía para las coronas mortuorias. Luego inventó el negocio de mandar los diarios de Buenos Aires en avión, para que llegaran antes,

y vivió un par de años de eso. Hombre de una gran dignidad, llegó a los ochenta lúcido y bien parado, con la inocente intención de ayudar a poner un presidente.

Provenía del viejo tronco socialista y nunca dejó de intentar un mundo mejor. Asistí a una definición perfecta de su persona, una noche en Goya, luego de haberlo visto trenzarse en una discusión con un gorila. Ya era tarde y Vacas le preguntó a su interlocutor qué haría si se quedara allí, en la ruta, sin su coche de burgués. El otro disparó: “Hago dedo”. Don Miguel, con solvencia, le respondió: “¿Ve? Ahí está la diferencia. Yo espero una nube”.

Los guardianes llegarían a tener cinco mil afiliados en una de sus estructuras orgánicas. Cuando Perón dio la orden de afiliar y los Montoneros dijeron que eso era facilitar los registros de la policía, nosotros llenamos fichas en cantidades. Creíamos que el camino era el partido, que Perón tenía razón; eso nos permitió ganar la Capital en la elección interna. De verdad teníamos una estructura: los afiliados, los votos. De todas maneras y a pesar de ese buen desarrollo de base, o para aprovechar que lo teníamos, nos ordenaron que hiciéramos relevamientos de los barrios, con planos y todo, imaginando posibles acciones militares.

En 1972, en un acto enorme en Rosario, varias parejas se casaron con un cura de la *orga.* Lentamente el interior del grupo fue ocupando el espacio de la sociedad real. La Guardia posterior a 1973 ya no pudo resolver la contradicción con Perón, que le dejó un papel muy pequeño, casi nulo, por el acuerdo con Montoneros. Sin saber aplicar a sí mismos la consigna “desensillar hasta que aclare”, sobre la que tantas veces habían abundado, los guardianes comenzaron a transformarse en una fuerza integrista, de política ultramontana.

Abandoné Guardia un poco antes de la muerte de Perón. No era la fuerza a la que yo había entrado, donde cabían el humanismo, el Cine-Liberación, los personajes de los barrios.

El asesinato de Aramburu

“Asaltó La Calera un grupo de extremistas”, tituló *La Nación* el jueves 2 de julio de 1970. Dos días más tarde, cuando se vinculó a los ocupantes de esa localidad cordobesa con el secuestro del ex dictador Pedro Eugenio Aramburu, el diario de Mitre mantuvo el tema en su primera plana, hasta que el sábado 18 de julio se la dedicó entera: “Pueblo y Gobierno condenan el asesinato del general Aramburu”.

El secuestro y la muerte de Aramburu marcaron un gran cambio en nuestras vidas, hasta ese momento casi románticas. Conmocionaron a la sociedad y dieron un golpe inesperado al poder militar, que sin capacidad de respuesta comenzó su lenta decadencia.

Si con Onganía se había desenmascarado la falsedad del proyecto liberal —los presuntos demócratas que derrocaban al presunto tirano de Perón—, con ese secuestro quedó a la vista del país que los militares y sus socios ya no eran los propietarios del orden. Desde ese hecho la violencia en la Argentina fue en aumento hasta su disolución en la última y más atroz dictadura, y la derrota en la Guerra de Malvinas.

Pero en ese momento el acto ocupó el lugar de un supuesto desagravio y sus ejecutores el de los justicieros, sino de un pueblo, al menos de una generación. Se volvieron a revisar el golpe de 1955 y sus consecuencias, se aportó un nuevo elemento al poder peronista. Ese acto hirió de muerte al régimen que terminaría con el retorno de Perón en 1972 y el triunfo electoral del Frente Justicialista para la Liberación (FREJULI) en marzo de 1973, pero Montoneros pronto perdería su rumbo y hasta su noción de la realidad, de modo de contribuir a la perpetración del golpe de 1976 y sellar su propio final.

Los que militábamos en los barrios y en la universidad hacía tiempo que percibíamos el reverberar de la violencia, pero la Operación Pindapoy —como la llamaron, tan afectas a los términos militares

como eran las *orgas*— tuvo una dimensión inesperada. Implicó demasiada audacia y una fortaleza inusitada en un tiempo que parecía de espera.

El 29 de mayo de 1970, Día del Ejército y primer aniversario del Cordobazo, Emilio Maza, con uniforme de capitán, y Fernando Abal Medina, con uniforme de teniente primero, tocaron el timbre en el 8° A de un departamento de Recoleta, sobre la calle Montevideo, para ofrecer custodia a Aramburu. La esposa los dejó tomando café, mientras el general terminaba de ducharse. Cuando salió, charló unos minutos con los jóvenes. Hasta que Maza sacó un arma y le dijo "Mi general, usted se viene con nosotros". Abajo los esperaban Mario Firmenich y Norma Arrostito.

El relato del grupo, que tomó dimensiones épicas años más tarde, en el ejemplar que provocó la clausura de su semanario *La Causa Peronista,* detalló: "Esquivando puestos policiales y evitando caminos transitados, una *pick up* Gladiador avanzaba desde hacía cuatro horas rumbo a Timote. En la caja, escondido tras una carga de fardos de pasto, viajaba el fusilador de Valle escoltado por dos jóvenes peronistas." Pero en ese momento no se supo demasiado, salvo el estremecedor Comunicado N° 4: "Perón Vuelve. Al Pueblo de la Nación: La conducción de los Montoneros comunica que hoy a las 7:00 horas fue ejecutado Pedro Eugenio Aramburu. Que Dios Nuestro Señor se apiade de su alma. Perón o Muerte. Viva la Patria. Montoneros".

Al principio los actores pertenecían a un grupo desconocido fuera de ciertos ámbitos. Luego, velozmente, generaron sus héroes y sus aliados y decenas de jóvenes los tomarían como referencia, en ocasiones sin entender los alcances de lo que hacían. En los años por venir se popularizó la consigna: "Duro, duro, duro / estos son los Montoneros / que mataron a Aramburu".

Ningún protagonista político se pudo mantener ajeno al hecho; ni siquiera Perón, a quien los Montoneros escribieron para preguntar si eran ciertas las versiones "según las cuales nosotros con este hecho estropeamos sus planes políticos inmediatos", y que respondió extendiéndoles la mano: "Es totalmente falso que haya perturbado plan táctico alguno". La vieja izquierda se fracturó, debilitada frente al accionar de quienes discutían poco, pero conmovían con sus acciones.

Y nosotros, los guardianes, los seguidores obedientes de Perón, sucumbimos a la más perfecta incomprensión.

Los fieles siempre arman, en su imaginación, su propio esquema: en la cabeza teníamos un Perón de nuestra estatura, pero él veía más allá. Tomó conciencia de la volatilidad de la situación política argentina, vio el estallido de la violencia como un proceso al que había que ofrecer una solución. Montoneros mató a Aramburu para ingresar al peronismo, no por pedido de Perón. Entonces él, para contenerlos, les abrió la puerta: le entregó la juventud a Rodolfo Galimberti, el movimiento a Juan Manuel Abal Medina, la candidatura a Héctor Cámpora. Y ellos nunca se hicieron cargo de los desatinos que cometieron.

El origen nacionalista católico de la guerrilla es el dato cierto que, en alguna medida, fija su talento por la acción sin las consideraciones de los intelectuales. Montoneros salió de la marginalidad de la derecha universitaria católica, del nacionalismo, como Firmenich y Abal Medina o de la clase alta como Diego Muniz Barreto que pasó de asesor de Onganía a diputado de la Tendencia Revolucionaria. En todo caso, desde ese momento expresaron una audacia política que los convirtió en la cabeza de la rebeldía social. Demasiado poder que los llevó a confundir su lugar con el de Perón, y entonces el talento devino en necedad.

Con la compañera con la que recorríamos el barrio comenzamos a discutir sobre el lugar de los guardianes; sentíamos que de golpe habíamos perdido el tren. La violencia reducía cada vez más el espacio para la duda: se proponía como un polo opuesto a la dictadura y desafiaba a los demás participantes de la oposición.

La elección de Aramburu fue una expresión de talento, en más de un sentido. Se habló demasiado del origen de los Montoneros en relación con el poder de turno. A nadie se le escapaba que el almirante Isaac Rojas era más despreciado por el pueblo peronista. Pero no ocupaba el mismo lugar que Aramburu en el juego del poder. Rojas era el hombre que sostenía el odio contra Perón, pero el elegido para morir fue Aramburu, quien planteaba la negociación política. En ese momento Aramburu quería hacer el pacto que luego buscaría el general Alejandro Lanusse; su muerte le sirvió al régimen para consolidarse y

cerrar nuevamente la puerta a la democracia. En 1974 sucedería algo parecido a lo de Aramburu con la muerte de Arturo Mor Roig: los dos fueron hombres que, aunque errados —no los voy a defender—, en sus respectivas horas finales plantearon el diálogo.

Para algunos, los Montoneros fueron el intento del gobierno de Onganía por generar su propia alternativa de izquierda por medio del Ministerio del Interior a cargo entonces del general Francisco Imaz. Lo sostuvieron Alejandro Losada, un ex sacerdote vinculado al gobierno, en su libro *Andá a cantarle a Gardel,* y el periódico socialista *La Vanguardia,* que citó el periodista norteamericano Martin Andersen en su investigación *Dossier secreto.* No tiendo a inclinarme por las teorías conspirativas, salvo en las películas de espionaje. Pero creo que conviene citar esas versiones únicamente poniéndolas en perspectiva: si esa influencia existió, careció de relevancia en el desarrollo político posterior del grupo.

En mis tiempos de dirigente universitario, yo mismo recibí un ofrecimiento para ingresar a un sistema de *rebeldía organizada* de la dictadura. Corría 1967 cuando me llamó Ezequiel Perteagudo, un personaje de moda, dueño de la revista *Imagen del País,* que tenía crédito por ser peronista y por haber recibido la censura de Onganía, que no se le negaba a casi nadie. Me citó en su departamento, que me deslumbró porque se podía ingresar directamente desde el ascensor: por él conocí el palier privado.

En una conversación larga, me dijo que me necesitaban para armar el ala izquierda del gobierno; para darme confianza mencionó a Ongaro y me mostró una decena de nombres que yo conocía y que estaban, según él, en el asunto. Algunos de esos nombres tuvieron que ver con la guerrilla luego, aunque eso no demuestra nada. Me preguntó cuánto ganaba en el Mercado de Abasto y me ofreció diez veces esa suma para organizar actos con la izquierda universitaria, controlados por el gobierno por medio de sus indicaciones.

Lo vi una vez más para declinar amablemente su oferta, y nunca más nos cruzamos.

Cuando mataron a Aramburu yo ya había dejado más que claro que no aceptaba la violencia. Los integrantes de la guerrilla me veían como un ser inferior, el que nada más hacía política. Los ayudé en la mala —

los guardé, les llevé comida, les conseguí garantes— pero nunca los acompañé. La opción era entrar o callarse, y me callé.

La masacre de Trelew

El delegado de Perón era Jorge Daniel Paladino, un personaje duro y misterioso que con los años iba a terminar pareciendo un delegado del general Alejandro Lanusse, que sería el último de la llamada Revolución Argentina. Tras el Cordobazo y el Aramburazo, a Onganía no le quedaba otra salida que renunciar, pero como no la tomaba, la Junta de Comandantes de las Fuerzas Armadas —que Lanusse integraba como titular del Ejército— lo acompañó hasta la puerta y lo reemplazó brevemente por Roberto Levingston. Cuando Lanusse se hizo cargo, puso en el Ministerio del Interior al radical Mor Roig, con quien intentó armar su Gran Acuerdo Nacional, un pacto entre las fuerzas políticas para restablecer la democracia pero que condicionaba al futuro gobierno elegido por el pueblo con una serie de caprichos castrenses, cuyo fin último era controlar la gravitación de Perón. En abril de 1971 Mor Roig anunció el fin de la veda política y Perón dio la orden de recuperar los bienes del Partido Justicialista (PJ) y lanzar la campaña de afiliación masiva.

El único problema que tuvimos los guardianes fue conseguir fichas suficientes: habíamos hecho tal trabajo en los barrios que nos cansamos de afiliar.

Junto con el Humanismo que había sumado una estructura de militantes juveniles muy grande, el Frente Estudiantil Nacional (FEN), de Roberto Grabois, también se había incorporado a Guardia de Hierro. “Ahora se trata de comprender el papel de la clase trabajadora, que en este país tiene nombre y apellido”, declaraba Pajarito Grabois a *Primera Plana*, y sus jóvenes marxistas se iban peronizando, como nosotros, con el Geloso bajo el brazo. Los guardianes y el FEN formamos la Organización Única del Trasvasamiento Generacional, una red enorme de estudiantes que seguíamos las indicaciones de Perón sobre la multiplicación de cuadros para la política territorial, lo

opuesto a las “formaciones especiales” de la guerrilla.

Nosotros entendimos que la orden de Perón era participar en la lucha interna del partido. El error de no afiliarse que adoptaron las juventudes representadas entonces por Galimberti conllevó graves consecuencias: dejó un enorme poder político, que habían ganado en la lucha clandestina, en manos de los sectores retrógrados del aparato político. Los de Guardia, en cambio, dimos la gran sorpresa en las elecciones de Capital Federal con nuestra Lista Gris: dejamos segundo al sindicalismo, la Lista Azul y Blanca de Lorenzo Miguel; y terceros, lejos, a los revolucionarios, la Lista Verde.

Como teníamos un comando por barrio, llenar las fichas de afiliación fue maravilloso: no eran inventadas sino de lealtades conocidas. Ganamos tantas circunscripciones que los sindicalistas de la UOM nos hacían la venia; de mala gana, porque nos veían como a unos perejiles, pero nos hacían la venia. Cuando llegamos al congreso partidario no podíamos creer que fuéramos los dueños, con pibes que votaban como si tuvieran la mano enyesada. Fui elegido secretario general del Consejo Metropolitano, la conducción política del PJ de la Capital Federal.

Con ese poder, desarrollado sin otro aparato que el de los votos, llegamos meses más tarde a la discusión de las candidaturas a diputados nacionales y concejales.

Como en la ciudad de Buenos Aires siempre perdíamos, me dejaron la lista de las circunscripciones para que regalase las candidaturas. Pero yo —que iba quinto en la de diputados— sentía que las elecciones de 1973 iban a ser distintas. Lo percibía en los barrios. Mis compañeros me decían “Nadie puede ganar la 11, es una circunscripción gorila”, y yo se la daba a los socialistas de Simón Lázara, que se habían acercado a nosotros en aquel momento. Al fin ganamos las veintiocho circunscripciones y terminamos por sacar buenos concejales de gente que había pasado a saludar justo cuando discutíamos los nombres.

Y así andábamos, con esa euforia y esas ilusiones, cuando llegó el 22 de agosto de 1972.

Estábamos en un acto en homenaje al renunciamiento de Evita, veintiún años atrás y pocos meses antes de su muerte, a ser candidata

a la vicepresidencia. Hablaban algunos jefes de las organizaciones, entre ellos el Gallego Álvarez, en la Federación de Box. Alrededor de las 7:30 de la noche empezó un griterío conmovedor: había llegado la noticia de la masacre de los prisioneros de la Marina en la base Almirante Zar, en Trelew.

Desde el día de la fuga del penal de Rawson, una semana antes, casi no se hablaba de otra cosa. El 15 de agosto de 1972 los guerrilleros detenidos en esa mole de cemento en el medio de la nada habían iniciado una fuga que planificaron para casi ciento veinte y que solo logró poner en el Chile de Salvador Allende, y desde allí rumbo a Cuba, a los principales dirigentes de la guerrilla: Mario Roberto Santucho, el Gringo Domingo Mena y Enrique Gorriarán Merlo, del ERP; el Negro Roberto Quieto y Marcos Osatinsky, de las FAR; Fernando Vaca Narvaja, de Montoneros. Una vez tomada la cárcel, los presos salieron en orden jerárquico, por eso ellos lograron subir al auto en el que los esperaba Carlos Goldenberg, de FAR, y en el que llegaron al aeropuerto de Trelew donde otros militantes, encabezados por el Gallego Víctor Fernández Palmeiro, habían secuestrado un avión de línea.

Los diecinueve siguientes debían subir a dos camiones. Pero el encargado del traslado de esos camiones malinterpretó la señal —una sábana en las ventanas enrejadas— y no se acercó. Era cuestión de minutos antes de que los marinos de la base Almirante Zar llegaran a cazarlos. Llamaron a taxis y remises de la zona y así llegaron al aeropuerto.

Tarde. El avión ya carreteaba.

Se entregaron ante un juez y ante la prensa. Todas las garantías que les habían prometido cuando depusieron las armas se esfumaron en el ómnibus en el que los marinos los llevaron a su base, en Trelew. Eran: Carlos Alberto Astudillo (FAR), Rubén Pedro Bonet (PRT-ERP), Eduardo Adolfo Capello (PRT-ERP), Mario Emilio Delfino (PRT-ERP), Alberto Carlos del Rey (PRT- ERP), Alfredo Elias Kohon (FAR), Clarisa Rosa Lea Place (PRT-ERP), Susana Graciela Lesgart de Vaca Narvaja (Montoneros), José Ricardo Mena (PRT-ERP), Miguel Ángel Polti (PRT-ERP), Mariano Pujadas (Montoneros), María Angélica Sabelli (FAR), Ana María Villarreal de Santucho (PRT-ERP), Humberto

Segundo Suárez (PRT- ERP), Humberto Adrián Toschi (PRT-ERP), Jorge Alejandro Ulla (PRT-ERP) y los tres que sobrevivieron al fusilamiento, en la madrugada del 22 de agosto, en una falsa aplicación de la ley de fuga: María Antonia Berger (Montoneros), Alberto Miguel Camps (FAR) y Ricardo René Haidar (Montoneros).

Para nuestra generación, la masacre implicó la visión despreciable del rostro del enemigo. Los que habían derrotado al peronismo en nombre de la supuesta democracia en 1955, encarnaron en 1966 la tiranía sanguinaria que le habían querido endilgar a Perón y seguían matando. Inclusive para jugar sus internas, porque la masacre de Trelew fue en contra de Lanusse: la idea de la Marina era que el Ejército no reprimía lo suficiente. Esa carnicería fue el primer aviso de la represión que llegaría con el golpe de 1976.

Salí de la Federación de Box para hablar con unos militantes del ERP que me querían ver en mi papel de secretario general del PJ porteño. Me pidieron que velásemos a algunos de los fusilados en la sede del partido. A la gente del candidato Cámpora le parecía bien, pero a los sindicalistas no les hacía gracia semejante lío. Acataron, sin embargo, con respeto, que las exequias se realizaran en el local nacional, dos caserones en avenida La Plata entre Venezuela y Quito.

Llegaron, lentamente, tres cuerpos en sus ataúdes; uno de ellos era el de la Sayo (por sus ojos rasgados, la llamaban con esa apócope de *Sayonara*), la esposa del Roby Santucho. El velatorio se armaba mientras nos crecía dentro una mezcla áspera de dolor y bronca; los peronistas nos preguntábamos si nunca se terminaría de pagar el atrevimiento de un pueblo a soñar con la democracia y la justicia social; los militantes del ERP tenían la decisión de cobrar caras sus vidas.

Al acercarse la noche las visitas se hicieron multitud, vimos armas y jefes de las organizaciones. Pasamos horas muy tensas porque el gobierno necesitaba terminar ese velatorio cuanto antes. Nos habían prohibido que se abrieran los ataúdes; esa noche, sin embargo, el ERP quiso abrir el de Sayo, que murió embarazada. El poder de la dictadura se cuidó de ingresar al partido, pero nos hicieron saber que el velatorio había concluido: el comisario Alberto Villar, quien se convertiría en un emblema de la represión, nos citó para hacernos

conocer su idea de diálogo.

—O los retiran ustedes o los sacamos nosotros —sintetizó.

Para nosotros, no había salida:

—Háganlo ustedes.

Adentro de la sede nacional del PJ, los que quedábamos, militantes y familiares, cerramos el portón de hierro. Por los techos, en las terrazas vecinas, los militantes del ERP desplegaron su juego.

Con órdenes del general Tomás Sánchez de Bustamante y al frente del Cuerpo de Infantería, Villar irrumpió con perros, granadas de gas y balas de goma. Enganchó el portón de hierro a una tanqueta y lo sacó de cuajo. Montados a caballo, sus policías apalearon a los deudos de los asesinados y a los militantes por igual, mientras los gases lacrimógenos formaban una niebla que no nos impedía ver cómo el régimen agonizaba. Mientras nos dispersaban por la avenida La Plata, observamos la imagen surrealista de unos policías robándose tres ataúdes. Hubo contusos y detenidos por pocas horas.

“Yo no lo voté”, decía mi viejo

El 11 de marzo de 1973, en el comando peronista de Santa Fe y Oro, arriba de una panadería, esperamos el recuento de votos de la fórmula del FREJULI, Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima. La policía miraba, sin saber si nos pegaba o nos felicitaba. Hacía rato que habíamos llegado al 49,4 por ciento, cuando supimos que el candidato radical, Ricardo Balbín, había reconocido la derrota: “Yo no sigo”, había dicho, y con esas simples palabras nos reveló que ya éramos gobierno.

Pocos días después Ferdinando Pedrini, quien sería luego presidente del bloque peronista de Diputados, nos convocó a un grupo de los elegidos.

Conocí un aspecto del poder que había pasado por alto.

La madre de mis hijos se enamoró de mí porque entonces yo tenía un solo vaquero, que lavaba los días de sol cuando podía quedarme en casa a esperar que se secara. Algo muy habitual para el paradigma de la época, pero que resultó un problema cuando me convertí en diputado. Para ver a Pedrini me puse la ropa que me regaló un querido amigo que ocupaba una gerencia en una empresa grande, y me sentí un bacán.

Ser del palo —expresión que no existía, pero se vivía— consistía en vivir con modestia, hasta el ascetismo, y gastar en cultura lo que otros dejaban en pilchas. Los ricos consumistas nos parecían idiotas que no entendían los verdaderos placeres de la vida. Sufrí como una peligrosa concesión económica un regalo que me hizo un empresario ligado al desarrollismo, que integraba el FREJULI: mi primer traje, para asistir a las sesiones en la Cámara. Hubo quienes se negaron inclusive a vestir así en el recinto: un diputado de la Tendencia Revolucionaria, que jamás usó un traje, recibía los retos cotidianos del ascensorista:

—Caballero, este ascensor es para uso exclusivo de los señores diputados.

—Perdone, no me di cuenta. La próxima vez tomo el otro —contestaba humildemente.

Una vez quise corregir al ascensorista, y me hizo una seña para que no intercediera: “No lo avives. Dejalo tranquilo que tiene razón: diputados son los que usan traje”.

Con todo, el legislador no se ubicaba a tanta distancia del ciudadano común como hoy en día. Representábamos al pueblo porque éramos parte del pueblo; contábamos con el respeto de una sociedad que no quería que se fueran todos, como sucedería al comenzar el siglo XXI cuando la política tocó el fondo del descrédito. En el barrio la gente pasaba por la colchonería para felicitar a mi viejo porque tenía un hijo diputado. Él contestaba: “Yo no lo voté”. Y era cierto.

Con el saco de mi amigo fui a la reunión con Pedrini, que nos encargó a un pequeño grupo del bloque peronista —Rodolfo Vitar, Diego Muniz Barreto, Santiago Díaz Ortiz, Roberto Vidaña, entre ellos— que viajáramos a Trelew para visitar el penal de Rawson a fin de iniciar con los guerrilleros detenidos la transición que, se sabía, iba a ser la más difícil y compleja de nuestra historia.

Del destierro a la libertad

Ingresar, en nombre de la democracia, a una cárcel con presos políticos, implicaba los titubeos que trae todo traspaso del poder. Cargábamos, en igual proporción, con la seguridad en el futuro y la ignorancia de las reglas. La estructura del penal tenía tantas dudas sobre esa nueva realidad como nosotros. En el caso de Rawson, además, la memoria del copamiento, la huida y la masacre en Trelew se escondían en cada rincón. Se nos cerraba la garganta cuando nos acercábamos a ese edificio único en el páramo, castigado por el viento patagónico, un destino tan semejante a un destierro.

El primer día nos dejaron en un patio al que daban unas cuantas celdas. Vimos que en las ventanas, ubicadas muy por encima de la altura de un hombre, los detenidos asomaban los brazos para llamar nuestra atención. Ataban la frazada a las rejas y se colgaban para hacernos señas. Esa imagen de las manos apareció varias veces en mis pesadillas, que en nada competían con la realidad de esos guerrilleros y sindicalistas encerrados en el más completo aislamiento.

Con el paso de los días la relación con la burocracia carcelaria se fue relajando. El trato pasó de la confrontación a una mínima confianza. "¿No podemos hablar con algunos detenidos?", preguntamos por fin, cuando percibimos que las negociaciones nos habían puesto a la puerta de lograrlo. "Difícil, para abrir tendríamos que llamar a jefatura", nos dijeron.

Y llamaron.

El tiempo pareció cambiar de ritmo, avanzar con una exasperante lentitud, hasta que nos franquearon el paso.

Al principio solo nos permitieron verlos de a uno por vez.

Los presos habían quedado muy afectados por la masacre. Fue lo primero de lo que nos hablaron: los detalles horrorosos de aquella madrugada en la que fusilaron a sus compañeros. Y cada vez que se

planteaba algún traslado, nos llamaban como garantía. No confiaban mucho en el poder naciente de la democracia, pero en esas circunstancias lo necesitaban.

Finalmente, la autoridad accedió a que hiciéramos reuniones con varios detenidos. Charlábamos en rondas, sentados en el suelo, sobre la salida de la dictadura. No les resultaba fácil imaginar el futuro que ya llegaba. Para mí ellos eran como una raza superior, pero me fui desilusionando con las charlas. La valentía del guerrero no estaba sostenida por un pensamiento coherente y sólido.

En ese penal, donde estaban los cuadros más importantes, donde el aislamiento lo marcaba hasta su ubicación geográfica, me costaba entender los recovecos de los grupos de presos, los que dependían de las grandes organizaciones y los otros, los que soportaban en soledad. Era un mundo de duros, de silencios, sin debilidades ni afectos, un mundo donde se consideraba al débil un ser inferior, como un quebrado. Se morían de ganas de hablar con nosotros, pero lo hacían sin apuro, con displicencia.

Les dijimos, porque estábamos convencidos de que así sería, que iban a quedar en libertad. No nos creyeron: para esas mentes regidas por la ideología revolucionaria, al gobierno burgués le faltaría fuerza. Comenzamos un lento debate. Para nosotros, no quedaba duda; para ellos, no había posibilidad. “Solo el poder de las armas liberará a los combatientes”, decían, entre otras frases con estructura de consigna. Las dos organizaciones mayoritarias, Montoneros y ERP, mantenían opiniones monolíticas. Los viejos peronistas, en cambio, confiaban.

En su tesitura amarga, el ERP organizó un canje de dos secuestrados, un marino y un gendarme, por algunos de sus prisioneros. Faltaban veinte días para que Cámpora asumiera la presidencia, pero no hubo modo de hacerles aceptar que la libertad estaba al alcance de la mano; cuando querían cerrar la discusión argumentaban que, aun si así fuere, no querían recibir favores del peronismo. Estaba en un bar de Trelew con Muniz Barreto cuando se nos acercó un cieguito conducido por una niña, y nos dijo: “Soy Santucho, quiero hablar con ustedes sobre el intercambio”. Al fin cuatro diputados fuimos elegidos por los guerrilleros y aceptados por el poder militar para garantizar ese canje, que pondría a los presos del ERP en un avión rumbo a Argelia. Pero la

operación no se pudo llevar a cabo.

Los primeros pedidos de los presos fueron jabones y dentífrico, elementos vitales que no recibían. Cuando descubrieron que los guardiacárceles no podían revisar a los diputados electos, nos pidieron diarios, revistas, libros y algunos mazos de naipes. Nos dieron cartas para sus familiares —durante años guardé algunas que carecían de destinatario— y nos conmovimos muchas veces al verlos recibir las respuestas en el viaje siguiente. Menos emocionante fue recibir el llamado de atención de uno de los jefes del ERP, que nos acusó de corromper a sus cuadros. Nos habló secamente, con la seriedad de un poseso, y a los diez minutos de sermón llegó al meollo del asunto: los mazos de naipes distraían a los militantes de sus debates políticos. Le contestamos que solo habíamos llevado lo que los presos nos habían pedido, y que además lo habíamos pagado nosotros, no la estructura partidaria. Nos explicó que tenían un compromiso con la revolución que no permitía pasar el tiempo jugando al truco.

Al menos las *orgas* no se opusieron a que sus militantes fueran a escuchar al Cuarteto Zupay, que fue a tocar para los presos. Era imposible obviar la vitalidad del folclore en nuestra generación, como la del tango en la de nuestros padres: no había reunión sin guitarras y bombos, siempre se entonaba alguna zamba o se bailaba una cueca. Parecía el nacimiento del interior sobre la Capital: escuchábamos a Los Chalchaleros, Los Fronterizos, Los Huanca Hua, Opus Cuatro; a don Atahualpa Yupanqui y a Mercedes Sosa. Aquel día los Zupay llegaron cantando, en una camioneta, al penal: sus voces, al aproximarse, iban transformando el paisaje.

El 30 de abril de 1973 estábamos en la cárcel cuando escuchamos una exclamación generalizada de festejo. El Gallego Fernández Palmeiro, del ERP-22 de Agosto, había matado al almirante Hermes Quijada, quien había dado la versión oficial de la Marina sobre la masacre de Trelew. Como los detenidos pertenecían a diversas organizaciones armadas —el propio Fernández Palmeiro militaba en uno de esos grupos escindidos— tenían enormes diferencias entre ellos, pero toda baja en las filas del enemigo común se celebraba de manera colectiva. En la cárcel existía un sistema de comunicación que permitía que los presos estuvieran al tanto de todo y así nos enteramos

de los detalles del tiroteo en pleno centro de Buenos Aires. Me puse a discutir: “Esto que para ustedes es positivo, para la democracia es nefasto, porque quiere decir que no confían en el voto popular y su poder real”. “No”, me dijeron. En eso estábamos cuando llegó la otra noticia: el Gallego, que había salido herido, murió porque se negó a que lo llevaran a un hospital. “A la cárcel no vuelvo”, había dicho, luego de verificar que Quijada estaba muerto.

Al día siguiente me tocó concurrir a su funeral, un acto casi secreto porque todavía el régimen militar metía miedo y el poder popular era una promesa. Fernández Palmeiro tenía un hermano mellizo que, años antes, había ido a visitarlo al penal de Devoto y, tras un intercambio de ropas, lo había reemplazado en su celda sin que los guardias notaran que minutos después el que salía caminando sin apuro, por la puerta principal, era el Gallego. Más tarde, con la asunción del peronismo en 1973, su hermano terminaría manejando el coche del diputado Muniz Barreto, una excelente persona que, ligada en su momento al gobierno de Onganía, se había convertido en un hombre vinculado con la guerrilla.

No pude jurar como diputado junto al resto por participar de ese acontecimiento hermoso que fue acompañar a tantos detenidos en la recuperación de su libertad. La Ley de Amnistía ya era un hecho, pero la presión popular hizo necesario un indulto del Poder Ejecutivo. Recuerdo haber discutido sobre esto, en malos términos, con algún dirigente que no entendía que Perón era un conductor y se enojaba con esa espontaneidad de Mayo Francés del camporismo: “Díganle al presidente Cámpora que los soltamos los peronistas y gobernamos los peronistas o se liberan ellos y gobiernan ellos”, advertí, y me subí a un avión de Austral en el que hice tres vuelos a Trelew.

Algunos detenidos se demoraban en el penal para saborear el momento y hacer promesas a sus compañeros caídos. Subían a los colectivos como en sueños; luego llenaban el avión en orden, llenos de ansiedad, pero sin apuro.

Despegó el primer vuelo y una auxiliar de a bordo nos sorprendió con sus palabras:

—Austral Líneas Aéreas da la bienvenida a los liberados en esta nueva etapa que hoy comienza en la Argentina y les augura lo mejor

para ellos y sus familias.

El silencio descendió sobre el pasaje, que asumió el milagro que estaba protagonizando. Lo rompió un aplauso cerrado que duró minutos.

La misma mujer nos invitó a la cabina para compartir un problema que hoy suena degradante de la dignidad de la mujer, pero que en la cultura de aquellos años habla de la consideración con que trataban a los liberados. “Mis compañeras y yo no sabemos si debemos quitarnos los abrigos frente a un conjunto de hombres jóvenes que hace años que no ven a una mujer”, nos dijo. “Para algunas, hacerlo podría parecer una provocación; para otras, permanecer cubiertas podría parecer una falta de respeto.”

No había manera de lograr que ese vuelo pareciera uno más.

Convocamos a dos jefes, uno del ERP y otro de Montoneros. Sonrieron y dijeron que las azafatas podían quedarse en su uniforme de cabina sin problemas. Cuando aparecieron con las bandejas del servicio y las faldas cortas de moda, se produjo otro aplauso, una muestra de la maravilla que es la vida.

Dos peronistas históricos, de los primeros en abrazar la violencia, con casi once años de cárcel sobre los hombros, viajaron inmóviles de la emoción, y uno de ellos no dejaba de lagrimear. El cielo quedaba chico para todos los sueños que contenía ese avión.

Cuando aterrizamos, una multitud de familiares y militantes se abalanzó sobre la pista. Hubo abrazos, gritos y reencuentros. Hubo, también, despedidas entre los que habían compartido la dura vida de la prisión y ahora seguían sus respectivos caminos. Muchos de ellos volvieron a la violencia porque nadie les dio una mano para reincorporarse a la sociedad; otros se inmolaron por una visión del poder que no estaban dispuestos a abandonar.

Me quedé dentro del avión, que volvió a Trelew para buscar a otro grupo de liberados. Luego de tres viajes, terminé a la madrugada en un hotel de la avenida Callao, demasiado conmovido para dormir.

Con los años conocí a algunos liberados que habían llegado a la cárcel sin tener mucho que ver con la revolución. Si algunos porteños sueñan con rescatar a una prostituta al convertirla en una mujer amada, otros imaginaban a un delincuente redimido al transformarlo

en un revolucionario. A la amistad que muchos tuvimos con el Negro Ocampo se nos aplica aquel verso del tango *Packard,* de Carlos de la Púa: "Y me sentí, yo, curda, un Santo Asís". Según su propio relato, al Negro lo engancharon cuando era un simple preso común. Hijo de un gendarme que no lo quiso ver, pasó del delito a la militancia sin otra exigencia que sentirse respetado. Había recibido nueve balazos luego de asaltar la central telefónica de Maipú y Corrientes; enyesado hasta la cintura y detenido en el Hospital Argerich, se había escapado en colectivo después de engañar al policía que lo custodiaba. Terminó exiliado en Suecia, donde le sacaron la última bala que todavía llevaba en el hombro. Volvió a las andadas y conoció las cárceles escandinavas cuando una de sus víctimas lo reconoció en la televisión durante un acto contra la dictadura argentina.

El Congreso de Perón

Cuando me integré al Congreso me tocó conducir el pequeño bloque de Guardia de Hierro, formado por ocho diputados. Arrastrábamos del pasado el antiguo esquema movimientista, por lo cual en el interior del FREJULI nos dividíamos en políticos, gremialistas, jóvenes, mujeres y extrapartidarios. Me dediqué a observar el funcionamiento de cada uno y me llamó la atención el bloque sindical, de unos treinta integrantes, cuyo nivel de organización y solidaridad grupal era muy superior al del resto.

Presumo que existían marcas de clase social que se mezclaban en las diferencias políticas. Ellos, que llegaban muy temprano y eran los últimos en retirarse, que casi no fumaban y se cuidaban con la comida y el alcohol, cargaban a los revolucionarios que aparecían al mediodía con el pucho en la boca: "Muchachos, si la revolución se hace por la mañana se la van a perder". Los pobres combativos se habían pasado toda la noche en debates, pero por lo demás la educación se les notaba hasta en el bigote *petitero*. Para vastos sectores del peronismo la guerrilla estaba integrada por gente de otra pertenencia social.

También observaba a los miembros del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), que eran parte del FREJULI. Muchos de los catorce miembros del bloque —consecuentes con su ideólogo, Rogelio Frigerio, que no era diputado— tenían una sólida formación intelectual, como Isidro Ódena y Marcos Merchensky. Y, fuera del frente, encontré en el radicalismo mucha gente admirable, Facundo Suárez Lastra, Raúl Borrás, Rubén Rabanal y Antonio Tróccoli, a cuyo lado me senté el día en que nos visitó el general Perón.

Como era una reunión informal, nos dirigió la palabra fuera del recinto. Habló durante más de una hora, sin apuntes siquiera, improvisando con gran claridad y concisión. Cuando terminó, Tróccoli me pidió: "Acompáñeme a hablar con los taquígrafos". Con la

autoridad que lo caracterizaba les preguntó: “¿Hay algo para corregir en esta exposición?”. El jefe de los taquígrafos nos dijo, serio: “Es un discurso perfecto. No hay que agregarle una coma, no hay que quitarle una reiteración”. Avisó que buscaría una copia más tarde y me dijo, mientras nos retirábamos: “Uno puede coincidir o no, pero este hombre es un superdotado”.

Un diputado por Corrientes, Willebordo Arrué, me dio una lección de dignidad. En alguna reunión de bloque más pesada que otra, quisieron hacerlo callar en una discusión recordándole que uno de sus hijos, Horacio Antonio, era un montonero de importancia que operaba bajo el nombre de guerra de Pablo Cristiano y había recibido instrucción militar en Cuba. Sin sentirse intimidado en el momento, Arrué continuó hablando sobre el tema del día e invitó al bloque a una reunión para responder a la acusación. Nos dio un discurso tan duro como sentido, en el que marcó su distancia ideológica de su hijo sin perder el respeto por la decisión que él no compartía y cuyos riesgos conocía. “Pero prefiero verlo muerto defendiendo una causa que él cree que es la de la patria antes que verlo vivir en la aceptación de la injusticia y la entrega de su pueblo”, dijo, y hasta sus detractores aplaudieron. Los riesgos se cumplieron: Pablo Cristiano murió torturado en Campo de Mayo en 1977, cuando era secretario político de Montoneros, y dejó tres hijos.

Otro sector que me instruyó mucho en los años legislativos fue el de los legislados: los ciudadanos en cuyo beneficio se suponía que votábamos paquetes de leyes tras emerger de los laberintos que planteaba cada artículo. Una diputada joven nos había invitado a firmar un proyecto con nuevos beneficios para las trabajadoras embarazadas, seis meses de licencia paga entre ellos. Nos pareció maravilloso y nos creíamos camino a ser un país nórdico cuando un grupo de mujeres nos pidió una entrevista para hacernos chocar contra la realidad. Agradecieron la preocupación, pero nos señalaron el peligro encubierto de discriminación laboral que estábamos por convertir en ley. Esas mujeres humildes sabían de la competencia por el puesto de trabajo y la brecha entre la buena voluntad y la práctica tanto más compleja.

Hicimos mucha fuerza a favor de la Ley de Impuesto a la Renta

Normal y Potencial de la Tierra, convencidos como estábamos de que de esa manera se iban a acabar los latifundios. Al menos nos permitió soñar un poco más que la Ley de Salud que propugnaba el ministro del área, Domingo Liotta, que nunca salió porque creaba un sistema integrado por las obras sociales y los hospitales públicos y ponía así límite a los negocios de los sindicatos.

Y la enseñanza más memorable sobre el Congreso la recibí del propio Perón, el día de su último cumpleaños, 8 de octubre de 1973, cuando un grupo de diputados del FREJULI fuimos a saludarlo.

Habló sobre la consolidación de la democracia, la necesidad de desarrollar la industria, la creación de alimentos como una protección ante cualquier crisis, la unidad con Brasil. Descubrí que lo que Perón opinaba no era lo que su entorno transmitía, ni lo que decían las organizaciones de juventud. Ese día dijo: "Quiero un Parlamento de lujo, que funcione como caja de resonancia de los grandes temas, donde opinen intelectuales respetados de todos los sectores de la política".

Lamentablemente, el porvenir inmediato demostraría que no solo se malinterpretó ese mensaje sino también su idea del bloque peronista: "Quiero adelante cinco o seis lúcidos, primeras espadas para discutir; al medio, los mediocres, para que voten; y al fondo a los grandotes, por si algún día hay piñas".

Lo armaron al revés, y así nos fue.

La masacre de Ezeiza

La tensión entre los sectores iba creciendo a la espera de que el General, en su retorno, eligiera a su verdadero heredero. El ala política de la guerrilla veía debilitar su poder en manos del ala militar, que insistía en ser la conducción y despreciar a los que ocupaban cargos. Cámpora viajó a España y para nosotros era muy importante que Perón no se dejara ver con Franco, líder de un régimen que para todo aquel que soñaba con nuevos rumbos representaba lo peor.

Se cuenta que Perón le pidió explicaciones a Cámpora sobre las instrucciones a las organizaciones armadas que había impartido sin siquiera consultarlo, y también sobre los ataques iniciados contra grupos de Juventud y los enfrentamientos con el ERP. El General entendía que esas relaciones solo podía manejarlas él en persona. Y la historia demostró que así era. Además, por todos los datos con los que contaba, Perón pensaba que Cámpora era demasiado vulnerable a las influencias de diversos sectores. Para un general acostumbrado a entender el problema y conducir la realidad, toda forma de aceptar presiones implicaba una debilidad en sus responsabilidades. Cámpora era leal al intentar obedecer, pero dejaba de serlo al no estar al tanto del pensamiento de su jefe, y en ese sentido se generaba una intención de lealtad que se convertía en traición. De todos modos, en Madrid se desmintieron las diferencias con Perón.

Franco se disgustó por la ausencia de Perón, Cámpora lo recompensó con un agasajo, y nosotros comenzamos febrilmente a preparar el retorno histórico de nuestro líder. Unos días antes fui a cenar con el poeta y militante Francisco “Paco” Urondo y Lili Massaferro, dos compañeros ligados a la Tendencia con sobrada autoridad para proponer acciones. Jamás olvidé algunos elementos de aquella charla donde los presentes —pocos, pero con responsabilidades— coincidimos en que la presencia de la derecha en

el palco ya era un hecho, que para desalojarla había que hacerlo el día anterior o que, caso contrario, lo mejor sería dejar que fuera el pueblo el que recibiera a su Jefe sin importarnos quién ocupaba el palco. Desde luego, yo sabía que no éramos nosotros los que decidíamos, pero Paco me aseguró que ningún montonero ensombrecería ese momento histórico. El sentido común nos decía que, si alrededor del palco no había carteles de las organizaciones de izquierda, dejábamos sin argumentos a los que buscaban un enfrentamiento. Una de las tantas situaciones en las que el sentido común está al alcance de todos, pero la demencia exige aplastarlo.

Aquel palco era una fuente permanente de noticias. El gobierno estaba en manos de la izquierda, y el palco iba ser copado por la derecha. Pero nadie hacía nada. Insistimos en que lo ocuparan fuerzas policiales. Nos topamos con la reticencia de ciertos funcionarios que siempre andaban tratando de sembrar dudas sobre todo uniforme. Como si el pasado nos dejara sin respuesta, como si las instituciones no fueran como decía el General: “Ni buenas ni malas, dependen de los hombres que las integran”. Y la guerrilla, en su contradicción permanente, confiaba a tal punto en su capacidad de conducir a las multitudes en los actos masivos, que ni siquiera imaginó un enfrentamiento armado.

La mañana del 20 de junio llegué a Ezeiza y hablé con algunos funcionarios. No podía terminar de asumir que se habían desestimado todas las precauciones sobre las que habíamos alertado los días previos. Alguno al que ni siquiera nombro me respondió que la Policía no era “nuestra”. Y al rato, por si fuéramos pocos, lo vimos acercarse al inefable Galimberti a la cabeza de una enorme columna que se dirigía directamente al palco y jugaba al enfrentamiento con la Comisión Pro Retorno que integraban López Rega, el coronel Jorge Osinde, Alberto Brito Lima y Norma Kennedy. Hablamos con Galimba. Ni siquiera tomó en serio nuestros temores, insistió con la idea de que el pueblo, la masa, iba a rodear el palco y hacer justicia popular.

Podrían haber evitado la provocación, como habíamos charlado con Urondo. Y, si la buscaban, también podrían haber obtenido el palco, a tiros, el día anterior, sin la gente movilizada. ¿Qué era más importante? ¿El encuentro de Perón con su pueblo o la lucha de

minorías por la posición en la foto?

La custodia del palco, ubicada en el puente El Trébol, disparó contra los montoneros, que intentaban acomodarse junto al escenario donde Perón nunca llegó a hablar.

Recuerdo el tiroteo, la demencia cercana al palco y el grupo de jóvenes que, en medio de los tiros, cantaba con alegría: “El que no salta es un maricón”. Nosotros habíamos llegado muy cerca en coches con patente de Diputados y además habíamos caminado un largo trecho. Acercarnos al palco y escuchar los disparos nos sumió en un estado de confusión absoluta. Ya se cruzaban los datos sobre la cantidad de heridos y el cambio de destino del avión que traía a Perón.

La muchedumbre hervía en sus silencios y sus dudas, y lentamente la alegría histórica se iba convirtiendo en frustración. Una frustración infinita, un dolor que se iba encarnando en gesto de hastío en cada uno de los rostros. Jamás volví a observar una multitud y un dolor semejantes. Se ha debatido hasta el cansancio el número de la concurrencia. Fue, sin dudas, una de las mayores movilizaciones que conoció nuestra sociedad. Se dijo que había entre 500 mil y 4 millones de personas, pero lo lógico es aceptar que había alrededor de un millón. Lo trágico es que fue la mayor frustración colectiva de la que se tenga memoria.

La cronología fue la siguiente: a la 1:30 hubo un primer incidente en las cercanías del palco. A las 3:30 los parlantes anunciaron que había partido de Madrid el avión especial que traía a Perón. A las 14:30 se produjo la llegada de la columna sur de Montoneros y se inició un tiroteo que duró 45 minutos. A las 16:30 se denunció desde el palco que estaban disparando desde los árboles. A las 16:57 el avión con Juan Domingo Perón y Héctor José Cámpora a bordo aterrizó en Morón, y desde allí el Presidente informó que Perón no iría a Ezeiza. A las 22 el General habló al país desde la residencia de Olivos: prometió una revolución pacífica, en orden, cuyo fundamento sería el trabajo.

Entre los muertos —una cifra nunca establecida— estaba Horacio Simona, tan querido para mi amigo el Gordo Isaac. Pero los que murieron aquel día no serían las únicas víctimas fatales del lamentable episodio. Una leyenda militante desde el asalto al Policlínico Bancario que hizo Tacuara, José Luis Nell, quedó cuadripléjico por una bala en

la columna y cayó en una depresión que terminó cuando su compañera Lucía Cullen, asistente amada del padre Mugica, lo dejó sobre las vías del tren para que cumpliera su voluntad de morir.

Nunca olvidaré la desazón con que la gente volvió de Ezeiza. La autopista era una marea humana, de ambas manos. Detenerse o avanzar daba lo mismo porque nos movíamos al ritmo de la multitud. En silencio, mirando hacia el suelo, como si el asfalto contuviera más misterios que el cielo. El pueblo no había ido para ver si en el palco mandaba la derecha o la izquierda: había ido a buscar a Perón.

Esa noche terminamos en una cervecería sobre la avenida Cabildo, donde nos quedamos hablando con esa tensión de lo irreversible, como la muerte. Cada uno expresaba su asombro, ninguno esperaba que los dos sectores se dejaran llevar de esa manera. Costaba entender a quién le servía esa locura. Sumábamos datos de cada lado para ir armando el rompecabezas de aquel sinsentido. Sabíamos los nombres de los actores, éramos demasiado pocos como para no conocernos: el Gobierno y sus funcionarios jugando a mirar para otro lado, una derecha con base en algunos sindicatos enceguecida por su odio a la guerrilla, y como siempre un grupo de imbéciles por bando, material imprescindible para este fracaso infinito.

Ese día en Ezeiza estaba todo sobre la mesa: los dos actores principales, que eran Perón y su pueblo, y los actores secundarios que eran los que se creían la vanguardia, de izquierda o de derecha. Si uno imagina que en la vida hay puntos de inflexión, sin duda Ezeiza fue uno de ellos. El lugar de Leonardo Favio en el palco fue importante. Un peronista con historia y prestigio que acusó al ministro del Interior Esteban Righi de ser “el inconsciente provocador del caos y la anarquía en el país”, y habló de las torturas a los detenidos en el primer piso del Hotel Internacional de Ezeiza, donde había grupos armados. Todo indicaba que esos grupos estaban ligados a la derecha.

Esas semanas entre Ezeiza y la renuncia de Cámpora fueron raras, plagadas de versiones de todo tipo. Se percibía una situación en extremo inestable, pero se ignoraba cuál era la salida. Parecía que Perón evaluaba entre manejar desde afuera o dar un paso al frente y hacerse cargo de todo. Las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), el grupo con más prestigio e historia en el Movimiento, emitió un comunicado

en el que responsabilizaban de lo ocurrido en Ezeiza a la Alianza Libertadora Nacionalista, a la Juventud Sindical, al Comando de Organización de Brito Lima, a la Concentración Nacionalista Universitaria (CNU) y al grupo del coronel Osinde.

Ezeiza no fue un hecho aislado sino otro eslabón en la cadena de errores de la guerrilla. Sus representantes pueden explicar que cayeron en una trampa, y es posible que así haya sido, pero el arrastre de tanta violencia empleada contra todos no podía ignorarse al momento de actuar y de hacerse cargo de sus actos.

Cuando comenzaron las investigaciones sobre los hechos de Ezeiza, el clima entre nosotros, los diputados del FREJULI, se iba enrareciendo. A veces las reuniones se ponían tensas. Especialmente entre los sindicalistas —muchos ligados a la derecha peronista— y los diputados de Juventud, ubicados en el sector opuesto. Yo estaba más cerca de estos últimos, pero lentamente las cosas nos llevaron a divisiones más complejas. Perón comenzó a conducir desde su discurso —"Necesitamos una paz constructiva"—, y quien alterara ese principio de convivencia, de un lado o de otro, sería el enemigo común que deberíamos combatir sin tregua, porque nada se podría hacer "ni en la anarquía que la debilidad provoca ni en la lucha que la intolerancia desata". Y agregó el General: "Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Nosotros somos justicialistas, no es gritando 'la vida por Perón que se hace patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos (...) Ordenaremos primero nuestras cabezas y nuestros espíritus. Reorganizaremos el país y, dentro de él, al Estado".

Por otro lado, las 62 Organizaciones Peronistas, brazo sindical del justicialismo, siempre en manos de sectores más ortodoxos que el propio Perón, emitieron un comunicado que era un grito de guerra, una expresión de bronca acumulada y macerada durante largo tiempo. Soñaban con que el General expulsara a la izquierda y volviera a recurrir a ellos. En rigor, ya no tenían ni fuerza social ni de pensamiento, pero eran la vieja derecha con ganas de retornar. Entonces dijeron que "un minúsculo grupo de genuinos representantes de fuerzas antinacionales, exponentes de la sinarquía internacional, lacayos de ambos imperialismos y del cipayismo, en diabólica conjura, regulados por una mentalidad enfermiza, propia de elementos

mercenarios de la peor calaña, atacaron a mano armada al pueblo". Estas palabras, que hoy producen asombro, en aquellos tiempos de revoluciones intentaban meter miedo.

La JP, por su parte, acusaba al teniente coronel Osinde de haber estado a cargo de "una banda armada con armamento pesado que tuvo la colaboración de la reflotada Alianza Libertadora Nacionalista, un comando parapolicial llamado CNU y los matones sindicales conocidos por todo el peronismo". Además, señalaba a Norma Kennedy como una provocadora encargada de radiar a la JP de las tareas de control y organización. Y responsabilizaba a Brito Lima de "sabotear sistemáticamente la llegada y el regreso de los compañeros del interior del país".

En verdad, el peronismo contenía en su seno a fuerzas de distinto origen, y si el General había elegido de herederos a los de mayor vigencia y avanzada ideológica eso no implicaba la desaparición de los otros. La Juventud había despreciado las herramientas que Perón le había dado para conducir al conjunto, y el resultado estaba a la vista. Los demás, desde luego, también tenían ganas de dar batalla.

La fórmula de los alcahuetes

Cámpora renunció a cuarenta y nueve días de su gobierno por su impotencia para comprender la lógica del poder en esa etapa. Perón lo había elegido para conducir a los jóvenes revolucionarios, y él, en cambio, se había enamorado de ellos. Su gobierno fue un aquelarre, marcado por frivolidades, como las tomas de dependencias estatales, y sus reiteradas muestras de debilidad, como la apertura de las cárceles por mano de los militantes.

Las organizaciones armadas formaban parte del poder, pero querían más y Cámpora carecía de la capacidad para encauzarlas. Mientras Perón buscaba la unidad, los montoneros jugaban a "agudizar la contradicción", como proponían, convencidos de que era la manera de avanzar sobre la totalidad del poder. El camporismo intentó quedar en la historia como un grupo progresista, pero apenas logró gozar de un poder prestado sin aprender a administrarlo. Como Cámpora era un buen tipo y reconocía el liderazgo de Perón, renunció junto con el vice Solano Lima.

Un problema adicional era quiénes habían estado esperando con ansiedad ese momento. La derecha encabezada por López Rega, con mucho menos poder, se movió a partir de cada error de la izquierda hasta hacerse dueña de todo. Con una excusa dudosa enviaron en misión diplomática al presidente del Senado y primero en la línea de sucesión presidencial, Alejandro Díaz Bialet, para que quedara Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados, cuyo mérito principal era ser el yerno de López Rega. El ministro mágico se convirtió en el poder en la sombra.

Contra los ríos de tinta que se han vertido, me consta que Perón no tenía en sus planes asumir la presidencia a su edad tan avanzada con su esposa de vice. Luego de dieciocho años de exilio, su ambición era distribuir el poder en forma equitativa para evitar que las luchas

internas erosionaran al PJ. La idea del General era la fórmula con Balbín, una segunda entrada de gloria en la historia, esta vez por la unidad nacional y el desarrollo económico.

Muchos de los delegados al congreso partidario del que saldría la fórmula presidencial llegaron sin propuesta a las reuniones en el Teatro Cervantes. Algunos teníamos en claro que la síntesis para consolidar la democracia se llamaba Perón-Balbín. Pero a muchos peronistas importantes su pequeña parcela de dominio les impedía acceder a la comprensión histórica del momento, que necesitaba un paso más allá del FREJULI. Cuando consulté a Lorenzo Miguel, me respondió: "Tenemos que impedir la maniobra de los radicales de poner a Balbín como vice, porque si se muere Perón nos sacan un pedazo de poder". Él, y tantos otros, no advertían que Perón y Balbín estaban por encima de la dirigencia del peronismo y del radicalismo. "Este encuentro es parte de la unidad de la Nación", había dicho Balbín sobre su diálogo con Perón. Para ambos, el amigo era el otro argentino.

Norma Kennedy —promotora de la candidatura de Isabel— venía por derecha con la misma teoría que los Montoneros proclamaban por izquierda: que Perón era débil y había que sustituirlo. Para los revolucionarios, el hombre era Mario Firmenich. Para ella, López Rega, de quien hablaba como el gran jefe. Y quien, por cierto, estaba siempre listo como un *boy scout.* Si se acepta con reservas la palabra *entorno* —una teoría que menoscaba la capacidad política del entornado—, se podría señalar que Perón tenía dos entornos: el de la izquierda revolucionaria que veía la democracia como un medio para otros fines y el de la derecha reaccionaria que creará el macartismo armado de las Tres A con que ensució al peronismo.

Los que intentamos oponernos a la decadencia que implicaba la fórmula con Isabel terminamos en minoría, entre otras cosas, porque los representantes de la izquierda se negaron a discutir candidaturas. Era un tema sin importancia, decían. Lo importante era la revolución, no las elecciones.

Salí del teatro abatido por lo que creí un sacrificio autoinfligido. Aunque había obtenido poco consenso, la fórmula ganadora era Perón-Perón.

A mi enorme decepción se sumó que el vínculo con Guardia de Hierro se había ido desgastando. El Gallego Álvarez, como todos los jefes militares, se sentía desubicado en el juego democrático. Vivíamos una tensión complicada porque la conducción militar consideraba que la conducción política era inferior y así se generaban roces cuando alguno se creía un genio porque tenía cargo de jefe de comando o a otro le daba bronca que los *jetones* —como nos llamaban a los que poníamos la cara en público— salieran en televisión. Me alejé de Guardia lentamente, y ya cuando comenzó la enfermedad de Perón, a fines de 1973, esa distancia se hizo definitiva. Comencé a buscar puntos de contacto con otros diputados como Nilda Garré y Carlos Auyero.

El asesinato de Rucci

Luego de su abstención en el congreso que decidió la fórmula presidencial que ganaría con el 62,7 por ciento de los votos, los Montoneros insistieron con operaciones militares en medio de la democracia. A diferencia del ERP, que señaló objetivos en las fuerzas de seguridad e incluso replanteó su estrategia (terminó su campaña de asesinato indiscriminado de personal militar cuando, para matar al capitán Humberto Viola, asesinaron también a su hija de tres años), Montoneros no firmaba sus actos de violencia, pero cometió algunos extremadamente significativos, como el asesinato del secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci.

Apenas dos días después de las elecciones, Rucci fue asesinado en la puerta de su casa, en Avellaneda y Nazca. Recibió veinte balazos, en un operativo al que sus autores denominaron Operación Traviata, por la marca de galletitas cuya publicidad mencionaba el número de agujeros que tenía. Yo estaba en el Congreso. Cuando nos enteramos, quedamos todos paralizados. Al rato llamó Raúl Lastiri, presidente de Diputados, y me dijo: “El General les pide que los representantes de Juventud vayan al velatorio para que quede claro que esa muerte no involucra a peronistas”. Recuerdo mi desazón, tenía la certeza personal de que habían sido los Montoneros. Primero, porque al ser amigo de los del ERP yo conocía su decisión de no enfrentar sindicalistas y, luego, por mis diálogos con algunos jefes de la guerrilla peronista, que hacía tiempo me insinuaban que estaban por dar un paso importante.

Encontré a dos de los diputados ligados a Montoneros: uno no estaba al tanto de nada, el otro me respondió que no podían participar del velatorio “por razones obvias”. En las primeras horas lo vivieron como un acto digno de orgullo y se jactaron de él. Más tarde, algunos tomaron conciencia de las consecuencias y trataron de negar su

responsabilidad. Yo volví solo para decirle a Lastiri que la esperanza del General se había frustrado, que Montoneros asumía su responsabilidad en el hecho. No nos llevábamos bien con él, yo no lo quería y se lo hacía saber, pero me miró con afecto y me comunicó angustiado que ya los Servicios de Información les habían comunicado que no había duda de que Firmenich era el responsable.

Esa noche concurrí al velatorio junto con Abal Medina y su esposa Nilda Garré. El ambiente era tenso, en especial con nosotros, porque, aunque no se nos acusaba de nada, era obvio que teníamos relación con los asesinos. Yo tenía mayor inserción en el gremialismo, y más de uno me hizo confidencias y habló de la venganza. Tengo la impresión de que ese día nacía la Triple A, la organización que hoy parece ser la única responsable del mal. Fue muy duro que después de ser recibidos por Perón, y a solo dos días del triunfo electoral —agravante que nunca terminaría de perdonarse del todo—, se produjera el final definitivo de la relación de Montoneros con el peronismo.

La demencia había llevado a la conducción de Montoneros a convencerse de que le tenían que pasar la factura a Perón por no haberlos mantenido en el poder. Estaban convencidos de que con este hecho se imponía su política, algo así como que ellos eran los únicos capaces de asesinar, los únicos dueños de la violencia. Todo se volvió complicado y las relaciones se fracturaron de golpe. Amigos de años, diputados, asesores, guerrilleros unidos a nuestra historia, todos se fueron separando.

Siempre me resultó incomprensible cómo ellos midieron su poder y las consecuencias de ese asesinato. Como si Firmenich quisiera hacerse presente con un acto tan importante como el triunfo electoral del General. Sin duda, Firmenich competía por esa jefatura, que le habría tocado como herencia si hubiera entendido el proceso. Pero el castigo por equivocarse al evaluar la coyuntura fue un genocidio. Insisto con que el caso chileno los tendría que haber llevado a la reflexión porque la caída de Salvador Allende y la dictadura de Augusto Pinochet marcaban un camino que evidenciaba la política del imperio y de las Fuerzas Armadas. Pero estaban ciegos. Esa conducción mediocre y soberbia nunca pudo entender la realidad.

¿Diputados o revolucionarios?

Ya desde antes del asesinato de Rucci los diputados de la Tendencia Revolucionaria no lograban encontrar su lugar: ¿eran representantes del pueblo en el Poder Legislativo o eran guerrilleros? El resto de su organización solo creía en las armas. Hicieron un acuerdo con el subbloque de Guardia de Hierro para armar el Polo Programático, pero como nuestra línea se oponía a la continuidad de la violencia, pronto disolvimos ese contrato sin reglas.

Ezeiza fue el bautismo de ignorancia política de la Tendencia Revolucionaria, una ignorancia política que se reiteraría en distintos momentos hasta su fractura con el peronismo. "Lo que ocurrió en Ezeiza es como para cuestionar ya a la juventud que acudió en ese momento", declaró Perón en su *Mensaje a los gobernadores de provincias* del 2 de agosto de 1973. "Esa juventud está cuestionada".

Aun así, los Montoneros insistieron en creerse más inteligentes que Perón. Las enormes cuotas de poder que les había cedido les parecían poco; nada de lo que Perón hiciera por integrarlos a la democracia les alcanzaba, convencidos de que podían quedarse con todo el poder por medio de la revolución armada.

En el fondo de la desesperación, el limitado raciocinio de los dirigentes montoneros les alcanzaba para notar que la política disolvía su poder y que la violencia era el único plano donde podían sentirse superiores en la competencia con Perón. Cada paso público que daban les confirmaba su ineptitud para la política. Solo con un arma en la cintura se podían pensar superiores, como proclamó Mario Firmenich: "El poder político brota de la boca de un fusil".

En mi discurso de despedida a Rucci en la Cámara de Diputados dije que no importaba si los asesinos pertenecían a la CIA o a la KGB, sino que tiraban contra la nación. "Este crimen es un paso más del imperio sobre América latina", definí. "Los golpes en Uruguay y Chile fueron

los pasos anteriores. El problema principal para el imperio bifronte es su incapacidad para soportar un gobierno popular en la Argentina. Por nuestra importancia geopolítica nos intentan rodear de gobiernos enemigos para luego producir hechos de violencia como detonantes de una guerra civil, única posibilidad que le queda al imperio de recuperar el poder perdido".

El 20 de enero de 1974 el ERP fracasó en su intento de copamiento de la guarnición militar de Azul. Perón utilizó la cadena nacional para enviar un mensaje contundente. "Me dirijo a todos los argentinos frente al bochornoso hecho que acaba de ocurrir en la provincia de Buenos Aires, en la localidad de Azul, en el Regimiento de Tiradores Blindados C-10, donde una partida de asaltantes terroristas realizara un golpe de mano, mediante el cual asesinaron al jefe de la unidad, coronel don Camilo Gay, y a su señora esposa, y luego de matar alevosamente a soldados y herir a un oficial y suboficial, huyeron llevando como rehén al teniente coronel Ibarzábal", declaró. "El Gobierno Nacional, en cumplimiento de su deber indeclinable, tomará de hoy en más las medidas pertinentes para atacar al mal en sus raíces, echando mano a todo el poder de su autoridad y movilizando todos los medios necesarios".

Cinco días más tarde votamos en la Cámara de Diputados una reforma al Código Penal que agregaba severas penas contra las acciones de los grupos armados. El gobernador de la provincia de Buenos Aires, Oscar Bidegain, perteneciente a la izquierda peronista, ya había renunciado, frente al reto presidencial; los ocho diputados montoneros, en cambio, no entendían si debían cumplir su deber como miembros del Congreso o si la organización los necesitaba como guerrilleros.

Se negaron a votar esa ley de represión a la violencia, como si pudieran ser las dos cosas al mismo tiempo. Nilda Garré y yo intentamos razonar con ellos durante horas interminables. Teníamos agarradas terribles: "Muchachos, están locos. No se puede ser diputado y guerrillero, hacer las leyes a la mañana y salir de asalto a la noche. Eso no se dio en ningún lugar del mundo".

Pidieron una entrevista con Perón, que fue televisada. El general los aplastó con la lógica de sus argumentos. "¿Nos vamos a dejar matar?

Lo mataron al secretario general de la Confederación General del Trabajo, están asesinando alevosamente y nosotros con los brazos cruzados, porque no tenemos ley para reprimirlos. ¿No ven que eso es angelical? El fin es la sustentación del Estado y de la Nación", les dijo. Tras recordarles que en los bloques decide la mayoría, les remarcó: "Quien esté en otra tendencia diferente de la peronista, lo que debe hacer es irse. En ese aspecto hemos sido muy tolerantes con todo el mundo. El que no está de acuerdo o al que no le conviene, se va. Lo que no es lícito, diría, es estar defendiendo otras causas y usar la camiseta peronista".

No entendieron que había que defender la democracia, que no se trataba de una cáscara vacía que se iba a llenar cuando la revolución avanzara.

Decidieron renunciar, los ocho. Pero su actitud fue tan incoherente que, para reemplazarlos en las bancas, entraron otros ocho según el orden de las boletas que había votado el pueblo, y de esos nuevos diputados dos pertenecían a la Tendencia Revolucionaria.

La consecuencia de esta acumulación de hechos se verá el Día del Trabajador en la Plaza de Mayo. Perón hablaba y los Montoneros gritaban: "Se va a acabar, se va a acabar / la burocracia sindical".

Perón, harto de tanta tontería, defendió a los gremialistas "pese a esos estúpidos que gritan".

El contrapunto continuó:

—¡Rucci, traidor, saludos a Vandor!

—Decía que a través de estos veintiún años, las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon.

—¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, General, que está lleno de gorilas el gobierno popular?

—Por eso compañeros, quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya sonado el escarmiento.

En ese punto, los Montoneros decidieron irse de la plaza y, en

consecuencia, de la historia.

Aunque fue un desenlace esperado, sobre todo desde la muerte de Rucci, la expulsión de la plaza marcó un límite inclusive para quienes teníamos buena relación con muchos montoneros. Sentíamos que ya no podíamos comprender la manera en que razonaban, que justificaba la soberbia con que su conducción se creía más lúcida e importante que el gobierno y el pueblo.

Se fueron muchos, pero también muchos permanecimos.

La derecha recibió la enorme alegría de sacárselos de encima y quedó con la vía libre para la prosecución de sus planes.

Los liberales encontraron la excusa para destruir el país industrial que no querían recuperar y sus ejecutores, las Fuerzas Armadas, el pretexto que luego iban a necesitar para el genocidio.

Hacia el abismo

El avance de la derecha crecía, tenaz, pero mientras Perón viviera quedaban muchas formas de dar pelea. José Ber Gelbard era una pieza central en el esquema del progresismo tanto por los objetivos trascendentes que se había planteado en el Ministerio de Economía como por su conciencia plena sobre el valor histórico de Perón. Comenzamos a reunirnos en casas de amigos.

Don José había nacido en Polonia y llegado a Argentina en la década de 1930, y con la humildad de los que están de vuelta de todo nos contaba anécdotas, salpicadas por su picardía, de sus tiempos de vendedor ambulante en Tucumán y Catamarca. Había llegado a ser empresario en una industria de avanzada como el aluminio y figura clave de la Confederación General Económica (CGE). Pero, sobre todo, fue el ejecutor del Pacto Social, un acuerdo que fijó precios y salarios para sentar las bases de un mercado interno sólido. Perón lo propuso para hacer más equitativa la distribución de la riqueza y Gelbard lo realizó: los trabajadores llegaron al 54 por ciento del Producto Bruto Interno (PBI) y se frenó la extranjerización de la economía, al punto que no se sumó un dólar a la deuda externa.

Luchó por un país productivo, con el "compre nacional" como bandera; en su estímulo de la empresa no hizo del campo un enemigo —aunque fue difícil que los rentistas interpretaran de otro modo su reforma agraria— sino que quiso industrializarlo. Fomentó la presencia del Estado en áreas estratégicas por medio de obra pública y acuerdos con las provincias. Mantuvo el Pacto Social contra las embestidas del capital, que se las arreglaba para exportar clandestinamente y alterar los precios con desabastecimiento y mercado negro, y de las 62 Organizaciones de Lorenzo Miguel, quien quería paritarias libres para reforzar su cuota de poder en la interna que preveía ante la muerte de Perón.

Cuando, luego de algunas huelgas dispersas, la CGT aireó sus críticas a Gelbard, Perón ofreció su renuncia como respaldo. Una enorme movilización logró que saliera al balcón de la Casa Rosada. Fue la última vez, el 12 de junio de 1974, e improvisó un adiós memorable: “Llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí, es la palabra del pueblo argentino”.

Murió diecinueve días más tarde.

Recuerdo la tarde del 1° de julio en la enorme soledad de la residencia de Olivos, adonde llegué con Héctor Tristán. Los conscriptos que hacían la guardia parecían asustados de custodiar un retazo de la historia tan enorme. El cajón le quedaba tan chico como los herederos y los enemigos.

En silencio, los pocos que estábamos observábamos con inquietud a López Rega, el ministro y virtual regente. Con su yerno, Lastiri, recibían las condolencias como si fueran los deudos; tuve que parar al Viejo Tristán para que no los trompeara. La Argentina le tenía miedo al futuro, y le sobraba razón para tenerlo: “Asumo constitucionalmente la primera magistratura, para que me ayuden a conducir los destinos de la Patria hacia la meta feliz que Perón soñó para todos los argentinos”, había dicho Isabel.

Durante tres meses Gelbard sostuvo una política de avanzada posible para la estructura social argentina, pero terminó por renunciar forzado por la pinza de sus enemigos López Rega y Lorenzo Miguel. Ya se pelearían entre ellos, y el sindicalismo haría mucho por expulsar a López Rega, pero en ese momento se pusieron de acuerdo para forzar la salida de don José. Con el nombramiento de Alfredo Gómez Morales se impuso, en contra de lo que había sido el proyecto de Perón, la idea de volver a la ortodoxia: Gómez Morales había sido ministro de Perón en la década de 1950.

Fui secretario del Grupo de Trabajo, un núcleo que reunió a 31 diputados para enfrentar el verticalismo de Isabel, entre otros a Nilda Garré, José Manuel Ramírez, Nicolás Jiménez, Carlos Auyero, Salvador Félix Busacca, Jorge Nelson Guaico. Nos escindimos del bloque cuando Isabel eligió a Nicasio Sánchez Toranzo —“este viejito simpático”, como dijo, porque ni sabía el nombre— como jefe de los diputados del FREJULI. Logramos la derrota de Lastiri como presidente de la

Cámara, nos opusimos a un paquete de leyes de Gómez Morales para deshacer leyes de Perón, le hicimos juicio político a López Rega. Tuvimos mucho consenso, pero terminamos mal, porque el día que lo votamos nos acompañaron unas patotas que nos decían de todo menos lindos y que para entrar en calor nos querían pegar. Y cuando salíamos a la calle nos esperaban los partidarios de la violencia, que nos responsabilizaban por ser el oficialismo de un gobierno que reprimía ilegalmente con un escuadrón de la muerte que se continuaría en los grupos de tareas de la dictadura.

Decíamos, para no perder el humor, que si nos mataban nunca íbamos a saber si lo harían las Tres A o los Montoneros, que se declararon de regreso en la clandestinidad el 6 septiembre de 1974.

También intentamos hacerle juicio político a Isabel, pero lo impidieron los sempiternos alcahuetes disfrazados de leales. No pudieron impedir que la sociedad dejara de creer en ella, un hecho irreversible desde el Rodrigazo.

Gómez Morales había dicho "Así, la cosa no va", como si la responsabilidad por el aumento del costo de vida —80,5 por ciento en mayo de 1975— no le cupiera. Con otra muestra de su oratoria, "Yo no tengo lo que hacer ya en el gobierno", dejó el cargo que López Rega entregó a un compadre de esoterismo, Celestino Rodrigo, que elaboró con su segundo Ricardo Zinn —quien al año siguiente sería asesor de Martínez de Hoz— un plan inmoral que arruinó a la industria nacional y a los trabajadores.

"Mañana me matan o mañana empezamos a hacer las cosas bien", declaró Rodrigo, y devaluó la moneda, aumentó el combustible en un 175 por ciento y duplicó el precio de los servicios públicos. No lo mataron, pero al mes se le habían acumulado los paros de mecánicos, textiles, ferroviarios, bancarios, administrativos, maestros y hasta metalúrgicos. El 7 de julio la CGT declaró la primera huelga general a un gobierno peronista. La renuncia de Rodrigo siguió a la homologación de las paritarias.

También renunció López Rega, pero no por eso desapareció el lopezreguismo. Se dio una conducta reiterada en el peronismo y quizás en todas las fuerzas políticas, que es que por lealtad a la causa muchos deciden morir con ella, acompañarla en su decadencia, y los que se

corren son traidores. Pasó con Menem: si uno no se sumaba a la corrupción, era un traidor. ¡Había que ir preso con ellos! En el momento de Isabel fue más atroz, porque, cuanto más débil se hace una estructura, más necia es esa lealtad.

Nosotros, como un grupo de senadores y otros miembros del PJ, creíamos que para mejorar el gobierno había que abrirlo, trabajar con los radicales; y sobre todo creíamos que no se podía seguir con las acciones de la Triple A, que había que condenar la violencia legalmente. Julio González, Lorenzo Miguel y Juan Gabriel Labaké, los del núcleo duro, nos miraban con desprecio. Tenían garantizado el poder con ella en la silla y Lastiri en la presidencia de la Cámara de Diputados; seguían, desde la operación que habían montado cuando renunció Cámpora, con la presidencia del Senado vacante. Contra esa carta del lopezreguismo jugamos, e Isabel nos citó a la Casa de Gobierno para darnos una perorata.

Varios senadores mostraron que no se dejarían llevar por delante, rebeldías del pasado cuya ausencia denuncia la pobreza del presente. Cuando ya el entorno cerraba los discursos, Ítalo Luder, con mucha valentía, tomó el micrófono y le dijo a Isabel: “Señora, acá no hay golpe contra nadie. Solo nos mueve la responsabilidad de recordar que la Constitución es más importante que los acuerdos entre nosotros. Como dijo el General, primero está la Patria, luego el movimiento y por último los hombres. Señora, usted es la presidente y yo respeto su investidura, pero por eso mismo me siento en el deber de señalarle que la institución del Senado nos reclama su regularización. Necesitamos elegir un presidente en el Senado”.

Los alcahuetes hicieron silencio. Ante la ausencia de público y matones, el encuentro terminó discretamente, con la sensación de que la cosa iba en serio.

Luder resultó electo presidente del Senado, pero no fue suficiente para imponer un orden alternativo al ecosistema funesto que rodeaba a Isabel, y que evidentemente la definía a ella como persona.

Quienes queríamos terminar con el poder político de Isabel, que ya era una ficción, y buscar una salida democrática, defendíamos la posibilidad de que Luder asumiera la Presidencia de la Nación. Isabel se retiró a Ascochinga, Córdoba, el 13 de septiembre de 1975, con una

licencia por la fragilidad de su salud. Mientras Luder asumía de modo interino, ella prometía volver recuperada. Muchos veíamos que si Isabel no regresaba de Ascochinga, si prolongaba su licencia en una renuncia por razones médicas, la democracia tenía una oportunidad. Dos figuras cercanas a los intereses sindicales, como los ministros de Economía, Antonio Cafiero, y de Trabajo, Carlos Ruckauf, abrieron un compás de esperanza tanto a las 62 Organizaciones de Miguel como a los peronistas históricos y hasta a los radicales: todos reconocieron en Luder una figura proclive al diálogo. Luder dio algunos pasos alentadores al alejar del gobierno a otros lopezreguistas, entre ellos el canciller Alberto Vignes, en cuyo lugar quedó Ángel Federico Robledo. En acuerdo con los radicales, las elecciones se adelantaron de 1977 a 1976.

Lamentablemente esa idea turbia de lealtad perruna confundió el genio de Perón con los atributos simbólicos de su esposa, y Luder se negó: "No voy a ser yo quien desplace a la señora de Perón", nos dijo. "Algún día seré presidente con el apoyo de todo el peronismo." Eso nunca sucedió, entre otras cosas por los errores que cometieron él entonces y ella en los meses que continuó en la presidencia, desde su regreso el 17 de octubre de 1975 hasta su caída el 24 de marzo de 1976.

No nos dimos cuenta, sin embargo, de lo más grave: que en esos días estuvimos a la misma distancia del poder que de la muerte. Entre los obsecuentes, los mediocres, las Tres A y la guerrilla prepararon el camino al golpe de Estado con apoyo popular. El grotesco de Isabel no solo no evitaba la intervención militar, sino que la incitaba.

Si bien las palabras de Luder nos dejaron la certeza ominosa del fin del gobierno, ninguno de nosotros imaginaba la dimensión de la violencia que se nos venía encima. Basados en nuestras experiencias, creíamos que el golpe era para frenar los defectos del peronismo y volver a establecer la democracia. Pero el golpe fue contra las virtudes del peronismo: el último núcleo de la oligarquía argentina dejó en manos de Martínez de Hoz y de los grupos de tareas la extirpación de todo lo popular que tuvo nuestra historia.

La represión del régimen no perdonó ni a Lastiri ni a Isabel, aunque habían perseguido a la izquierda; ni a políticos como el gobernador de

la provincia de Buenos Aires, Victorio Calabró, que se acercó a las Fuerzas Armadas. Se sabe: Roma no paga traidores.

El golpe salió a matar, como una depuración de sangre. Inclusive eliminó a sus propios hijos: podemos nombrar a Juan Carlos Alsogaray, un montonero hijo del general Julio Alsogaray, quien fue comandante en jefe del Ejército durante Onganía.

Como en *Casa de campo,* la novela del chileno José Donoso, una alegoría sobre la represión de Pinochet luego del golpe de Estado contra Allende: los *adultos* —los personajes forman grupos— de la familia Ventura salen de excursión y al regresar encuentran que su propiedad de Marulanda está en manos de los *niños,* quienes han cambiado las reglas por aquellas de los *nativos.* "Degollando tribus y quemando aldeas los primeros próceres salieron triunfantes de esta cruzada, que afianzó a los Ventura no solo en el orgullo de su labor esclarecida sino en el goce de tierras y minas conquistadas a los aborígenes", describió Donoso las razones por las cuales los propietarios no se detendrán, ni ante sus propios hijos, para restablecer su orden: la fábula termina con los *sirvientes,* a quienes los adultos han delegado el poder, imponiendo una tiranía sobre los menores.

En diciembre de 1975, cuando el brigadier Orlando Capellini se rebeló contra la Constitución y detuvo al jefe de la Aeronáutica, brigadier general Luis Fautario, nos dimos cuenta de que ya no había agua para seguir remando. Con el reemplazo de Fautario por Orlando Ramón Agosti, las armas quedaron lideradas por los que luego conformarían la Junta Militar: Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera y Agosti.

La izquierda, en sus distintas versiones, se mostraba convencida de que luego de la caída del gobierno estarían dadas las condiciones para unirse al pueblo y enfrentar militarmente a las Fuerzas Armadas. Hablar con los amigos del ERP se convirtió en una tarea dolorosa: con inocencia y entrega nos describían el futuro como un callejón sin salida, una guerra prolongada de la que se consideraban y sentían vanguardia con el pueblo como continuador. La convicción de los Montoneros era parecida, pero imaginaban un futuro menos ensangrentado, como si tuvieran cartas en la manga con las cuales dar

vuelta la situación. Nadie imaginaba la derrota, el atroz desenlace al que se encaminaban, o acaso el suicidio que buscaban sin conciencia para no soportar el destino del sobreviviente.

En esas distintas maneras de caminar hacia el abismo, ellos habían renunciado al derecho a dudar.

Otros habíamos abandonado toda esperanza.

Recuerdo que fuimos con Nilda Garré y Julio Mera Figueroa a almorzar con el almirante Massera. Era normal, aunque no agradable, que el comandante en jefe de un arma invitara a un grupo de diputados. Se habló de la violencia. Me declaré en contra por dos razones: "No estoy dispuesto a matar y no estoy dispuesto a perder. ¿Y qué otra posibilidad presenta hoy la violencia? Es el lugar donde las Fuerzas Armadas son fuertes. Nosotros somos fuertes en ideas". Dijo algo así como que confiaba en que los políticos sacaríamos a Isabel, pero que si eso no sucediera la sacarían ellos. Salimos sin creerle, con la impresión de que el golpe ya había sido decidido. El peronismo estaba con los brazos caídos. Era, de verdad, el crepúsculo.

El pueblo se mantenía ajeno. Le dolía Isabel. Se había movilizado por Perón, había llenado las calles, pero ahora se quedaba en sus casas.

Cada uno hacía su juego: los violentos no creían en la democracia, los verticalistas ignoraban los riesgos, la oposición jugaba a Poncio Pilatos. En el Congreso nos mirábamos mal los unos a los otros: un recelo ante las crisis que iba partiendo las aguas, haciendo más insoportable el espacio que compartíamos obligados. Los que conservábamos la confianza mutua evaluábamos si teníamos que ocultarnos o si los militares nos iban a ignorar; sacábamos nuestras pertenencias de los despachos con la lentitud del que no conoce los tiempos y la convicción de un final de ciclo.

El diario *La Razón* anunciaba el golpe cada día, con títulos catástrofe: "Se acercan horas difíciles", "Está todo dicho". Ignorábamos el cómo y el cuándo, pero todos conocíamos el final. La noche del 23 al 24 de marzo no hubo mayores alarmas, aunque las consecuencias del golpe iban a superar todo lo imaginable.

Es horrible recordar que el primer día sentimos el golpe como una liberación, tal era la impotencia en la que nos sumía un gobierno de

fascistas y mediocres. Pero ese mismo 24 de marzo comenzó la cacería. Al otro día, cuando matan a mi amigo íntimo Mario Herrera, que era de nuestro grupo, un periodista hijo de uno de los directivos de *La Razón,* se terminó el alivio. Comprendimos cómo venía la mano.

Golpe y exilio

Desde el triunfo del radicalismo en 1916, el poder económico y el poder político nunca se encontraron. En consecuencia, el poder económico creó un partido, el militar, que en lugar de contar votos sumaba botas. No teníamos demasiados datos de cómo sería el gobierno militar, excepto que impondría el dominio de un enorme poder económico sin su correspondiente poder político. Sabíamos que José Martínez de Hoz iba a torpedear los restos de la sociedad industrial y achicar el Estado, pero no de qué modo las Fuerzas Armadas iban a controlar a la sociedad para llevar adelante ese plan.

Pasados algunos días del golpe muchos salíamos de nuestras casas sin entender si habría posibilidad de resistir. Poco tardamos en tomar el camino del exilio de a uno, de a muchos.

Recuerdo que fui con el Flaco Mera Figueroa al entierro de Ringo Bonavena, a fines de mayo de 1976. Él me insistía en que me quedara, porque un amigo militar le había dicho que el gobierno no quería matar políticos por la repercusión internacional que eso podía tener.

En mi casa se vivía otro escenario. Con mi mujer, embarazada de mi primera hija, recibíamos pedidos de ayuda todo el tiempo: escondíamos militantes o les buscábamos dinero, ropa, un lugar donde quedarse. Sentía que haber sido diputado no me inmunizaba contra los controles y los seguimientos que advertía. Vivíamos con el miedo constante de quien realiza acciones cuyo riesgo no puede determinar.

El día en que fui a lo que había sido la Cámara de Diputados para devolver las patentes del auto, las armas de la custodia y otras pertenencias, el militar que me atendió me comunicó que existían tres listas: “Una para persuadir hacia el exilio; otra, para detener; la última, para matar. Usted está en la primera lista, pero cualquiera puede pasar de una a otra. Nadie le puede asegurar que a usted no lo cambien. Y seguro que no le van a avisar”.

A los pocos días un diario publicó que Ricardo de Luca, José Luis Fernández Valoni, Nilda Garré y yo habíamos ingresado a la embajada de México y pedido asilo. Salí corriendo hacia una radio privada para pedirles a unos periodistas amigos que difundieran una desmentida. Cuando me dijeron que no podían transmitirla, sospeché cómo funcionaba el cambio de una lista a otra.

Me fui del país.

En Madrid viví dos años de angustia y melancolía. Me llevé la representación de la empresa de un amigo, un trabajo más inventado que real del que vivíamos con lo justo pero que no nos permitía asentarnos en un nuevo presente. Solo teníamos los recuerdos. Lo mismo les sucedía a otros que aguantaban con aportes de familiares o la venta de alguna propiedad. Al comienzo éramos cuatro en un departamento y todos repetíamos el mismo ritual diario, que hubiera bastado con que uno cumpliera una vez por semana: al regresar, abríamos el buzón en busca de la carta que no llegaba.

Los llamados telefónicos eran caros y, por ende, pocos. La ansiedad de hablar con la familia se hacía insoportable los domingos.

Cada vez que llegaba un argentino lo recibíamos como a un embajador de los dioses. Nos traía noticias. Muy pocas nos alegraban. La enorme mayoría nos destrozaban: “Fulano perdió”, como se anunciaba el secuestro, la desaparición o la muerte de alguien. Escuchamos historias terribles con esa particular angustia de saber que nos podrían haber sucedido a nosotros. La experiencia del dolor a la distancia fue, quizá, lo peor del exilio: la desesperación por lo que sucedía aquí estando allá. Buscando modos para consolar esa particular desesperación, nos convencimos de que nunca debíamos acostumbrarnos a la muerte, porque eso terminaría con nuestra razón.

Hacíamos esfuerzos, pero vivíamos un duelo tras otro.

Empezamos a observar que mataban con método: a los mejores. Jorge Di Pascuale, secretario general del Sindicato de Farmacia, era un hombre entrañable; Oscar Smith, de Luz y Fuerza, era un tipazo. Pero sobre todo eran dirigentes capaces de hacer un país distinto. Por eso fueron los primeros de la lista: la oligarquía se encargó de matar primero a quienes pudieran conducir una resistencia a su programa.

Cuando fui a conocer a mi hija recién nacida me dijeron: “La niña

Carmela Bárbaro está en la Sala de los Dolores”. No se me ocurría un nombre que reflejara mejor las circunstancias de su llegada al mundo.

El exilio, además, fue la soledad de no estar con los Montoneros ni con los emisarios de la Junta. Algunos quedamos en una situación compleja: la guerrilla nos despreciaba por no jugarnos con ella, el gobierno militar enviaba su gente para cosechar alianzas y, a los que tampoco lo aceptábamos, nos consideraban traidores. Fuera de esos dos grupos, las fuerzas políticas españolas no entendían mucho más. De ese modo el exilio erosionó las relaciones entre los peronistas: la pequeñez de los grupos llevó, lenta y sistemáticamente, a los enfrentamientos personales. A los encuentros les seguían los roces y, luego, las separaciones. Llegó a faltar la solidaridad.

Incluso era complicado participar de las denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos, porque los Montoneros en Europa las hacían como una secta. Los desenganchados nos sentíamos unos giles con una bandera blanca en medio de un bombardeo.

Algunos vivimos apostando a que esa cárcel sin barrotes fuera pasajera, aunque conservábamos el miedo secreto de que resultara eterna. Era imposible no recordar a los españoles que habían llegado a la Argentina luego de la Guerra Civil y pasaron años sin deshacer las valijas, con el dolor de un amor prohibido, mientras la dictadura de Francisco Franco se extendía durante cuatro décadas.

La política contra la cacería

En algún momento de 1978 supe que podía regresar a mi país sin poner en peligro la vida, a condición de que no volviera a dedicarme a la política. En esa zona gris, recelados por quienes solo creen que existen la lealtad o la traición, regresamos.

Le dije a mi ex mujer: “Si le pusimos toda la pasión a la política y no tenemos para comer, vamos a ponerle toda la pasión a los negocios”. Algunos de los conocidos que trabajaban en un banco nos ayudaron y otros no nos atendieron: hay quien no puede aprender que a veces se está encima del caballo y a veces abajo, y se la cree. Con un crédito de cinco mil dólares compré una camioneta Dodge y abrí tres verdulerías en San Clemente, una de ellas grande, con carnicería.

A la Dodge le pinté en el toldo: “Julio Donato Bárbaro, frutas y verduras”.

Volví al Mercado de Abasto, luego de haber pasado por el Congreso, para comprar. Llenaba la camioneta y manejaba de madrugada hasta San Clemente.

Vivíamos allá tres meses y el resto del año en Buenos Aires. No la pasábamos mal, pero nuestra imagen distaba de ser óptima: una vez tuve una gripe con mucha fiebre y el médico que vino a atenderme vio que la casa estaba en obra y que había unas gallinas, y no hubo manera de que aceptara el pago de sus honorarios. En realidad, estábamos mejorando la casa y tenía gallinas del mismo modo que las tengo ahora, porque siempre me gustaron, pero el hombre se imaginó que andábamos en las últimas.

Cada tanto algún viejo amigo perseguido llamaba para pedir una mano. Nos hacía bien ser solidarios, a pesar del terror que nos daba volver a quedar bajo sospecha.

Recuerdo que Augusto Conte nos preguntó un día si podíamos ayudar a un matrimonio con dos chicas. “Están muy solos, hace meses

que no hablan con alguien. Están desesperados por relacionarse, pero no saben cómo, tienen mucho miedo”, me dijo.

Eran de Rosario. Un día él iba en el colectivo y cuando se bajó un comerciante del barrio le dijo: “No sigas, pibe, que te tomaron la casa”. La mujer, que volvía por otro lado, recibió la misma advertencia. Los dos escaparon, cada uno convencido de que el otro había sido secuestrado o muerto. Al tiempo, buscando contactos, descubrieron que ambos estaban vivos y bien, se reencontraron, viajaron a Buenos Aires y les pasó lo que a la mayoría de los que quedaron descolgados: no tenían para comer ni idea de cómo volver a empezar.

Él se acordaba de que una tarde había ido con Norma Arrostito a una escribanía, y buscó y buscó hasta que la encontró. El escribano, un individuo maravilloso, colaboraba comprando casas: “No puedo salir de garante para alquilar, porque los agarran a ustedes y me matan a mí. Pero puedo hacer escrituras de compraventa”. Se juntaba el dinero para una casita y él hacía los trámites. Este matrimonio había comprado una vivienda ínfima en Ituzaingó y habían aguantado bastante bien, pero tenían un problema con sus dos hijas, que se acercaban a la edad escolar y no estaban inscriptas en el Registro Civil. Sin documentos no podían asistir a la escuela, pero si no lo hacían iban a llamar la atención en el barrio.

Los llevé a San Clemente y juntos pusimos un bar. La historia tuvo un final tan bueno que soy padrino de otra hija que tuvieron después de todo esto.

En 1979 la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de los Estados Americanos (OEA) vino a la Argentina para recibir denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos que todavía se cometían a diario. Quisiera recuperar la lista, breve sin duda, de los que militamos para juntar firmas que avalaran el documento con que el PJ denunció el terrorismo de Estado ante la CIDH: Miguel Unamuno, Nilda Garré, Jorge Vázquez, Carlos Corach, Paulino Niembro, Deolindo Felipe Bittel y Herminio Iglesias. Si con los primeros de la lista participé en la redacción, en mi casa de Boedo y en la casa de Jorge Vázquez en San Isidro, de los últimos recibí una lección de dignidad y solidaridad.

—¿Quiénes van a entregar el documento? —preguntó Paulino Niembro.

—Él y yo —respondió Nilda, señalándome.

—No, querida, esto no lo pueden entregar ustedes. Los van a cazar. Mejor vamos Herminio y yo, que nadie va a pensar que somos zurdos, ¿no? —y resolvió el problema.

Niembro nos subió a su Torino y marchamos rumbo al Chaco para pedir la adhesión de Bittel, quien tomó la representación del PJ y entregó el documento acompañado por Paulino y por Herminio.

Siempre me entristeció la injusticia que cayó sobre Herminio cuando en 1983 se le achacó el demérito de haber hecho perder las elecciones al peronismo porque en el acto de cierre de campaña quemó un ataúd con los colores de la Unión Cívica Radical (UCR). Lo convertimos en el chivo expiatorio de nuestra mediocridad porque, en realidad, Luder no podía ganar. Una vez más, a Herminio no le importó ocupar el lugar que la vida le había asignado. No era obsecuente, pero tampoco rebelde por deporte: como todos los de abajo, nunca tuvo tiempo para eso.

Cuando entendamos a los Herminios estaremos al fin uniéndonos al sustrato de la patria sublevada, como decía el maestro Raúl Scalabrini Ortiz. Herminio transitó la vida por el sendero de los sin escuela y si se doctoró fue de bruto y no en Harvard sino en el Harlem de Avellaneda. Hablaba mal, pero pensaba mejor que muchos profesores y académicos sin cabeza ni corazón; podía escapársele un "sinmigo" pero fue un buen intendente que no dejó escapar el patrimonio del Estado y que siempre defendió las ideas nacionales. Su familia era el peronismo al que llegó el 17 de octubre de 1945 y sus virtudes y sus vicios estaban tan a la vista como las marcas que la vida dejó en su rostro. Cuando la dictadura perseguía, Herminio impulsó y firmó el documento que denunció las desapariciones y, cuando hubo que llevarlo, no dudó.

Frente al atroz eslogan "Los argentinos somos derechos y humanos", nosotros denunciamos: "No podemos aceptar que a la lucha contra una minoría terrorista —de la que también hemos sido víctimas— se la quiera transformar en una excusa para implantar el terrorismo del Estado. 'Dentro de la ley todo, fuera de la ley nada', decía nuestro líder, el teniente general Juan Domingo Perón. Este concepto es el que

ha regido nuestro gobierno y es el que exigimos se ponga en inmediata vigencia, porque no puede haber Doctrina de la Seguridad Nacional que esté por encima de la ley que debe amparar por igual a todos los ciudadanos. Aceptar cualquier otro criterio significaría transformar a la persona humana en simple objeto de los delirios represivos de las minorías".

Hacia 1980, con la idea de que comenzaba otra etapa y la intención de construir una alternativa peronista dura, un grupo comenzó a reunirse en la oficina de Vicente Leónides Saadi, en la calle Paraguay. Estábamos Armando Caro, que había sido senador como Saadi; Nilda Garré, Alberto Stecco, Nicolás Giménez y Juana Romero, entre los que habíamos sido diputados; sindicalistas como Ángel Cairo, Avelino Fernández y Walter Vezza; otros compañeros como Jorge Vázquez, Alicia Olivera, Pedro y Mario Cámpora, Osvaldo Carrozzo, Haydée Pesce. Bautizamos al grupo con un nombre un poco pomposo, Intransigencia y Movilización Peronista (IMP).

Nuestro objetivo era recuperar la política. Estábamos bastante solos en el peronismo (todavía no habían aparecido el grupo de Deolindo Felipe Bittel ni los ultraortodoxos) pero el día del lanzamiento de la corriente nos acompañaron políticos de otras fuerzas: el exvicepresidente Solano Lima; los demócratas cristianos Augusto Conte y Néstor Vicente; los intransigentes Raúl Rabanaque Caballero y Luis Valle; y socialistas de distintas corrientes como Simón Lázara, Jorge Enea Spilimbergo y Roberto Vallarino.

Nos animábamos de a poco, porque volver a militar era complejo. Reencontramos viejos amigos e hicimos conocidos nuevos, pero en todos los casos era imposible celebrar una reunión sin que se colara un informante del Ejército. Junto con las vidas de miles de compañeros, la dictadura se había llevado la posibilidad de confiar. Había matado todo lo que le molestaba y había plantado entre los demás a sus personeros. Cuando identificábamos a uno de esos servicios de inteligencia, avisábamos: "Cuidado con Esso". Los llamábamos así por las estaciones de servicio Esso Servicentro.

Comenzamos a reclamar por el Estado de Derecho. Recuerdo que a mediados de 1981, en la sede de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), los miembros del completo arco

multipartidario —peronistas, radicales, desarrollistas, intransigentes, demócratas cristianos, conservadores populares, socialistas y comunistas— hicimos un acto para pedir que se restableciera la vigencia de la Constitución Nacional por encima de cualquier otra norma de excepción, que se levantara el estado de sitio y que se comenzara a preparar la restitución de la soberanía al pueblo.

Faltaba, todavía, la tragedia de la Guerra de Malvinas, pero ya la dictadura estaba resquebrajándose. Imaginábamos que se podían forzar algunas libertades.

La muerte de Ángel Cairo, un viejo peronista del Sindicato de Trabajadores de la Industria del Hielo, debilitó al grupo de Intransigencia. Saadi, que mantenía relaciones con los Montoneros, hizo una alianza con el poder económico de los restos de la organización. Ellos, a falta de capacidad para generar una política, no tenían más opción que la que les ofreciera algún pícaro: en ese oportunismo se encontraron con Saadi e hicieron el diario *La Voz.* Como secretario de Intransigencia, me había encargado de construir un grupo esencialmente democrático, opuesto a la violencia. Finalmente me fui porque Intransigencia, copada por Saadi, se destruyó como opción al olvidar que recuperar la política significaba no solo terminar con la dictadura sino también cuestionar a la guerrilla.

Pero primero sucedió mi secuestro y el uso que Saadi quiso hacer de él.

Mi secuestro

Siempre percibí que Saadi mantenía vínculos con los Montoneros. Y un día de 1979 supe que también los tenía con las Fuerzas Armadas. “Hay unos señores que quieren hablar con usted”, me dijo, y me presentó a dos servicios de inteligencia que me propusieron que los acompañara a almorzar a Harrod’s. Habían llegado con la decisión de hablar conmigo por las buenas o por las malas; como yo elegía, preferí seguirlos a comer algo. Se sentaron cuatro alrededor de una mesa redonda, sobre la que pusieron un maletín. “La conversación va a ser grabada”, me dijeron, y me preguntaron qué pensaba de Videla. “Es Isabel con gorra”, respondí, acaso sin ubicarme del todo en la situación. Los tipos hicieron un silencio denso. “¿Y de Roberto Viola?”, dijo al fin uno. “Es la circunstancia de siempre: como el primero no da, se especula con un segundo que acaso daría. Pero no dan ni el primero ni el segundo.”

La segunda vez que los servicios quisieron saber qué pensábamos los peronistas de la generación que, creían, iba a heredar la conducción del partido, entraron armados a la oficina que alquilábamos entre tres para vender publicidad en la vía pública, en Libertad entre Corrientes y Lavalle.

Eran las 17:30 del 2 de septiembre de 1981. Hombres vestidos de civil y con ametralladoras se identificaron como Policía Federal y nos invitaron a no movernos y a poner las manos sobre la mesa. Uno de ellos, me enteraría luego, era Aníbal Gordon, empleado de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) desde el gobierno de Onganía hasta 1984, cuyo nombre se asocia a la Triple A y al centro clandestino de detención Automotores Orletti, y que en la década de 1980 participaría en varios secuestros extorsivos resonantes.

Una vez que se convencieron de que no teníamos armas, me separaron del grupo. “Te quiere hablar el coronel Arias Duval”, me dijeron. Alejandro Arias Duval era el responsable de la

Superintendencia de Seguridad Federal, la temible Coordinación Federal donde se asentaba el Grupo de Tareas 2, que dependía del Comando del Primer Cuerpo de Ejército.

Mi amigo Juan Carlos Gallegos, profesor de Sociología en la Universidad del Salvador, que había ido a charlar conmigo, hizo un comentario que no les gustó. "Ese también viene", dijo uno, señalándolo con la metralleta.

Nos llevaron, apuntándonos con disimulo, hasta un garaje sobre la calle Libertad, donde nos esperaban dos automóviles Falcon de color verde, la imagen misma de la represión. Para tranquilizarnos nos aclararon que no nos iban a matar, pero ¿qué otra cosa iban a decirnos? Nos subieron por separado a cada uno y nos llevaron hasta Olivos, donde bajaron a tomar un café en el bar Chamaco. Allí tomé conciencia de la situación: "¿Puedo ir al baño?", pregunté, y me dijeron que por supuesto que sí, pero que me acompañaría uno de ellos. El hombre se fijó en que no tirase nada, como si esperasen que tuviera algún papel del cual deshacerme.

Luego de media hora volvieron a subirnos a los coches y al entrar en la ruta 9 nos bajaron, nos esposaron y vendaron y nos tiraron bajo el asiento trasero, con uno que nos pisaba para mantenernos inmovilizados. Al rato se levantaron unas barreras y fue más que obvio que estábamos en Campo de Mayo. Escuché unos diálogos, siempre tirado en el asiento de atrás y boca abajo, hasta que los coches volvieron a arrancar. Anduvimos unas cinco horas hasta llegar a una zona que, supe luego, era General Villegas. Nos bajaron en la oscuridad de una chacra.

Nos llevaron a una habitación. Entre los que nos habían secuestrado y los que nos esperaban, había unos quince hombres. Algunos presenciaron el interrogatorio, que empezó mal:

—Vos tenés un aguantadero, ¿no? En Castro Barros 537.

—Nací en Castro Barros 603 y a los seis años nos mudamos a la casa de Castro Barros 537, que es el domicilio que figura en todos mis documentos, donde vive mi madre y donde vivo yo con mi señora y mi hija.

Se armó una pequeña bronca, porque había claras líneas de mando internas y a uno no le gustó que me preguntaran semejante estupidez.

Me empezaron a sonsacar sobre política internacional: la socialdemocracia, Estados Unidos, la Unión Soviética, Medio Oriente, Centroamérica, el petróleo, las multinacionales. Después pasaron a la Argentina: la burguesía nacional, el sindicalismo. Y, obviamente, los Montoneros. Se interesaron en todas y cada una de mis amistades montoneras, vínculos bastante públicos desde hacía más de quince años. Hasta que me descolocan con una pregunta típica de militar: "¿A quién saludó usted ayer a las 15 cuando entró a un bar en Corrientes y Libertad?". No tenía idea; yo entraba al bar y saludaba a los que conocía. Habían pasado muchas horas, calculaba que eran ya las 5 de la mañana, y me dijeron: "Bueno, esto cambia".

Vino la picana, el submarino, el simulacro de fusilamiento.

Me leían nombres de una lista: querían saber si los conocía y si eran comunistas.

Ni parecido a una delación, ni siquiera a una confesión: cegado, esposado y picaneado se ponían muy contentos si me escuchaban decirles que sí, que eran todos una caterva de comunistas como ellos decían.

Al rato me dormí en una silla, con las manos esposadas a la espalda, una bufanda en la cabeza y el torso desnudo. Les molestaba que no tuviera ningún dato para entregarles, que no satisficiera la teoría de que quien no estaba con ellos estaba contra ellos y tenía oscuras razones para hacerlo.

La segunda noche fue igual a la primera.

Había luz cuando comenzó un griterío. Se peleaban entre ellos. Presté atención y descubrí que tenían problemas por la propiedad de mi amigo Gallegos y yo. Esa misma mañana, gracias a las denuncias, nuestro secuestro había salido en los diarios.

Al rato, cuando retomaron el interrogatorio, trataban de ocultar que ya se sabía. Dejaron la radio puesta durante el programa de Bernardo Neustadt, que no me nombró. "Se ve que tan importante no sos", me repitieron.

Clarín había publicado, bajo el título "Fueron secuestrados un ex diputado y un profesor universitario", la noticia de nuestra desaparición y la confirmación de nuestra búsqueda. Reproducía un comunicado de la Policía Federal, que negaba que los secuestradores

actuaran bajo sus órdenes, y otro de la APDH; avisaba que se había presentado un hábeas corpus y reproducía declaraciones de Bittel.

Al mediodía nos sacaron al descampado donde nos hacían los simulacros de fusilamiento. Esta vez, en cambio, nos dijeron: “Cuidado con la luz”. Nos despegaron las vendas de los ojos, nos cortaron los bigotes y nos comunicaron con voz opaca: “Se salvaron, van a vivir”. El que me sacó las esposas me preguntó: “Si tuvieras que identificar este lugar, ¿de qué te acordarías?”. Sin advertir que arriesgaba mi vida, porque la lucidez que había mantenido con el terror se esfumaba a medida que se acercaba la libertad, le respondí: “Del agua. Es salada”. Con un tono intimidante, que expresaba exactamente lo contrario de sus palabras, el mismo hombre me dijo: “El Salado es grande, quedate tranquilo. Es un río muy grande”.

Pasada la medianoche nos liberaron en avenida del Libertador y Vedia. Nos dijeron que estábamos a solo dos cuadras de la Comisaría 35 y que le mandáramos saludos al coronel Arias Duval.

En casa disfruté largo rato con mis amigos Jorge Spilimbergo, Guillermo Estévez Boero, Carlos Auyero, Augusto Conte, Nilda Garré. Mi hija, que todavía era la única y tenía cinco años, pasó días sin animarse a darme un beso, asustada por mi aspecto.

Saadi quería aprovechar la situación para promoción política. A Intransigencia le venía bien tener un secuestrado, me decía, pero yo me sentía apenas otro peronista más que sufrió violencia, otro argentino secuestrado que al final había tenido suerte. Esa diferencia de perspectivas me separó definitivamente del grupo.

Saadi seguiría su camino hacia la alianza con los Montoneros residuales, una muestra de ese desprecio por la mayoría que impregnó su actuación como gobernador y senador por Catamarca: el que da una zapatilla antes de la elección y la otra después; el que hace asados proselitistas y arroja pedazos de carne a los marginados. El peronismo es todo lo contrario: no se basa en el hombre expulsado del sistema y por ende deshumanizado por la degradación de su conciencia, sino que vuelve conscientes a los humildes para incluirlos y proponerles que participen en el debate sobre el futuro de la sociedad.

1983

Durante un tiempo me dediqué a darle seguridad económica a mi familia: trabajar, trabajar, trabajar.

Quise aprovechar el paréntesis en la militancia para ampliar mi formación, y me llevé un chasco. Con Nilda Garré, Jorge Vázquez y Carlos Corach nos dirigimos a Fernando Nadra, dirigente del PC, para pedirle que nos recomendara un docente porque queríamos hacer un curso de marxismo. Pasaba el tiempo y no nos contestaba. Insistimos tanto que nos mandaron a un muchacho muy joven y humilde, un obrero que venía a mi casa de Boedo con un cuaderno lleno de notas prolijas. Sospechamos que o bien el PC no encontraba un intelectual que quisiera darle clases a un grupo de peronistas o bien no tenían filósofos. Nuestro docente resultó un hombre maravilloso, pero se sentaba a bajarnos la línea más superficial en lugar de ayudarnos a navegar las oscuras aguas de la doctrina. Un día nos dijo:

—El Partido Comunista es el partido de la clase trabajadora.

Me puse loco.

—¿Le avisaron? —le pregunté.

—¿A quién?

—¡A la clase trabajadora! Porque se ve que no está avisada, está llena de peronistas. ¡Hay que avisarle ya!

Nuestro docente vino un par de veces más porque nos caíamos bien, pero las clases no habrán pasado de cuatro encuentros. Fue muy triste descubrir que detrás del cortinado solemne del pensamiento del PC —o de la guerrilla, o de cualquiera de los iluminados de la izquierda antiperonista— no había más que una gran vacuidad y una ambición de poder como en todas partes. Habíamos vivido la juventud intimidados por telones de consignas, detrás de las cuales no había nada, aunque teníamos nuestro propio pensamiento. Porque Perón dejó una doctrina.

Mi distanciamiento de la política terminó cuando se comenzó a armar el mapa interno del PJ en vistas a las elecciones nacionales de 1983.

Los grupos principales se consolidaban detrás de las figuras de Robledo, Bittel y Luder.

Con Robledo —una persona muy buena y muy inteligente— fueron el gremialismo que había negociado con los militares, la CGT Azopardo, como Jorge Triacca, del Sindicato del Plástico, y un sector político cercano al poder de las Juntas; la Coordinadora de Acción Justicialista estaba formada por gente que jamás tuvo actitudes públicas de colaboración, pero vivió distraída de la dictadura. Los que apoyaban a Bittel reunidos en el Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO) habían construido la dignidad en la pelea, eran herederos de los combativos de la JP de Gustavo Rearte, venían de la Comisión Nacional de los 25, un sector de las 62 Organizaciones que enfrentó a Martínez de Hoz en una huelga; pero en sus mezclas con otras corrientes, como la de Antonio Cafiero, desarrollaron más limitaciones para la lectura de la realidad. Y los que acompañamos a Luder, un amplio arco que fue desde la CGT República Argentina de Lorenzo Miguel hasta la agrupación de Capital Federal Frente de Unidad Peronista (FUP), tuvimos que pelearnos a trompadas con los ultraverticalistas como Juan Gabriel Labaké, quien quería traer a Isabel desde España. Carlos Menem la cortejaba con ramos de flores, que al rato aparecían en los cestos de basura.

Defendimos la candidatura de Luder sobre la de Bittel y Cafiero porque su nombre implicaba una trayectoria: había participado en la formulación de la Constitución de 1949, uno de los hechos más revolucionarios que produjo el movimiento peronista; en 1955 había sido defensor de Perón en el juicio por traición a la patria que le iniciaron luego de derrocarlo. Creíamos que era el que más votos podía convocar dentro del peronismo y en el electorado independiente.

Nos equivocamos. Internamente, un poco menos: en el agitado Congreso Nacional Justicialista del 4 de septiembre de 1983, la fórmula del PJ resultó Luder-Bittel. Pero en las elecciones presidenciales del 30 de octubre ganó la propuesta radical de Raúl

Alfonsín con el 51,75 por ciento de los votos, una importante diferencia sobre el 40,16 del peronismo. Recuerdo con pena que la misma noche del escrutinio preliminar Luder se marchó a su casa sin asumir la derrota. Debí salir a la calle Reconquista, donde los peronistas hacíamos el cómputo de los votos, para reconocer ante los medios que habíamos perdido. Luder demostró escasa voluntad política al no volver a reunirse con los que integramos su equipo.

Fue difícil sostener una autocrítica en serio. Sin Perón, la interna del PJ era un entrevero y en ese río revuelto más de un pescador quiso sacar su ganancia. Pero personalmente creo que el peronismo perdió porque, al margen del candidato, antes del golpe marchábamos a una derrota electoral. Creo que no habíamos terminado de pagar las culpas del suicidio de 1975. La ciudadanía había quedado con odio a los militares, pero también le adjudicaba al peronismo responsabilidad por no haber encontrado una salida democrática a los desatinos de Isabel, a la imprevisibilidad y a la violencia. El poder de la política —y esto Perón lo dijo con claridad— es convertir las contradicciones del conjunto en una energía coherente que lleve hacia delante. Pero para eso había que tener una relación de disenso sin resentimiento con todos los sectores.

Recogimos la herencia de los votos de Perón, pero no votos propios. Dije entonces: “La derrota es el castigo de un pueblo por haber abandonado las banderas revolucionarias”.

Durante el gobierno de Alfonsín el peronismo cayó en manos de uno de sus peores poderes sindicales. Nuestra crisis política quedó a la luz: habíamos salvado la unidad a costa del vacío ideológico y en respuesta a la derrota se pretendía reivindicar el sectarismo para sustituir el pensamiento. Habíamos abandonado la idea que Perón tenía del movimiento como un espacio que abarcara todas las contradicciones y nos dedicábamos a expulsarlas. La Renovación encarnó, en parte, ese proceso y a la vez reflejó, como en un espejo dentro del peronismo, a los jóvenes radicales que se expresaban en la Coordinadora.

Los radicales se enamoraron del poder sin conocer a fondo sus leyes de juego. Intentaron un Tercer Movimiento Histórico para perpetuarse en el poder, pero les faltó habilidad para manejar la política cotidiana. Alfonsín, que hizo el juicio a las Juntas, cometió errores como el

arreglo que permitió que fuera Menem quien finalmente lograra perpetuarse. En su debilidad estructural, la UCR se retiró sin haber logrado sacar un candidato viable entre los coetáneos de la generación sacrificada en los 70. Esos cuadros de primera de la Coordinadora no pudieron desarrollar una estructura válida. Tampoco la Renovación Peronista, como probaron Chacho Álvarez, José Octavio Bordón, Carlos Grosso.

Volví a la Cámara de Diputados por dos años.

El Congreso de 1973 había reunido a un conjunto de individuos que, mayoritariamente, vivían el peronismo como un desafío y ponían en cada paso y en cada acción todo lo que tenían, se jugaban enteros por lo que pensaban. Queríamos que el peronismo fuera el trampolín para la historia, para forjar un país distinto. A los cuatro días de ocupar mi banca en 1983, hablaba con Luis Rubeo, quien se sentaba a mi lado, sobre eso y sobre los pocos que habíamos vuelto desde el golpe de 1976. Echó una mirada panorámica al recinto y me dijo: “Al lado de esto, el Congreso de 1973 era Harvard”. Pronto supe que tenía razón.

III. LA NECESARIA REVISIÓN DE LOS 70

Para qué sirve la autocrítica

En una larga sobremesa, a fines de la dictadura, tres amigos entrañables me propusieron firmar un compromiso por el cual juraba no apartarme nunca del camino revolucionario. Alguno de ellos se llevó el documento con nuestras firmas que expresaban una terca coherencia militante, pero la realidad siguió jugando en contra y estos seres deslumbrantes se fueron de este mundo sin haber visto miseria que no soportaban. Eran el Negro Eduardo Moreno, el padre Jorge Galli y el Tuli Ferrari.

El Negro pasó tanto tiempo en la clandestinidad que el silencio se le había pegado como un rasgo más, una característica propia de su persona. En sus últimos años se mudó a Luján con el sueño de organizar una cooperativa de linyeras, pero la muerte se lo llevó en la patriada.

Galli había sido un trabajador que se hizo sacerdote impulsado por las ideas del Concilio Vaticano II. Su compromiso con los pobres era tan inquebrantable que no perdonaba una agachada. En 1978, durante la dictadura, leyó estas líneas en la parroquia Cristo Obrero, de Pergamino: "Y ahora, los que estamos vivos, y aquí, y enteros, / después de habernos muerto de miedo, / muertos de vergüenza, por no estar muertos, / mientras otros morían de verdad, / ya tenemos la vida de prestado. / Nuestra vida no nos pertenece: / no somos simplemente seres vivos, / sino que somos resucitados, / y los que resucitan tienen otras responsabilidades". Era peronista e hincha de Boca y al morir dejó dos pedidos: que quienes siguieran su camino de lucha buscaran la unidad de los sectores populares progresistas y que lo enterraran con la camiseta de Boca en el camposanto de su parroquia Santa Teresita, en el barrio Otero de Pergamino.

El Tuli era un grandote bondadoso que en una noche de copas en Madrid me confesó con lágrimas en los ojos: "Este es mi segundo

exilio, y yo nunca fui gobierno". En 1957 había tenido que escapar a México y en 1976 a España, pero nunca había tenido un cargo: en su *currículum vitae* no había más que lucha y cárcel, compartida con Dardo Cabo, Gustavo Rearte, Jorge Rulli, Envar El Kadri y Felipe Vallese.

Quién sabe qué se hizo de ese documento. Pero creo que cumplo con ellos, que no me aparto del camino revolucionario, al plantear esta crítica de lo peor de nosotros, nuestra oscuridad, nuestras simas, nuestros errores fatales.

Es hora de ordenar los recuerdos, porque no todos tienen la misma valía.

Si las Madres de Plaza de Mayo nos ayudaron con su dignidad a castigar al verdugo, nos queda a nosotros, los sobrevivientes —los resucitados del padre Galli—, el deber de convertir la memoria en enseñanza, rescatar la nobleza de los héroes y separarla de la mediocridad de los burócratas. Si la dictadura engendró la violencia, la democracia obliga a superarla. El mejor homenaje a los caídos implica respetar su experiencia sin paternalismo: no tenemos derecho a cuestionar la grandeza de su entrega, pero estamos obligados a debatir sobre la racionalidad de esos actos. Morir por una causa imposible suena romántico, pero no sirve para nada, al contrario.

Con la memoria viene el dolor de asumir los errores cometidos para que sea posible continuar en la búsqueda de un destino mejor. Para eso, creo, sirve la autocrítica.

Hombres que en los años de la guerrilla ocupaban el lugar de mitos por el prestigio que habían acumulado, desde el Pepe Firmenich al Gallego Álvarez, parecen personajes de opereta. Como los vinos mediocres, no soportaron el paso del tiempo. Todos ellos se agriaron.

La bravura de los jóvenes a los que ellos decían representar se revela exagerada para la dimensión de la causa, para el nivel impresentable de los jefes sobrevivientes. Casi ninguno de ellos reconoció su lugar en la historia: no asumieron que las vidas inmoladas exigían un testimonio y una explicación desde la política, no solo desde los derechos humanos. En otros casos la pobreza de sus escritos es el mejor reflejo de la pequeñez de sus personas: la culpa la tuvieron otros, desde el Brujo López Rega hasta los genocidas de la dictadura,

ellos nunca, nunca cometieron un error.

Sin embargo, de regreso a la realidad, conviene comprender que nosotros también fuimos responsables.

Nosotros, los peronistas, fuimos responsables porque no encontramos los caminos democráticos para impedir la candidatura de Isabel o acortar su mandato luego de la muerte de Perón y porque no logramos reencauzar la fuerza revolucionaria de cientos de miles en un camino de paz y progreso. Si no podemos entender eso vamos a vivir echándole la culpa al otro, y eso nos condenará a no aprender de los fracasos y a deshonrar las vidas que se perdieron.

Es imprescindible que nos hagamos cargo y que asumamos la violencia como lo que fue: una experiencia fallida que no resiste el tratamiento narrativo de gesta valiosa. Eso implicaría separar a Perón y el pueblo, que son los autores de la historia en serio. Perón no necesita nuestra defensa, pero nosotros necesitamos autocrítica.

La política en armas tuvo sentido hasta que se logró desalojar a la dictadura de la Revolución Argentina y recuperar la democracia en 1973. Pero, una vez restituida la soberanía popular y cumplido el reclamo popular histórico de la vuelta de Perón, fue un error garrafal. No entenderlo y no admitirlo es una irresponsabilidad frente a las nuevas generaciones, que necesitan convertir nuestras limitaciones en lecciones y conceptos con los cuales construir su futuro.

Pertenezco a una generación política que no quiere heredar el odio peronismo-antiperonismo de 1955 sino el abrazo de Perón y Balbín en 1973: una ética que se fija como objetivo final una sociedad justa, en unidad crítica y con un destino nacional. No logramos entroncar lo que fue la revolución soñada con este presente del peronismo, pero queremos poner nuestro grano de arena para dejar de vivir en soledad por incapacidad de construir en conjunto. Para ello debemos comenzar por aceptar que los adoradores de la violencia, lejos de incorporar lo más rico del debate ideológico de los 70, lo clausuraron.

Cuesta ubicarse en aquella coyuntura: la lucha armada asomaba como el Jordán en el que Jesús le pidió a Juan Bautista que lo sometiera al rito purificador del bautismo. Rechazarla equivalía a ejercer todos los vicios del momento: reformismo, cobardía, tibieza, debilidad. La participación en la guerrilla se impuso en el espíritu de

la época como una decisión de la valentía, sin que importara si se contraponía a la razón. No pudimos impedir que la violencia quedara como la impronta principal de los 70. Y, como los desaparecidos son una herencia trágica de dimensión colosal, para las generaciones que siguieron quedó la impresión de que solo los guerrilleros tuvieron que ver con la historia.

Sin embargo, así como en el combate no se puede disentir, en la democracia la falta de disenso drena el sentido. La gran enseñanza que nos dejó el marxismo fue que cuando un pensamiento mata la duda define su propia desaparición. Aunque nuestra cultura política no se apasione ya con el debate (otra consecuencia de haber sido diezmados por ideales) debemos hacer el esfuerzo de pararnos en otro lugar y rehacer, desde la autocrítica, el diálogo con la sociedad. Los políticos podemos abandonar la pose de dueños de certezas para enfrentar las incertidumbres con las que convivimos.

Los primeros años en democracia

La coyuntura define los límites de la libertad: hasta el fin de la dictadura la vida de los ciudadanos corrió peligro, pero cuando asumió Alfonsín la libertad era relativa porque las Fuerzas Armadas conservaban vigor y el apoyo de los Estados Unidos y del poder económico. La democracia incipiente tenía un poder limitado a las urnas, que durante años habían estado —como puntualizó el infausto general Leopoldo Fortunato Galtieri— bien guardadas.

Si Alfonsín demostró debilidad al decir "La casa está en orden, felices Pascuas", fue porque en ese momento —anterior, y no es un detalle, a la caída del Muro de Berlín— existía aún la estructura de la derecha, un trípode formado por los militares, la embajada norteamericana y los empresarios. Yo era diputado nacional y recibía amenazas contra mi familia, en mi casa de Boedo: esas eran las circunstancias que vivíamos.

En ese equilibrio precario, la objetable teoría de los dos demonios, que condenaba a la violencia de la guerrilla en igual medida que a la violencia del terrorismo de Estado, fue un intento para no devaluar a los militantes masacrados, dentro de las posibilidades magras de ese tiempo. Aunque es obvia la diferencia entre un individuo que juega su vida y un militar rentado en cacería contra los habitantes de su país, la teoría de los dos demonios detuvo las diatribas contra los que fueron asesinados por sus ideales y en eso funcionó como un mecanismo de negación imprescindible para la sociedad. Los argentinos no estábamos en condiciones de respetar la entrega heroica de los desaparecidos, convertir un número, treinta mil, en dogma es tan falso como carente de autocrítica.

En esa época me encontré por la calle con una amiga que había sido guerrillera. "¿Por qué vos no entraste y yo sí?", me preguntó. "Porque yo veía la derrota", le respondí. Me miró en silencio, con el rostro

ensombrecido por una especie de estupor. Pasaron unos segundos incómodos de silencio y por fin dijo: “Pero si nadie nos derrotó…”. En los comienzos de la democracia la palabra *derrota* causaba un dolor tan insoportable que, simplemente, no podía ser incorporada sin poner en riesgo lo poco de cordura que la vida da al ser humano. Años más tarde, en el diván de un psicoanalista, mi amiga entendió que el término nefando implicaba interpelar su sacrificio y la muerte de sus compañeros, reconocer que esa entrega nunca arañó la sombra de la posibilidad de la revolución, nunca hizo trastabillar siquiera al enemigo y nunca entendió dónde estaba el poder. Eso es la derrota.

Alfonsín, importa recordar, utilizó una Justicia que no había salido intocada por la dictadura para realizar el juicio más importante que vivió nuestra sociedad contra las juntas militares que cometieron el genocidio y sufrió los levantamientos militares del ex coronel Aldo Rico en 1987 y 1988 por la irritación que causó en el Ejército que el Estado de Derecho condenara sus monstruosidades. Llevar a los represores ante la justicia fue imposible en otros países que sufrieron carnicerías similares, como Chile, Uruguay o Brasil, cuyos militares actuaron unidos a los argentinos en la asociación asesina que se llamó Plan Cóndor.

Ese gesto puso a Alfonsín a la vanguardia en materia de derechos humanos. Es una pequeñez del setentismo que sea incapaz de reconocer la importancia del juicio a las Juntas. El setentismo combina demasiados héroes con demasiadas negaciones y el resultado es demasiada soberbia. Nunca entiende que otros, en paz y con la ley en la mano, también pueden tener algo que dar.

Me animo a un hecho aun más antipático que discutir la teoría de los dos demonios: la limitación del juicio a las Juntas y las leyes impulsadas por el oficialismo radical de Punto Final (24 de diciembre de 1986) y Obediencia Debida (8 de junio de 1987), que cerraron la prosecución penal contra los represores materiales. Me animo a los indultos presidenciales que Carlos Menem promulgó en dos tandas, el 7 de octubre de 1989 y el 29 de diciembre de 1990. Esos diez decretos dejaron en libertad a los condenados en el juicio a las Juntas y, en una suerte de continuación de la teoría de los dos demonios, beneficiaron a otros represores y también a conspicuos guerrilleros —solo Graciela

Daleo lo rechazó ante los tribunales— y, penosamente, a desaparecidos. Menem firmó los indultos porque intentaba esquivar la tensión insistente de los militares, cuando en la sociedad argentina no estaba aún garantizada la superioridad de fuerza de la democracia.

Alfonsín llegó debilitado a su final y Menem aprovechó esa circunstancia para entregar su poder a los negocios. Sin embargo, con gran habilidad y mucha suerte logró ir más allá para terminar de desarmar la amenaza militar. Cuando el ex coronel Mohamed Alí Seineldín intentó dar su golpe en diciembre de 1990, Menem derrotó su movimiento; la caída del Muro de Berlín y la autocrítica del jefe del Ejército Martín Balza completarían la obra de pulverizar el poder de las Fuerzas Armadas.

Soy un feroz detractor de Menem gracias a que lo conocí bien en mi breve paso por su gabinete, pero criticar los indultos o criticar a Alfonsín haciendo abstracción de las presiones y los peligros contemporáneos a sus gobiernos es renunciar a la razón. En aquellas coyunturas la estructura de la derecha se mantenía robusta. El indulto no surgió como una aspiración de la sociedad, del mismo modo que tampoco los chilenos quisieron tardar tanto más que nosotros en desalojar su dictadura, pero cada sociedad supera sus partes oscuras en el momento en que está madura para hacerlo. Menem, como político, no debía ir a una confrontación en ese momento, y no lo hizo. No obstante, hay que enfatizar que la idea de reconciliación en que envolvió los decretos es falsa: no puede haber reconciliación con el verdugo.

El setentismo kirchnerista

Antes no me refería solo a la justificación discursiva de los indultos: Menem recibió al almirante Isaac Rojas, por ejemplo, entre diversas acciones que pretendían imaginar un empate posible entre represor y reprimido. Ese acuerdo no debe existir: esas Fuerzas Armadas que secuestraron, torturaron, violaron mujeres, robaron niños, rapiñaron botines y asesinaron a mansalva debían ser degradadas como lo fueron los nazis en Nuremberg. Claro que parasitar los derechos humanos, vivir de ellos, implicaba dos cosas: primero, no asumir los errores de la violencia, y luego, no hacerse cargo de que terminar un ciclo era la única manera de ingresar en otro. Solo de esa manera es posible volver a empezar.

Los Kirchner se aferraron al espíritu de los setenta para evitar asumir el peronismo y el patriotismo en serio, como defensa de lo nacional. No se ocuparon de recuperar mucho de lo vendido por el menemismo, ser de izquierda no los obligaba a nada. El setentismo kirchnerista es un proceso que se fue instalando sin siquiera ser imaginado. Resultó sin duda de la necesidad de Néstor de no quedar limitado a las acusaciones por corrupción. Néstor nunca se ocupó de los derechos humanos en la difícil, en rigor jamás firmaron ni él ni Cristina un hábeas corpus, demasiado en claro lo deja el compañero Rafael Flores, quien era el que se hacía cargo de esta dura tarea, se cansó de firmarlos cuando implicaba duros riesgos y es testigo histórico de la falta de compromiso del matrimonio Kirchner. Lo mismo nos cuenta Oraldo Britos, gran peronista comprometido que nunca se enriqueció con la política.

En tiempos en los que se necesitaba la firma de documentos contra la dictadura, los Kirchner siempre se negaron a acompañar al peronismo. Por eso suena a oportunismo que luego, desde el poder, acusados de corrupción, se abrazaran a las agrupaciones de Madres y

Abuelas y terminaran con esa fantochada de bajar el cuadro de Videla, sin reconocer nunca el esfuerzo de Raúl Alfonsín y su gobierno, que llevaron adelante el juicio a los militares desde las instituciones.

La defensa que aporta un disfraz revolucionario fue central. De hecho, la visita del presidente venezolano Hugo Chávez en 2005 carecía de importancia para Néstor, lo consideraba un personaje menor. No olvidemos que Néstor había acompañado a Domingo Cavallo en la destrucción del Estado y que había apoyado la privatización de YPF —Oscar Parrilli fue el miembro informante por el oficialismo en el debate de Diputados—. Queda en claro, de sobra, que no participaron nunca de la defensa del Estado; muy por el contrario, intentaron quedarse con un pedazo de la YPF privatizada.

Néstor no imaginaba la ética como un lugar de la virtud, se me ocurre que para él la falta de codicia implicaba una limitación inexplicable. El rico, el acumulador, banquero o político, se ubica como un ser superior, imagina un mundo distinto. Conforman una "minoría lúcida" que en el fondo se asume como triunfadora y disfruta de imponer sus logros sobre el dolor de los fracasados. Néstor actuaba más como un rico que como un político. Lo acompañé en demasiadas charlas como para no conocer sus obsesiones. No le interesaba la grandeza ni la inteligencia, admiraba a los ricos que no le competían, soñaba con quedarse con todos los medios de comunicación: si hubiera logrado comprar el Grupo Clarín la historia se habría complicado. Y no es que Clarín ocupe el lugar de la virtud —expresa la mirada del poder económico que sueña con degradar al ciudadano en consumidor—, sino que aun así es más democrático que *Página 12*, ese espacio de pseudoizquierda dependiente de algún enriquecido de turno.

La izquierda políticamente agonizante encontró en los Kirchner una opción de ser reivindicada, una máscara que oculta oscuros intereses. Si alguien quiere gobernar Alemania, ¿acaso centra su programa en el rechazo a la monstruosidad nazi? Hubo un tiempo de autocrítica que nunca fuimos capaces de asumir: ni siquiera el asesinato de Rucci —que fue la peor de las traiciones—, ni siquiera ese acto de demencia pudo ser revisado por sus seguidores. Y no permitieron que el nombre de sus víctimas, de los asesinados por la guerrilla, figurara en el mármol de los caídos. Como si ellos hubieran sido justicieros, como si

todavía no estuviéramos en condiciones de cerrar esa etapa para ingresar en una nueva.

Triste: el mismo fracaso de la derecha, la terrible medianía de Mauricio Macri, le devuelve al kirchnerismo el poder, sin tener nada para aportar. Evo Morales fue capaz de forjar otra Bolivia, desarrollarla, integrar millones de ciudadanos. Los nuestros dicen admirarlo, pero se me ocurre que ni siquiera lo entienden, porque no logran imitarlo en nada. Somos un país que pone satélites en órbita mientras compra los vagones de los trenes —y hasta los durmientes— a China. Es que dar trabajo no genera coimas. Por el contrario, comprar en el exterior, hasta las mismas vacunas, permite repartir millones de dólares. La izquierda cayó en las prácticas burguesas, en las del camino al enriquecimiento, los cargos, el acomodo, disfrutando del poder en su versión irresponsable, la del que no asume la pobreza que genera.

El movimiento que fundó Perón no es como un club de fútbol, donde cambian los jugadores y uno se queda contento porque le mantienen la camiseta y el tablón. Para no decaer, el movimiento debe ser la negación de la violencia y la búsqueda de la realidad nacional en un partido que cumpla lo que Perón planteó en sus orígenes y volvió a intentar en 1973 con la integración de distintos troncos y distintos elementos. Los Kirchner nunca mostraron admiración por el peronismo, en rigor, no entendían demasiado de política; en ese caso, el progresismo era un producto que ofrecía prestigio, y lo abrazaron.

Los que andaban en alpargatas asumieron la causa desde 1945 y los que andaban con libros bajo el brazo llegaron a entenderlo en la universidad de 1973. Peronismo y radicalismo actúan hoy sin el menor recuerdo de su historia ni lealtad a sus orígenes. Néstor demostró poseer clara conciencia del poder y de su uso, pero careció de la grandeza que a Perón le sobraba. Es notorio el escaso respeto que grandes políticos como los uruguayos tienen por los Kirchner. Perón había retornado en busca de la unidad nacional; Néstor prefirió la confrontación, la grieta, el nepotismo, fue muy poco democrático y nada patriótico. Su concepción del poder y de la vida se ceñía a lo utilitario. Era un obsesivo del poder, como virtud y limitación. Obsesión y pragmatismo, como virtudes comunes a los ricos de turno.

Es complicado compararlo con Menem, el iniciador del proceso de destrucción del Estado y en consecuencia de la misma sociedad. Menem dejaba el poder en manos de los economistas, empresarios e intermediarios a cambio solo de que le aseguraran su parte. El Rey de España comprando los teléfonos para su país, digamos en una acción de “coima patriótica”, y Menem entregando el patrimonio a cambio de un beneficio personal, una traición a la patria más allá de la misma corrupción. Y cada tanto, aparecía un colonizado por el discurso del “Estado malo, privado bueno” que expresaba la frase tonta “Antes se tardaba años en conseguir un teléfono”, como si los españoles hubieran sido los descubridores del inalámbrico.

Néstor participó en la venta de YPF —reitero esto ya que define un punto de no retorno— y dejó una provincia sin sistema productivo y viviendo del Estado. Tanto Menem como Kirchner gobernaron la Nación siendo sus propias provincias el triste espejo de su concepción improductiva. Ninguno se relacionaba con el peronismo más allá del recuerdo. Ninguna de las tres banderas —soberanía política, independencia económica y justicia social— fue reivindicada por quienes utilizaban su recuerdo para generar adhesión. Convirtieron la causa en “un recuerdo que da votos”.

Todos buscamos una historia que nos explique y nos contenga. Pero nada aporta a la sociedad que uno se declare propietario de un pasado que se simplifica como heroico, sin tamizar los grises de esa experiencia, y derive de ello el derecho a poseer una fractura del presente. El político es un individuo que avanza con la inteligencia; el guerrero, en cambio, marcha guiado por la obediencia. Tanto el menemismo como el kirchnerismo —y, en alguna medida, también el alfonsinismo— son tributarios de aquel sectarismo de los 70 porque concitan más obediencia que inteligencia. ¿Cuántos intendentes se han movido como guerreros tras un jefe que no ofrece un pensamiento sino apenas una pertenencia? Menem disparó para el lado de los negocios y la farándula, porque estaba en su personalidad; Kirchner decidió utilizar los vestigios de los setenta a su favor. Tanto la farándula como los nostálgicos de una revolución que nunca existió, ambos estuvieron al servicio de una deformación de la política, de la lenta destrucción de la sociedad. Quizás sirva aclarar que Néstor no le asignó ningún

poder a esa izquierda que utilizó para disimular su ambición; mientras Cristina intenta compartir con ellos una parte de su poder, los integra a su proyecto.

Para los restos de la vieja izquierda en sus dos versiones, la guerrillera y la marxista más ligada al Partido Comunista, el hecho de que les ofrecieran una parte del poder implicaba una salida a su enorme, infinita frustración. El peronismo nada tenía en común con ellos, y mucho menos se habían respetado en los tiempos duros. Nuestra guerrilla no tuvo sobrevivientes dignos como sí los tuvieron los Tupamaros, que reconvirtieron la violencia en política y gobernaron en paz su sociedad.

Nosotros sufrimos, primero, el peso oscuro de la conducción con Firmenich y sus laderos, gente que nunca logró superar aquella actitud suicida o delatora que implicó “la contraofensiva”. Allí entregaron su vida varios de los mejores militantes de esa causa, impulsados al retorno por una conducción que supo cuidarse en tierras lejanas. En segundo lugar, la desvirtuación de los principios del peronismo.

Recuerdo siempre cuando convoqué a Tulio Halperín Donghi y a Beatriz Sarlo a almorzar con Néstor, Cristina y Alberto Fernández. Más allá de los invitados, aquella implicó para mí una prueba de fuego sobre las convicciones reinantes. Solo Cristina expresaba una curiosidad y una mirada sobre el pasado, Néstor se aburría en esos debates de intelectuales. Cristina expresó, creo recordar bien el concepto, “No hay pensamiento porque a raíz de los desaparecidos falta una generación”, a lo que Beatriz Sarlo respondió con dureza: “Señora, si los sobrevivientes no piensan, ¿qué la lleva a usted a imaginar que los ausentes lo harían?”. Acompañé a ambos hasta la salida, y después de ese largo almuerzo no quedaron ganas de repetir la experiencia.

En realidad, Néstor dejaba en claro que no le interesaba hablar con nadie a quien no pudiera imponerle su concepción del poder, con nadie al que no pudiera doblegar a su servicio. Eso mismo entendí cuando se negó a dialogar con el cardenal Jorge Bergoglio. Su mundo alcanzaba solo a los negocios y los obedientes. El autoritarismo suele transitar por cierta forma de humillación, es una manera de elegir a los leales, los seguidores, los obedientes. Resulta absurdo entender

cuáles fueron las virtudes que le encontraron a Néstor sus seguidores, más allá del poder que supo repartir entre ellos, lo cual alcanza para explicar demasiadas lealtades.

Perón fue una conciencia nacional capaz de integrar visiones diferentes en beneficio del pueblo. La juventud de los 70, en cambio, encarnó la idea de una juvenilia que se soñaba vanguardia e intentaba imponer un pensamiento del que carecían. Los intelectuales de Carta Abierta fueron una coincidencia forzada a partir de un espacio en el Estado; buena gente —al menos en su mayoría—, agradecieron el espacio de la cultura a cambio de asignarles a los Kirchner virtudes que nunca poseyeron. Néstor los miraba a la distancia, Cristina se dejó ganar por el halago, como esos críticos rentados que elogian una obra o un vino por obligación. A veces me enojaba y supe decir que dicha carta estaba abierta a la lectura, pero no a la comprensión. El setentismo carece de cuadros políticos dignos y está demasiado lejos del sentimiento popular peronista.

El general Perón era en sí mismo una carta abierta: tenía de genial que hablaba para todos, para que lo entendieran los sabios igual que los analfabetos. En su primera presidencia, cuando uno de los apremios que recibía era la presión sobre el peso, preguntó a la multitud reunida en la Plaza de Mayo: “¿Alguno de ustedes vio alguna vez un dólar?”. “¡No!”, le contestaron. “¿Y entonces, por qué se preocupan tanto?”. Con esas palabras, simples e irónicas, cuestionó al imperio y sus cómplices locales. Y los humildes, que vivían con pesos, lo entendieron perfectamente.

En cambio, leer las cartas abiertas me hizo sentir lo mismo que siento cuando intento leer algún libro de G. W. F. Hegel: el esfuerzo por comprender termina jugando en contra de mi capacidad de hacerlo. Interrogué a amigos de suma confianza, de esos pocos a los cuales uno puede revelarles sus limitaciones. ¡Qué alegría me dio enterarme de que ellos tampoco entendían, y en consecuencia no iban a intentar explicarme conceptos un poco menos valiosos que los de Hegel!

Si los intelectuales de Carta Abierta hubieran sido capaces de oponer un respetuoso apoyo crítico a la exigencia de lealtad de Kirchner, nos habrían hecho un mejor servicio a todos como sociedad, y sin duda

también a él. Existían tantas razones para defenderlo como exageraciones para cuestionarlo, y la ausencia de una intervención discutidora dejó un tufillo a blandura, como si no se hubieran animado a decirle algunas cosas que con toda libertad opinaban los taxistas y los verduleros. Algunos no lo hicieron porque tenían cargos, e importaba que preservaran espacios que merecían de sobra; pero otros arrastraban el exceso de crítica de otrora y exageraron la dosis del antídoto.

La historia según los Montoneros

Cuando hablo del exceso de crítica de otrora, pienso sobre todo en la reivindicación de la violencia como la superación del peronismo. Dos ejemplos son las concepciones de Horacio Verbitsky, en su libro *Ezeiza,* y de Miguel Bonasso, en *Diario de un clandestino.*

Verbitsky no reclama por la frivolidad con que la Tendencia Revolucionaria fue a Ezeiza con armas cortas o sin armas, pero a participar de un enfrentamiento no formulado (donde, típicamente, caen los inocentes expuestos): les echa la culpa a los organizadores, de López Rega al coronel Jorge Osinde, insospechables de progresismo. Tampoco Bonasso protesta porque, mientras él y otros preparaban la salida del matutino montonero *Noticias,* a cinco meses de gobierno democrático, la *orga* planificó y realizó la emboscada en la que murió José Ignacio Rucci. Escribió: "Llego a nuestras oficinas del diario en la calle Piedras 735 y comento con Goyo que para mí fue la CIA. A eso de las siete aparece Paquito [Urondo] y me saca del error con una novedad que me deja anonadado. 'Fuimos nosotros. Me lo acaban de confirmar'".

Los Montoneros eligieron un símbolo de la lealtad a Perón y lo mataron para demostrar poder. Con el asesinato de Rucci la violencia cambió de signo y ellos dejaron de ser energía creadora y pueblo esperanzado.

En aquel momento Firmenich decidió que de la posición que gozaba debía pasar a dominar la Argentina. Para eso debía ir más allá del peronismo. Rompió, entonces, con el pueblo; se enfrentó a Perón. Y, contra sus fantasías, provocó el suicidio del grupo. Pero trasplantar al presente aquella ebullición, que, en algún punto, superaba el gris liderazgo que podía llegar a ejercer Firmenich, es convertir la experiencia riquísima de Perón y su pueblo en un hecho secundario y causar —como se causó, por ejemplo, en 2008 con un sector

productivo como el campo— nuevas, inútiles confrontaciones.

Recuerdo que, a fines de 2000, cuando Bonasso presentó *Diario de un clandestino,* en el Palais de Glace, yo había estado con Cristina, Néstor y Alberto Fernández. Ella me dijo, con entusiasmo, porque todavía Bonasso pertenecía al círculo áulico kirchnerista: "¡Vamos!". Rechacé la invitación. Había leído el libro y me había quedado con una sensación amarga. Les narré mi interpretación, quizás exagerada de ese relato.

—Cincuenta alumnos viajan a Bariloche para festejar el fin del secundario, pero en el camino de ida el micro choca y mueren cuarenta y cinco —le dije a Cristina—. Con los años, uno de los cinco sobrevivientes escribe un libro contando lo bien que la pasaron. No siento ganas de ir a la presentación.

—Vos siempre tan agresivo —me respondió.

—No, no soy agresivo. De verdad no entiendo la posibilidad de este libro, porque pinta como épicas historias que en realidad fueron aciagas. Y, con la distancia que impone el paso del tiempo, eso genera incomprensión.

Esa tarde viví uno de mis mayores enojos con Néstor y Cristina: mi respetuosa diferencia ideológica con Bonasso, a quien considero una buena persona, y mi permanente distancia con Verbitsky, de quien siempre imaginé lo peor. Caminó tranquilo las calles durante la dictadura, oscuro personaje que cuenta revoluciones sin haber ido nunca preso. Siempre hubo un solo tema en discusión y era al servicio de quién estaba.

No puedo ver sino frustración en la experiencia montonera. Los resultados de su pretendida epopeya fueron nefastos. Pueden ser recuperados en la dimensión del testimonio personal, pero no desde la política. En la política solo alumbraron lo peor de cada sector.

Lo manifesté en su momento y lo he sostenido a lo largo de los años y, como nunca les escatimé solidaridad ni los delaté, me siento con derecho a decirles que el peronismo tiene un sustento ideológico sobrado que no necesitaba de ellos, que Perón les entregó lo que no soñaron en su vida (un lugar de privilegio en su movimiento) y ellos creyeron que estaban para más y lo boicotearon. Perón no pudo impedir que hicieran lo que harían después de su muerte, si ya lo

habían empezado cuando él aún vivía: en Ezeiza, con Rucci, en la plaza del 1° de mayo de 1974. Luego Perón murió y ellos fueron ultimados sin pena ni gloria, pero con mucho pueblo convertido en víctima con la excusa de la guerrilla.

Sin desmerecer la generosidad de aquellos militantes, lo que los sobrevivientes creen que aportaron no fue heroísmo sino demencia, que no le sirvió al país sino a la antipatria. Respeto a aquellos compañeros y amigos, aun en la contradicción política, pero me siento obligado a esta dureza porque más de un inocente joven va a terminar creyendo que en la Argentina hubo una gran gesta en los 70 y un tropiezo reformista en 1945, y esa interpretación no hace historia sino historieta.

Lo más atroz, y antipopular, de los Montoneros es su convicción de que la historia empieza cuando ellos llegan y termina cuando ellos se van. Se ve claramente en películas como *Cazadores de utopías,* de David Blaustein, y en libros como *La voluntad,* de Eduardo Anguita y Martín Caparrós. Ese encantamiento por el propio ombligo es ridículo: la historia empieza con el pueblo y la eternidad pertenece al pueblo.

La guerrilla solo poseyó entidad mientras estuvo aliada a Perón. Nunca conoció siquiera las inmediaciones del poder: sostener lo contrario —sostener que fue una amenaza para el mando hegemónico — es una manera de justificar sus acciones extraviadas, porque de lo contrario carecen de una explicación lógica para las bajas que tuvieron y esas muertes van al limbo del sinsentido.

Algunos atribuyen ciertos males políticos del presente a esas ausencias, militantes que conformaban lo mejor de una generación política. Es cierto, pero esos mismos militantes, y su dirigencia sobreviviente, produjeron pocos aportes de pensamiento político sostenible en los años duros. Hubo mucha inteligencia en los ámbitos armados, pero los vientos que llevaban a creer en la inminencia de la revolución afectaron la producción de ideas sobre la realidad.

Hasta allí uno puede entenderlos: su quimérica lucidez pasaba por buena bajo la luz distorsionada de la época. No corresponde seguirlos, en cambio, en la soberbia de hoy. Escucho que algunos niegan el asesinato de Rucci, cuando en aquel momento se vanagloriaron de ese bárbaro error, y comprendo cómo pudo haber sucedido la

multiplicación de muertes absurdas: en medio de la gran movilización de buenas voluntades, la ambición y la burocracia sustituyeron a los sueños.

Al no ser capaces de analizar la derrota, a los Montoneros les quedan jirones descabellados de ideas: Perón era reformista, Evita era revolucionaria, los militares eran intrínsecamente malos y ellos, desde luego, los buenos de la película. Esa sopa de letras jamás tendrá sentido porque omite que la conciencia pasa por el seno del pueblo y no por el seno de las élites. La dialéctica entre Perón y el pueblo es el diálogo más jugoso que dio esta sociedad. La plaza es el ser colectivo que genera un actor central —su líder— que contiene sus contradicciones: ese líder se despersonaliza en el pueblo y el pueblo se despersonaliza en el líder.

La guerrilla, hija de la oligarquía

Si hay dos grupos que no entendieron la historia argentina son la guerrilla y la oligarquía agropecuaria. Los peronistas nunca sembramos la muerte salvo por medio de los Montoneros, que en el fondo no eran más que una herencia de la oligarquía que bombardeó civiles para echar a Perón el 16 de junio de 1955.

Los liberales (que únicamente lo son en economía, porque en política temen la libertad) sostienen el disparate de que Perón inventó la guerrilla, cuando en realidad la inventaron ellos en los años de Onganía: destruyeron la universidad y empujaron a la juventud fuera de la sociedad, y en su búsqueda de un lugar, esa juventud se topó con el ideal de la violencia. Aquellos que, en esa salida heroica, abrazaron el peronismo, lo hicieron más por oportunismo que por convicción, porque el único camino para que las armas se encontraran con el pueblo era el peronismo. El Ejército Revolucionario del Pueblo se extinguió aislado, pero en coraje y en pelea fue igual o mejor que la guerrilla peronizada. Si tiene menos prensa que Montoneros, es precisamente por esa diferencia.

La guerrilla no heredó la violencia del peronismo de la resistencia; lo intentó, pero venció la voluntad de sustituir a Perón sobre la de incorporarse a su historia. No los convenció el peronismo: los convenció la violencia. Impulsaron la caída de la democracia y provocaron muertes inútiles para lograr, apenas, que la oligarquía sacara a la luz lo que realmente era: un conjunto de asesinos, asesinos de indios al conquistar desiertos, de anarquistas en la Semana Trágica, de revolucionarios en su final desesperado. En 1955 derrocaron al gobierno popular acusándolo de dictadura, en 1966 volvieron a usar su Ejército criado para pelear contra un fantasma que no se doblegaba, en 1976 sembraron el país de campos de concentración como último intento para detener el avance de los tiempos. Los golpes de Estado

fueron pasos previos a la masacre de Estado.

Gracias a la excusa que les proveyó la guerrilla, y a la incapacidad que mostramos los peronistas democráticos para cambiar la ruta hacia el abismo, los liberales mataron a los que soñaban y endeudaron a los que producían. Para que la oligarquía pudiera destruir a la Argentina peronista y degradarla en una colonia de la cual ser gerentes, la guerrilla contribuyó a generar el ambiente de caos por el cual buena parte de la sociedad encontró una coincidencia profunda con los verdugos. Hubo muchos que pegaron en su automóvil las calcomanías que decían “Los argentinos somos derechos y humanos” y “Achicar el Estado es agrandar la Nación”; muchos que celebraron el Mundial de 1978 como una evidencia contra la “campaña antiargentina”, ese nombre que inventó el régimen para su propaganda contra la denuncia del terrorismo de Estado en el exterior.

Raras las vueltas de la historia: el pensamiento de la vieja oligarquía quedó devaluado por su propia, última ferocidad; la guerrilla fue víctima de otra violencia inimaginable, revelando así su grave incomprensión del enemigo. Ambos, al intentar imponer sus proyectos por la fuerza, los vieron desaparecer en el intento.

Las armas son culpables de la postergación de la unidad nacional que Perón planteó con Balbín a su regreso. Ese acuerdo fue cuestionado por la violencia de la izquierda y por la violencia de derecha, cuando el pueblo se encontraba al fin habilitado en su identidad y a punto de conformar una nación sin que los demás actores cuestionaran su lugar. Por eso creo que cuando hoy se reivindica la guerrilla, aun cuando se plantea el heroísmo de los militantes, se cuestiona la razón fundamental del peronismo. Celebrar la guerrilla hoy es cuestionar a Perón, que los integró a la política solo a cambio de que abandonasen las armas y que los echó de la Plaza de Mayo porque se negaron a hacerlo. El actual triunfo retórico de la violencia como identidad de los 70 es la contrafigura del abrazo de Perón con Balbín, es el rechazo a la pacificación del país, lo más importante que Perón trajo en su retorno.

Si el liberalismo es la siniestra ceguera de los ricos y el peronismo un fenómeno de la clase obrera, la guerrilla es la expresión suicida de esa clase media que lucha por parecerse a la de arriba y no caer en la

de abajo. Para muchos fue más fácil pasar de pequeñoburgués a guerrillero que convertirse al peronismo. Decía Karl Marx que un anarquista es un liberal con una bomba, y esas palabras describen el proceso de buena parte de aquella juventud: muchos militantes pequeñoburgueses hallaron en las armas un salto de conciencia accesible. Simplificaron el camino, pero no se transformaron, y mantuvieron las contradicciones con Perón que tenían desde sus orígenes.

Hay más y mejores ejemplos políticos en la trayectoria de Rubén Cardozo que en la de Mario Firmenich. El Buscapié largó de lustrabotas, se probó en un club de fútbol, discutió la conducción del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), llegó a diputado, apostó a Carlos Menem cuando todavía valía la pena, sirvió como secretario de Estado y como embajador. Una alianza de mediocres de carrera, duchos en idiomas y agachadas, le hizo la cama con la sana intención de volverlo a su lugar de pobre y poco leído, y para peor peronista. Fue hallado culpable de empobrecimiento ilícito con deuda a sastre paraguayo, y revolucionarios respetables ordenaron el debido castigo. Para los seguidores de Firmenich, en cambio, el peronismo no es el vehículo de los Cardozitos sino un movimiento que nació cuando los estudiantes de clase media se volvieron guerrilleros, investigaron a Perón, descubrieron a Evita, acusaron a López Rega y quemaron sus días con mucho coraje y mucha ignorancia, sin entender la realidad del pueblo y dejando un tendal de muertes.

Fuimos una generación política que se consideraba dividida por las ideas pero, quizá, apenas estaba fracturada por la ambición. Entre los resentidos, los enriquecidos y los desaparecidos, mostramos un paisaje triste del que ni siquiera logramos extraer alguna sabiduría.

Hay quienes, con el tiempo, pudieron razonar y, sin perder sus principios, asumir sus errores. Sostuvieron vidas coherentes, se mantuvieron leales a la concepción revolucionaria, siguieron cuestionando y buscando senderos para aportar a una versión mejor del ser humano.

Hay quienes nunca aceptaron discutir el pasado y se amoldaron, demostrando de ese modo que nunca los guio otra cosa que el afán de protagonismo.

Esa es la diferencia entre un militante y un aventurero.

Los militantes son contados. Hubo, lamentablemente, demasiados aventureros.

La democracia versus la revolución

Dije el 1° de octubre de 1973 en *El Cronista Comercial,* cuando todos los diarios ardían de declaraciones sobre el asesinato de Rucci: “Es imprescindible diferenciar antes y después del 25 de mayo. Antes del 25 de mayo, con un gobierno militar, nuestro jefe, el general Perón, definió claramente el papel de las formaciones especiales, parte integrante del Movimiento Peronista, y el movimiento fue solidario además con la totalidad de los combatientes. Era la violencia contra la opresión. La mayoría de esos compañeros se ha integrado hoy al proceso de reconstrucción nacional, y si una minoría externa al movimiento continúa con ese método se convertirá —por encima de sus objetivos— en un agente de los enemigos del pueblo”.

Hoy no agregaría una coma. El tiempo demostró que el problema consistía en que, para la guerrilla, la democracia simbolizaba apenas una etapa liberal a superar en el camino hacia el socialismo. Los Montoneros no entendían que esa democracia era la revolución que quería el pueblo y que las armas carecían ya de justificación, sobre todo en manos de quienes formaban parte del gobierno. Pero les resultó demasiado complejo pasar de la clandestinidad a la participación pública por el camino de los votos.

Gozaron de una enorme cuota de poder político: Perón les había entregado la conducción del partido, por medio de Juan Manuel Abal Medina, el hermano de Fernando; los integrantes de la fórmula presidencial, Héctor J. Cámpora y Vicente Solano Lima, eran sus aliados como varios gobernadores, entre ellos los de Buenos Aires y Córdoba; tuvieron ministros y diputados. Y aun así eligieron la violencia. De este modo fue quedando vacío el campo de la democracia, que era el único camino hacia una sociedad más justa.

Si el asesinato de Aramburu marcó el ingreso de sus gestores al mundo de afectos del peronismo, el de Rucci signó el fin de ese idilio.

No los desalojó la derecha del movimiento, no los utilizó Perón para cerrar su exilio: sus propios actos los fueron marginando. Perón le había asignado a la juventud un papel protagónico; tanto que hablaba de la necesidad de “una generación de emergencia o de excepción”. Él quiso saltar una generación porque la anterior venía marcada por la burocracia sindical; a cambio de una cuota de poder, pidió que la juventud esperase, salvaguardando de esta manera a sus cuadros de recambio de un desgaste innecesario que podría llevarlos a su propia destrucción. Pero los Montoneros querían todo, y al perder lo que tenían se quedaron con nada.

Muchos discutimos con ellos, sin llegar a conclusión alguna, sobre la importancia de la democracia y los riesgos de la violencia; debates regados de palabras sublimes como *revolución, militancia, heroísmo, entrega, utopía.* Recuerdo que Gelbard, poco después de la muerte de Perón, solía lamentar acongojado que su papel como ministro le hubiera impedido trabajar para evitar la ruptura entre Perón y los Montoneros. Pero los voceros de una democracia por consolidar terminamos confrontados por quienes poco antes habían enfrentado a la dictadura junto con nosotros.

En otra coincidencia entre la guerrilla y la oligarquía, tanto los ricos como los revolucionarios despreciaron la política: unos porque, con el poder económico, decían no necesitarla; los otros, blanqueados en sales de pureza, la consideraban un engaño al pueblo que, de alguna misteriosa manera, suponían representar. Entre los sueños de los violentos y los proyectos del enemigo se creó un ideario en el cual los defensores de la democracia aparecíamos como retrógrados o ineficientes.

Como parte de sus fuertes conflictos con la realidad, los Montoneros no se llevaron bien con la política. Quisieron ponerle un cerebro al peronismo, partiendo de dos premisas falsas: que el peronismo no tenía cerebro y que ellos tenían uno muy apetecible. Vieron en Perón el instrumento que les permitió ser populares, pero siempre denostaron al general y su vínculo con el pueblo: pensaban que podían manejar al “Viejo”, como lo llamaban, a veces con cariño y con un hondo sentimiento de superioridad.

No les importó que Isabel, en lugar de Balbín, ocupara la

candidatura a la vicepresidencia cuando se conocía la fragilidad de la salud de Perón: estaban convencidos de que la democracia era solo un *intermezzo* y por eso no votaron en el congreso partidario que realizamos en el Teatro Cervantes. Podríamos haber peleado por la fórmula Perón-Balbín, y hasta ganado, si hubiéramos sido más para oponernos a Norma Kennedy y los cuatro fantoches que la acompañaban. Pero los Montoneros se negaron a votar con nosotros porque tenían órdenes de no dilapidar energía en pavadas burguesas, ellos que de un momento a otro encabezaban la revolución. El encumbramiento de Isabel y quienes la rodearon fue el resultado, en buena medida, del desprecio que una generación política sintió por la democracia.

Desde las exequias del General hasta el golpe de Estado, solo la agonía del sistema definió los objetivos y las voluntades. Los debates, escritos y orales, fueron el centro de nuestras vidas. Muchos militantes repetían el dicho atribuido a Lenin: “Cuanto peor, mejor”; otros tantos veían en las instituciones republicanas un obstáculo para la confrontación final entre el pueblo y las Fuerzas Armadas. Mis mejores amigos pertenecientes a la conducción de Montoneros y del ERP me decían: “Tenemos que definir el golpe porque la democracia es un límite para nuestro accionar hacia el socialismo”. Los cultores del fratricidio nos trataban con desdén a los que le poníamos fe a la participación popular dentro del sistema. No fueron razones de influencia política o exigencia de los poderosos las que cerraron el juicio a la democracia: el golpe de 1976 explica demasiado sobre aquellos días preñados de conflictos —cada mes merecía la memoria de un año— durante la agonía de Isabel.

El peronismo está vivo y vigente; los Montoneros, en cambio, se sostienen como páginas de ese relato al que ni siquiera le demuestran gratitud cuando, por ejemplo, denuestan a Perón para ensalzar a Cámpora. Durante las experiencias que compartí con los revolucionarios, amigos y compañeros de ruta en algunos momentos, aposté a que juntos haríamos un país más justo. Me sentí con cierto derecho a exigirles a aquellos que terminaron en la conducción de la guerrilla que mostraran la lucidez necesaria para no llevarnos a un callejón sin salida. Sin embargo, el elitismo se los tragó.

Seguimos pidiendo que los militares rindan cuentas por sus crímenes aberrantes. La reapertura de los juicios fue un logro del kirchnerismo.

Ahora falta que los sobrevivientes se pongan a la altura de la memoria de los desaparecidos y formulen una explicación al pragmatismo de los militaristas que redujo el lugar de la política hasta dejarnos a la puerta de una devastación previsible. Condenar a los militares asesinos no puede servir de excusa para evitar la autocrítica. Siempre que nos acercamos a algún tipo de debate en serio, pareciera que la realidad se rebela para decirnos que eso está fuera de lugar. Cada vez que la conducción que sobrevive intenta recuperar protagonismo solo logra revivir las miserias de su falta de talento y de grandeza. ¡Es tanto más fácil la demagogia negadora que la búsqueda de la madurez en la relación con la sociedad! Pero, si no se intenta el camino de la autocrítica, dejamos al margen de la cosa pública a un sector político que puede hacer su aporte al presente.

Teoría del poder

Como en toda estructura humana, en los grupos revolucionarios existió una atracción combinada de las ideas y del poder. Son más los que hablan sobre la importancia de las ideas en los 70; quedan mejor, pero dejan inexplicado por qué las organizaciones a las que pertenecieron cometieron errores fatales precisamente luchando por el poder.

No podemos pedir a las Madres, con su dolor, que nos lo expliquen; su compromiso político ha sido suficientemente balsámico para esta sociedad malherida. Tampoco podemos pedírselo a los jefes montoneros, no porque sea improcedente sino porque la tarea les quedó grande y no han hecho más que desarrollar las culpas ajenas para explicar cómo están vivos. El ERP sostenía “Revolución o muerte”: revolución no hubo y sus jefes entregaron sus vidas por la causa, resistiendo a la dictadura. En Montoneros, en cambio, los capitanes se salvaron enviando a la muerte a los marineros, primero al exponer sus frentes de masas con el insensato pase a la clandestinidad de 1975 y luego organizando el degolladero que fue la contraofensiva de 1979 y 1980, consecuencia de la cual se perdieron valiosos militantes que habían logrado sobrevivir en el exilio.

Debemos, entonces, los testigos y los militantes que conserven la coherencia, comenzar por rememorar que, junto con la mística de la revolución que todo militante llevaba en sus alforjas, también iba la descarnada lucha por el poder.

Una pasión por el poder marcó a los revolucionarios de los 70 y sigue definiendo a sus sobrevivientes; en algunos casos una pasión desmedida e injustificable. La diferencia con el presente consiste en que mientras ayer se arriesgaba la vida en la competencia, hoy tan solo se corre el peligro de un proceso judicial por corrupción.

El concepto de poder ha acompañado la ambición de muchos, como un objeto de deseo que emula el paraíso en la tierra. Se lo buscó en las

urnas, en el dinero, en las ideas y en las armas. Siempre se mostró esquivo a casi todos, tanto para lograrlo como para interpretarlo.

La teoría de la dependencia lo ubicaba en los deseos del imperio, de los cuales surgían nuestros designios económicos, políticos y culturales. En 1946, cuando el Departamento de Estado norteamericano se alineó con las fuerzas de la Unión Democrática contra Perón, él encontró en el embajador de Estados Unidos, Spruille Braden, la cifra para condensar una explicación del enfrentamiento y obtener el consenso que lo llevó a la presidencia. Y en los 70, cuando la guerrilla buscó solidez ideológica en el marxismo, encontró prefabricada la alianza de fuerzas contrarias: el imperio, la burguesía local y las Fuerzas Armadas. Se olvidó de la relación del pueblo con Perón, y perdió entonces, de una vez y para siempre, el mapa hacia el poder.

Alfonsín solía decir que mientras los radicales ejercían el poder como inquilinos, los peronistas lo hacíamos como propietarios. Expresaba acaso una diferencia de clase, entre la recatada clase media y la campechana clase baja. Lo cierto es que, sea por sentirse dueño o por la doctrina de su fundador, el peronismo es una escuela de poder: tuvo presidentes, gobernadores, intendentes, ministros, senadores, diputados, legisladores comunales, sindicalistas, numerosa gente que manejó diferentes manifestaciones del poder y tomó decisiones que afectaron los asuntos públicos.

La aproximación de la guerrilla argentina a una teoría del poder basado en las armas abrevó en proyecciones desviadas del mensaje del Che Guevara, cuya acción se había limitado a una isla y una revolución irrepetible, y de las acciones del sabio Ho Chi Minh y su estratega genial, el general Giáp, en Vietnam. Fuentes muy dignas de estudio, pero guardaban poca relación con el teatro en que nuestros revolucionarios intentaban actuar. Por eso quienes teníamos una formación política, y hasta un poco de madurez personal, no caímos en ese desatino.

En los comienzos, cuando la *orga* era chica, las ambiciones parecían limitadas a lo que marcaba el idealismo. Con el crecimiento se fue generando una turbia lucha interna, incitada por la conducción. Había militantes con y sin jinetas. Había grados de participación que

funcionaban como señales de ascenso. Había más estímulos para ser guerrero que para ser político y así la obediencia ocupó el lugar del intercambio de ideas. ¿Qué país querían los Montoneros? ¿Qué visión del futuro tenían? ¿De qué manera pensaban ejercer el poder? Apenas si sabemos fragmentos de respuestas, y por cierto no resultan a la altura del sacrificio de vidas cobrado.

Recuerdo, por ejemplo, que mis pares de la Tendencia Revolucionaria criticaban a Gelbard en la Cámara de Diputados porque ellos tenían concepciones de mayor nivel. (Algo que, años más tarde, desmintió *Eutopía*, la tesis de doctorado en Economía de Mario Firmenich). Aunque rechazaba la violencia muchos me trataban como amigos, ya que habíamos compartido intensas historias, pero siempre expresaban las diferencias que, a sus ojos, los hacían superiores: ellos eran revolucionarios y yo un pobre reformista engañado por los espejismos de Perón.

Nunca terminaron de entender que el ejercicio del poder exige un ajuste entre las mejores ideas y las complejidades de la realidad. Ni con la sofisticada tecnología satelital del GPS los Montoneros hubieran llegado al poder.

El precio de la locura

Afirmar hoy que los más duros son los más revolucionarios es un infantilismo que no resiste el menor análisis. En los 70, sin embargo, el aserto sonaba tan aceptable que dio base ideológica a la etapa.

Y como en esa dureza se filtraba la muerte —la propia o la ejecutada a terceros— se hizo menester no mirar atrás: para huir de la culpa se inventó el fanatismo. Un fanatismo que llevó a los grupos armados a perder contacto con la realidad a punto tal de creer que el enemigo era más débil en el campo de las armas que en el de la democracia. Construyeron un ejército irregular para dar cauce a la violencia, sin comprender que ese era el costado más fuerte del enemigo. Era como elegir un par de guantes para enfrentarse a Cassius Clay: yo hubiera preferido un tablero de ajedrez, porque en el boxeo me cabía la seguridad de perder con todo.

Cuando un pueblo sacrifica vidas por una causa noble y alcanzable, inclusive la derrota tiene una explicación que la psiquis humana puede asimilar. Pero el objetivo de los Montoneros era imposible: no podían, ni remotamente, llegar al poder abandonando la política y sosteniendo las armas. Formar un guerrillero en lo ideológico y lo militar llevaba meses; pagarle un sueldo a un joven y darle un arma tenía costo nulo para la oligarquía por medio del Estado. El Ejército podía disponer de cinco mil soldados que mataban en diez días a los cincuenta cuadros que una *orga* había formado en diez años.

En aquellos años mantuve distintos contactos con dirigentes de Montoneros para discutir en forma amable sobre el futuro de la política. Me resultó imposible en cada ocasión: se habían cerrado en torno a la hipótesis de la violencia y no podían aceptar otros argumentos. ¡Tantas veces sentí que mi interlocutor no me escuchaba, que su decisión era inmodificable, que el alcance de mis palabras se desintegraba de mi boca a sus oídos! Era como hablar frente a alguien

que me prestaba la cara, pero se resistía a escuchar, con la cabeza clausurada desde mucho antes, en algún momento en el que se sintió tocado por una verdad revelada. Ya bastante con que me atendieran, supongo: los guerrilleros necesitaban mirarnos desde algún lugar superior, como una aristocracia semejante a los cruzados, como una minoría imaginariamente elegida.

Esos esquemas de pensamientos sin fisuras convirtieron a los grupos revolucionarios en sectas donde el afuera se volvía inaccesible para que en el adentro floreciera una demencia suicida que ocupase todos los espacios. A tal punto el que estaba dispuesto a entregar su vida parecía hacerse dueño de las ajenas que muchos militantes fueron enviados a tareas imposibles, a sabiendas de que no saldrían vivos, por expresar diferencias políticas. La decadencia cobraba formas atroces. Desde esos casos —como el envío de un cuadro superlativo como Paco Urondo a Mendoza, donde lo emboscaron, se tragó la pastilla de cianuro y fue secuestrada su mujer— hasta la contraofensiva, Montoneros no cometería sino errores que dejaron serias dudas sobre la transparencia de sus jefes y ninguna sobre su falta de lucidez.

Hasta el golpe, año a año los caídos suman cifras *in crescendo,* pero asimilables al riesgo propio de la revolución. Luego ("las Tres A son hoy las Tres Armas", escribió Rodolfo Walsh en su *Carta Abierta a la Junta Militar,* poco antes de su secuestro) ya todo será desborde y cacería, genocidio. La lacra humana de los represores fue más lejos de lo que nadie imaginaba, pero esto no elimina el cargo de conciencia de los dirigentes que no supieron cuidar las vidas de sus militantes. Uno de ellos —todavía vive, impenitente— reiteraba la ecuación nefasta que le sonaba como una muy ingeniosa reelaboración de la frase de Perón "entre la sangre y el tiempo, elijo el tiempo": cuanta más sangre, creía este montonero, menos tiempo hasta llegar al poder. Curioso: se cuidó de poner la de él.

A riesgo de ser reiterativo, digo que sin equiparar guerrilla con terrorismo de Estado no podemos ocultar ante las generaciones futuras la mediocridad de una conducción montonera que nada tiene para rescatar. Pienso, por ejemplo, en un sector que provoca una importante fractura luego de la expulsión de la Plaza de Mayo, el 1° de mayo de 1974, y que había manifestado su disidencia desde el

asesinato de Rucci, meses antes: la JP Lealtad, de Carlos Maguid, en la que participaron históricos como José Amorim, gente que provenía de la Juventud Argentina por la Emancipación Nacional (JAEN) y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), cuadros intermedios y hasta dirigentes de los frentes de masas. Ellos, que se cansaron de la mirada de Firmenich sobre Perón, separaron de la Tendencia Revolucionaria un 30 por ciento de sus cuadros y los reintegraron al movimiento. Y así los rescataron de una muerte segura.

Para los Montoneros fueron traidores que merecían el mismo castigo que cualquiera que se escapa de la mafia. Para los que nos reunimos con ellos en decenas de ocasiones, intentando armar una estructura política (pero ya muy poco se podía hacer), fueron la explicitación de todas las dudas que pesaban en silencio en miles de militantes que sentían que habían perdido una comunicación normal con la sociedad.

Los peronistas sacaban las cuentas y encontraban que siempre les salían mal: si Perón había desarrollado un proyecto de inclusión que la oligarquía interrumpió en 1955 y declaró muerto en 1966, pero que en 1973 se volvió a intentar de la mano de su creador, ¿por qué la violencia supuestamente peronista intentó discutirlo? Perón volvía a proponer la integración popular con paz, democracia y sindicatos, y los Montoneros lo objetaron —como lo objetó la oligarquía— con el planteo del socialismo.

Desaparecieron los políticos más lúcidos. Y la infamante dirigencia que se salvó envió al resto de los mejores militantes a una contraofensiva que, según Firmenich, terminaría con el régimen, pero que en los hechos entregó a los combatientes en las fauces voraces de la represión. Como no se trata de casos aislados sino de un plan, me permito afirmar que Firmenich le provocó tanto daño al peronismo como López Rega. Con la estructura diezmada y las calles tomadas por los grupos de tareas de la dictadura, la conducción que Firmenich encabezaba decidió esa operación famosa y horrible que costó más vidas que las que él reconoce hoy en día. La contraofensiva no tiene otro lugar en la historia que el regreso a la Argentina de decenas de cuadros para que fueran liquidados sin pena ni gloria, sin posibilidad siquiera de hacerle cosquillas al enemigo. De nada sirvieron las muertes de mis amigos Oscar De Gregorio y Horacio Mendizábal en

esa acción alucinada, ni la de mi amigo Norberto Habegger en su planificación, poco antes.

Al contrario, sus presencias hoy aportarían un valor con el que no podemos ya soñar.

El fin del militante

Fueron hijos del desierto que dejaron los ricos al expulsar y eliminar a los pobres. Se alimentaban de ilusiones y poseían la sonrisa de los dueños del futuro. Modelaban el mundo por las noches, en dosis iguales de cultura letrada y experiencia popular; lo salían a forjar cada mañana. Habían sido educados para gerentes de los ricos, pero decidieron ser conciencia con los humildes. En su ambición de trascender, el egoísmo se les convertía en entrega absoluta y se olvidaban de sí mismos. Saboreaban el esfuerzo y el sacrificio, porque la vida era para ellos un sueño, nunca una herida absurda. En su amor por la justicia hallaron una razón para vivir: revertir la realidad de los necesitados, dar vuelta la historia aunque pareciera imposible. Su vida no tenía presente: transcurría en la víspera del mundo nuevo que estaban por lograr.

Algunos se imaginaron capaces de conducir a sus pueblos, pecaron de soberbia.

Otros se insertaron entre los que sufrían y supieron acompañar sus esperanzas.

Se los conocía con el nombre de *militantes.*

A diferencia del aventurero —que elige vivir peligrosamente, según André Malraux—, el militante elegía el anonimato para entregar su vida por una causa. Jean-Paul Sartre, en el prólogo al *Retrato del aventurero,* de Roger Stéphane, describe a los tres de los que se ocupa el libro —el mismo Malraux, T. S. Lawrence y Ernst von Solomon— como los últimos de su especie, porque a ellos los sucedería el militante del pueblo, el que pone al conjunto sobre el individuo. El nombre, esa forma de egoísmo tan adecuada al hedonismo del aventurero, desaparecería en esta figura anónima y abnegada.

Los militantes eran seres especiales, modelos del hombre nuevo. Servían a una causa como soldados y, aunque esa causa era rebelde,

les exigió que mataran su rebeldía. La revolución armada requería obediencia y la obediencia implicaba la eliminación del pensamiento. No era fatal que así pasara; el militarismo que infiltró a las organizaciones pudo no haber triunfado sobre la pasión y el ansia de superación de los militantes. Pero sucedió y así comenzó el fin. Recuerdo la impresión severa que me dejó la visita a los presos políticos en la cárcel de Rawson, pocos días antes de que la democracia recuperada los liberase: encontré tanta renuncia intelectual, tanto sectarismo, que pensé que esos muchachos jugaban su vida como el policía de la esquina y la ideología demandaba otra cosa.

A muchos los llevó la muerte. A medida que el militante anónimo se endurecía y alzaba contra la política, se convertía en un guerrero que no entendía —ni falta que le hacía: le bastaba con acatar órdenes— que quien sostuvo la Revolución Cubana fue Fidel Castro, mientras el Che Guevara moría en Bolivia, o que la larga marcha de Mao fue una retirada inteligente y homérica para sobrevivir. Creían que la virtud radicaba en ser vanguardia y eso facilitó que los asesinos de la dictadura se lanzaran a la cacería.

En 1983, cuando un civil elegido por el pueblo volvió a la Casa Rosada, yo recuperé esa palabra perdida siete años antes. Hasta mediados del gobierno de Alfonsín creí que el militante era posible todavía, pero cierta primacía del pragmatismo me fue corrigiendo la impresión. Los intereses económicos que habían mantenido buenas relaciones con la dictadura salieron a buscar individuos que los ayudaran en esa nueva etapa de relaciones públicas para defender sus intereses. Surgió, inclusive dentro del radicalismo, la figura del operador político. Se trataba de niños de pecho en comparación con lo que veríamos después, pero demostraron que el corazón revolucionario había sido derrotado. El militante había sido un delegado del pueblo que se acercaba a la política para jugar su vida en esa representación; el operador, en cambio, nacía como un intermediario entre el poder político y los negocios que lo necesitaban para florecer. El que ofrecía la vida en los 70, a fines de los 80 pedía unos pesos.

Ese cambio terrible fue, en alguna medida, consecuencia lógica de la

masacre: el sacrificio por una revolución frustrada los arrastraba al otro extremo.

La lista sábana llevó a un montón de operadores detrás de un rostro. Hubo compañeros que apenas probaban el sillón de un cargo se olvidaban de sus viejas relaciones y se montaban en la soberbia del poder, convencidos de que habían nacido del repollo menemista. Pragmáticos, asumieron que la ganancia era inherente al sistema capitalista y se acomodaron como intermediarios entre lo privado y lo público para medrar en esos espacios. No tenían partido ni fidelidades ideológicas, solo parientes y amigos oportunistas. El universo de la política y el sindicalismo permitió el enriquecimiento de muchos de ellos.

En dos ocasiones atravesé coyunturas de despedidas oscuras, dos fracturas de mi estructura de relaciones para las que no estaba preparado: la rara sensación de ir marchando junto con otros, en un grupo amplio y unido por afectos, y descubrir que de pronto y a poco de andar estábamos enfrentados. La primera fue la grieta que se abrió, como en un terremoto violento, en el suelo bajo mis pies y los de aquellos que elegían la violencia: la separación de mis amigos en los 70. La otra, sin héroes, fue el alejamiento de aquellos que ascendían de clase social súbitamente, hombres que pasaban de vivir en un departamento de tres ambientes a tener un piso con garaje para cuatro automóviles y que me consideraban un testigo ingrato del campeonato de agachadas que había conducido a su enriquecimiento: la separación de mis amigos en los 90.

Inclusive hubo algunos, escasos pero reales, que en los 70 pasaron a la clandestinidad revolucionaria y en los 90 al solemne y respetuoso ocultamiento de las riquezas mal habidas. Parafraseo a Marx: habían vivido la tragedia al intentar hacer la revolución y veinte años después vivían el enriquecimiento como esperpénticos personajes de comedia.

La distancia del militante al operador fue tan corta como infinita.

Cuando me convertí en dirigente universitario, a los veinte años, pensaba que lo importante en la vida era llegar a cumplir sesenta sin despreciar lo que había soñado en la juventud. Todavía no imagino otra forma de coherencia. Me equivoqué muchas veces, pero mantengo una mirada no solo tierna, sino respetuosa, por aquel que fui a los

veinte.

Creía entonces que la violencia no era el camino hacia el poder y busqué en el peronismo una posibilidad de realización para las consignas de cambio que me politizaron. Creo hoy que levantar la causa de los derechos humanos no alcanza para reivindicar a los desaparecidos y que necesitamos afrontar este debate para entender, entre otras cosas, por qué el militante dejó su lugar al operador. Sin esa autocrítica, la experiencia de los 70 quedará como una pérdida y no ayudará a que otros retomen, a su manera, un camino de transformaciones.

Generación de excesos, la mía: en los 70 ofreció una entrega exagerada en nombre de la ideología y en los 90 se enamoró exageradamente de los lujos con base en una complicidad cínica.

No podemos acostumbrarnos a esas consecuencias de no haber podido hacer la revolución, represente esta palabra lo que haya representado para cada uno de nosotros. Si la enorme cantidad de vidas perdidas careció de sentido en su momento, debemos dotarla de nuevos significados para que podamos construir un porvenir en el que no nos cause vergüenza evocarlas.

Apéndice

HAGAMOS LA POLÍTICA, NO LA GUERRA

Memorias de la gestión pública

La política abre un espacio para todos aquellos que nos sentimos capaces de superar las ambiciones personales en beneficio de la comunidad en su conjunto. Resignarse a que la política combine gobernantes que roban pero hacen y ciudadanos que los acusan pero los votan equivale a firmar el certificado de defunción de una sociedad. Si algunos confundieron esta pasión con el idealismo suicida o con la inescrupulosidad disfrazada de pragmatismo, otros podemos contribuir a que superemos esa desgracia y recuperemos lo que la política en serio es: la vocación de un sector por pensar el destino de todos.

Aunque no siempre nos vaya bien. Así ha sido en mi experiencia. Pero siempre he preferido corregir el rumbo para insistir en la búsqueda de un país mejor antes que resignarme a dejar de soñar.

Formé parte del gabinete de Carlos Menem con la ilusión de que haríamos un país nuevo y durante el primer tiempo de su gobierno hubo motivos para creerlo. Mi papel al frente de la Secretaría de Cultura consistió en reafirmar la identidad nacional y apoyar diversas iniciativas que surgieron de la energía riquísima de los múltiples creadores que tiene nuestro país. Creía que sostener las iniciativas de la cultura popular era una política peronista. Porque cuando un gobernante cree que gestionar la cultura es poner a una estrella en la avenida 9 de Julio, gasta un millón de dólares y deja de apoyar a quinientos teatros vocacionales que constituyen el nervio de nuestra vida cultural. Con ese criterio fui el gestor de la Academia Nacional del Tango, institucionalicé el Ballet Folklórico Nacional y reinauguré la obra de la Biblioteca Nacional, que finalmente se terminó.

En sus comienzos Menem expresaba peronismo. Porque así como soy testigo de su apuesta a lo nacional por medio de mi gestión, también en lo económico intentó seguir el camino peronista del que

fueron emblemas Miguel Miranda en 1946 y José Ber Gelbard en 1973, al incorporar a la burguesía nacional que en ese momento representaba Bunge & Born.

Durante el gobierno de Raúl Alfonsín el grupo económico mantuvo un fuerte *lobby* desde su sede en la calle 25 de Mayo, con paseos en el yate *Bahía* de José María Menéndez, donde distintos políticos conversábamos sobre el país, y con asados en un caserón del barrio de Belgrano donde conocí a Mario Hirsch, quien me relató sus ciclos de enfrentamientos y acuerdos con el peronismo hasta el golpe de Estado de 1955. Su discurso fascinante me recordaba las intensas conversaciones tenidas con Gelbard, las discusiones con el desarrollista Rogelio Frigerio en el restaurante Veracruz, los diálogos con Manuel Madanes en su oficina de Fate. La vida me permitió conocer a los grandes ricos que privilegiaron la producción sobre la especulación. Don Mario fue el último jefe de la burguesía industrial de nuestro país: con su muerte se acabó el proyecto industrial.

Antes de la asunción de Menem, a mis diálogos con los gerentes de Bunge & Born en la sede del microcentro se sumaron Rubén Cardozo y Julio Corzo, dos amigos personales del presidente electo, y sindicalistas como el gastronómico Luis Barrionuevo y el mecánico José Rodríguez participaron de desayunos de trabajo junto a Pedro Sever y Orlando Ferreres. Lo cierto es que en un encuentro del instituto empresarial IDEA, en Bariloche, se consolidó la relación con el grupo y se comenzó a mencionar nombres para el Ministerio de Economía. Ya en los tumultuosos finales de Alfonsín, el Departamento de Estado norteamericano y varios organismos internacionales habían advertido que la seriedad de Bunge & Born era garantía para iniciar diálogos sobre la emergencia que atravesaba el país.

Así fue como Miguel Roig, sin siquiera conocer a Menem, se convirtió en ministro de Economía. Lamentablemente murió en el proceso y su sucesor, Néstor Rapanelli, jugó un triste papel. Luego llegó Domingo Cavallo y con él se terminó el programa peronista en el gobierno de Menem. La doctrina liberal abrió paso al endeudamiento sin fin y la miseria. La tesis central de Cavallo era disolver el poder del Estado regalando sus empresas y terminar con las regulaciones para permitir a los grandes grupos económicos quedarse con todo lo

rentable y terminar para siempre con la clase media. Hasta dónde era enfermedad ideológica o corrupción intelectual, es algo que queda para los psiquiatras. Los resultados de empobrecimiento están a la vista.

Durante el primer peronismo, Miranda impulsó la industria que se llamó Flor de Ceibo, por la flor nacional, que nació para sustituir las importaciones cortadas por la Segunda Guerra Mundial. En los 70 Gelbard expresó el aluminio y la informática, la modernidad industrial del momento. Cuando asumió Menem, Bunge & Born reunía alimentos, metalurgia y química, entre otras bases imprescindibles para un país que aspirase a ser productivo. Pero esa alianza no se pudo mantener y se impuso la vieja idea de los antiperonistas que remataron el patrimonio nacional con la coartada del ahorro público. El resultado se ha perpetuado: la población de marginados, la inseguridad para todos, los planes sociales que no solo cuestan más que los empleos públicos eliminados, sino que convierten en rehenes políticos a quienes los reciben. Además, las regalías se las llevan las empresas (en buena parte, españolas) mientras los gastos corren a cargo del Estado argentino. Alguna vez habrá que sacar la cuenta de cuántas veces las ganancias reales de las privatizadas multiplicaron las supuestas inversiones que hicieron los beneficiados por el desguace del patrimonio nacional.

Si Menem buscó una vertebración con el poder económico a la vez que un acuerdo con los humildes, en menos de dos años se olvidó de los principios del peronismo. Su operador de confianza Eduardo Bauzá se encargó de comprobar las lealtades; según los resultados, los funcionarios quedamos divididos en dos grupos: los que ocupábamos lugares públicos y los que se acostumbraron a repetir que Menem era un genio y ocuparon lugares de poder. Yo, que había entrado a la militancia mientras me ganaba la vida en el taxi o en el Mercado de Abasto y aportaba una cuota mensual para mantener mi grupo político, me encontré rodeado de individuos que preguntaban "¿Qué hay para mí?", o se acercaban a una reunión donde olían negocios con el pedido "No me dejen afuera, ¿eh?". Mi identidad como peronista quedó al borde de la disolución: ¿qué tenía que hacer yo en semejante grupo humano, entre Guido Di Tella y sus relaciones carnales, la

rematadora de bienes públicos María Julia Alsogaray y el gorila Domingo Cavallo?

Cuando advertí que el cambio era tan drástico como definitivo, me fui con un consejo que resultó premonitorio: “Si siguen así no van a poder caminar por la calle”. Distanciado del pasado peronista y lanzado al imaginario de los ricos y famosos, Menem transformó *La Comunidad Organizada* de Juan Domingo Perón en el negocio organizado: el origen de la corrupción necesitó de la muerte de los paradigmas, del salto de una sociedad de utopías a una sociedad de lucro. El nacimiento de la sustitución de la política por la farándula fue muy pensado. La corrupción había comenzado con la inocencia de César “Chacho” Jaroslavsky, quien había elegido como herederos a un grupo de jóvenes más atraídos por el empresariado que por la política.

Me llevé la desilusión a casa y las pocas colaboraciones que realicé luego de mi renuncia (seminarios en el Instituto Nacional de la Administración Pública, INAP, o reuniones de asesoramiento a Carlos Corach con Moisés Ikonicoff, José María Vernet, Jorge Triacca y Juan Carlos Mazón) se terminaron rápidamente por el desgaste que implicaba expresar diferencias con Menem.

El poder económico encontró en Menem al líder soñado, alguien que lograba el voto de las masas peronistas empobrecidas y actuaba en beneficio de los ricos según la ridícula teoría liberal de que la riqueza se derrama desde los de arriba hacia los de abajo. Ningún golpe militar les había ofrecido tanto, al punto de que Menem se abrazó con el almirante Isaac Rojas, enemigo decidido a vencer o capitular, pero jamás acordar.

Mientras Menem peleaba contra la sombra de Perón, y perdía, el capital extranjero ordeñó hasta la última gota de la economía nacional. La desafortunada frase “Ramal que para, ramal que cierra”, sobre la resistencia a la privatización de los ferrocarriles (que implicó la pérdida de 27.407 kilómetros de vías con sus estaciones y el despido de 85.000 trabajadores), es el epítome de la concepción Menem-Cavallo: coches para los ricos y que los pobres no viajen más. Esa dupla utilizó el voto de los humildes para convertirlos en marginales.

Trabajé en el equipo del Partido Justicialista (PJ) durante la campaña presidencial de 1999, a cargo de las relaciones políticas del

candidato Eduardo Duhalde. Vi en él, que personalmente siempre me provocó rechazo, la vía posible para salir de la traición menemista. Cristina Fernández de Kirchner trabajó en las propuestas sociales de aquella campaña. Durante la crisis de 2001 nuestras charlas se hicieron más frecuentes y fuimos cultivando una linda relación, porque además ella y Néstor vivían a pocas cuadras de mi casa.

Kirchner me parecía mucho más que Duhalde, y la crisis institucional me permitió que en 2003 lo apoyara contra Menem. Hasta Menem había lucha interna en Capital, con Néstor todo termina en su concepción autoritaria. En eso Néstor fue hasta peor que Menem.

Él, obsesionado por el poder, creía que la jefatura tenía servidores y no pares. Le resultaba insoportable no tener razón. Recuerdo que en una de las muchas conversaciones previas a su asunción discutimos delante de Alberto Fernández sobre qué características no podían faltar en un gobierno:

—El talento es imprescindible —le dije.

—No. Lo único imprescindible es la obediencia —me contestó.

—¿Vos me decís que si quiero escuchar, suponete, el *Concierto para piano N° 3* de Rachmaninoff, en vez de buscar la versión de Martha Argerich le tengo que pedir a tu sobrino, que estudia música, que venga y lo toque?

—Mi sobrino va a tocar como yo quiero.

De esa visión se derivó una virtud: él tenía claro que los ministros de Economía debían obedecer al poder político, a diferencia de Cavallo o Roberto Lavagna, que basaban su protagonismo en la debilidad presidencial. Pero todo lo demás que la obediencia representa degrada la política argentina. Nunca un ministro o un diputado valieron tan poco como en las gestiones de los Kirchner (aunque Cristina se diferenció por su exagerado deseo de comunicarse) porque el personalismo destruye las instituciones.

Aunque fui uno de los cinco fundadores del Grupo Calafate, los desacuerdos verbales me distanciaron de Néstor. Hasta que el día anterior a su asunción me llamó para ofrecerme el Comité Federal de Radiodifusión (COMFER), un lugar chico donde podía ser útil, me dijo, con dignidad. Me gustó discutir algunos temas (y luego seguir participando en el debate sobre la Ley de Radiodifusión) y lograr

algunos objetivos. Ser funcionario es agradable si uno lo hace con buena voluntad, pero también es necesario tener espacio para desarrollarla. Con los meses los obsecuentes brotaron como hongos y a él comenzó a molestarle que yo siguiera escribiendo en distintos medios de comunicación. Él era el único que hablaba; nadie más tenía permitido pensar o escribir. Esa humillación respondía a la idea devaluada que él tenía de los funcionarios: no solamente decidía todo y no sentía la obligación de comunicárselo a nadie, sino que practicaba el deporte de la violencia verbal en el filo de la broma: "¿Qué hacés, idiota?", podía ser un saludo normal para él.

Al fin le habrá disgustado algo que escribí o dije y su secretario de Medios de Comunicación, Enrique Albistur, me pidió la renuncia. Me fui pensando que era una lástima que el hombre que había podido manejar la crisis económica no hubiera sido capaz de restituir el valor a las instituciones, tan encerrado en su concepto del poder como un garrote con el que uno pega si lo tiene o es apaleado si lo tiene otro.

La clase dirigente y el papel del peronismo

Esa noción de poder fuerte no pertenece a Kirchner en exclusiva, ni a los guerreros sobrevivientes de los 70 con cuyo verticalismo se identificaba: recorre la historia argentina una tendencia a la búsqueda de figuras autoritarias. Tal vez el temor nos mueve a preferir el mediocre conocido que el inteligente por conocer; tal vez una cuota de inmadurez nos vuelve atractivos los desequilibrios de los cuales algunos candidatos hacen virtud.

En esos lodos, el operador creció simultáneamente con la indiferencia que se apoderó de la sociedad desde mediados de los 80. Durante el menemismo conocimos extremos de la antipolítica, como servidores públicos que se olvidaron de servir y del público y se enamoraron del golf y de Miami; como ciudadanos que viajaban a 501 kilómetros de los centros de comicios para no votar en una protesta inocua. Por último, la fiesta liberal terminó con el pedido "Que se vayan todos", una emulación del anarquismo sin teóricos que nada aportó para solucionar la crisis institucional.

Con lentos zigzagueos nos volvimos a acercar a la materia esencial, a la política como obsesión cotidiana y no como deporte pasajero al que le exigimos mucho y le entregamos muy poco. Ejercerla implica asumir el reformismo que resulta de la madurez del militante, despreciar la degradación del operador y amarla como fuente de conocimiento y relación con el poder y la sociedad.

Nuestra clase dirigente heredó tanto de las tradiciones del radicalismo, del peronismo y del desarrollismo como de los factores que el poder económico utilizó para imponerse sobre los demás. Revisando los últimos años, encontramos muchas lecciones. Alfonsín nos enseñó que la democracia es el único terreno común donde podemos vivir, aunque por sí misma no resuelva todos los problemas. Menem nos demostró que dejar la economía librada a las fuerzas del

mercado es como dejar un zorro al cuidado del gallinero, un zorro que para mayor burla se queja de que los políticos son incapaces y corruptos; por fin la caída del muro de las bolsas del mundo reveló cuánto de proyección había en ese discurso. La Alianza de Fernando de la Rúa y Chacho Álvarez nos dejó en claro que la mera crítica y la acusación sagaz no alcanzan para gobernar; ambos podrían escribir un extenso manual de retiradas y derrotas por susto expansivo. A Duhalde la historia le ofreció un desquite inmerecido, y él le respondió como un intendente. Con Kirchner, con los dos, aprendimos que es bueno hacerse cargo del poder, enfrentar a los acreedores y plantarse con dignidad de Nación, pero que esos méritos peligran cuando el gobernante se cree dueño de la verdad, no escucha ni permite otra opinión que el aplauso.

Así llegamos a presenciar la crisis de un gobierno que, pese a sus numerosos rasgos positivos, se construyó un ejército de obedientes con los viejos soldados de los 70 y la lealtad de alquiler de algunos intendentes del conurbano que administraron esa perversa articulación de necesitados y punteros conocida como *el aparato*. La democracia crece cuando la sociedad participa y se degrada cuando el libre discernimiento se cambia por la necesidad: *el aparato* es hoy un Frankenstein que, como el personaje de Mary Shelley, ante el asombro y la impotencia de su creador, toma vida propia y camina sembrando a su paso una mezcla de conmiseración y pavor. Pero, así como la clientela electoral fue el refugio de la política sin prestigio, la política con proyecto y compromiso debe ser su reemplazo. Ni Francis Fukuyama detuvo el devenir de la historia ni los salvajes del mercado lograron derrotar a la política.

Los Kirchner adolecieron del problema que el sectarismo setentista tiene con la autocrítica: él no la hizo en vida y ya no espero que ella la pueda encarar. Mi última esperanza fue la llegada de Cristina en lugar de la reelección de Néstor: muchos pensamos que ella podía tomar lo positivo de él sin esa tendencia a la desmesura como recurso para ocultar las limitaciones. Pero el kirchnerismo terminó convirtiéndose en una secta antes que en un partido, sin haber podido asumir que cambiar no significa ceder y que ceder no siempre es debilidad.

Conviene no obstante que, al interrogarnos sobre el peronismo, sus

problemas y su vigencia a más de setenta años de su nacimiento, repasemos cómo son las demás especies que el creador ubicó en el paraíso político argentino. No solo se encuentran restos fósiles anteriores al diluvio universal, sino también pensamientos donde la vaca y el grano no necesitan de industria, trabajador y sindicato; y la sola presencia del Estado, la educación gratuita y la salud evocan el fantasma del comunismo y el fin del mundo. El peronismo es una identidad cultural que va a seguir peleando contra los pensamientos antinacionales.

La oposición al kirchnerismo no nos regaló paz, precisamente. Cuando escuchaba a Lilita Carrió sentía un deseo desenfrenado de ponerme a cantar la marcha *Los muchachos peronistas.* Pero no se puede negar que Carrió tiene cintura política y está muy por encima de esos economistas que creen que bajando impuestos y desarmando las leyes laborales se podría dejar a los ricos felices y liberados de toda obligación social. Fue absurdo que con su religiosidad terminara enfrentada al Papa Francisco. Su discurso, por momentos, expresaba: "¡Miren lo que eligió la negrada! ¡Los cabecitas y los pobres eligen candidatos sin ética!". Su pensamiento es clasista aun cuando tiene un nivel político al que jamás arribarán los muchachos del PRO.

Creo que, en este panorama, los peronistas todavía tenemos mucho para dar. Aunque los mandatos kirchneristas hayan dividido el mundo en obedientes y enemigos, y aunque mi pasado y mi ego me hayan impedido y me impidan obedecer, la vieja noción de pertenencia ideológica no me deja espacio para cambiar de bando. Algo similar me ocurrió en abril de 2001, cuando recibí bastantes insultos porque me desafilié del PJ luego de un acto de los dirigentes en apoyo a Menem. Dije entonces que, para seguir siendo peronista, debía abandonar la corporación del menemismo, una cofradía de idiotas, oportunistas y dirigentes a los que no les interesan las ideas sino el poder puro y duro. Me distancié del kirchnerismo también para mantener mi fe porque hoy, como en sus orígenes, el peronismo es imprescindible para integrar a las mayorías no ya en el voto sino en la estructura social.

Perón es el apellido de una reivindicación social mayoritaria y Evita el complemento femenino venido de abajo, y ambos supieron —como

definía él— cabalgar la historia. Durante décadas los enemigos han utilizado el término *demagogia* para degradar la relación entre Perón y su pueblo, su propuesta política para darles lugar a las demandas de los humildes y sus expresiones culturales. Un viejo amigo, ex comando civil contra el peronismo en los 50, me confesó hace unos años: "Nosotros creíamos que los pobres se movían por las prebendas y los ricos por los ideales. Perón nos embromó al darse cuenta de que era al revés: le hablaba al pueblo de ideales y a los demás de economía".

Cuando alguien en la calle me dice "compañero", resume toda mi pertenencia ideológica, política y afectiva en una sola palabra. La Argentina se define por el peronismo, el fútbol y el tango, tres cosas que la clase alta desprecia y que el pueblo eligió. El peronismo es una identidad cultural cuya esencia ideológica está compuesta por la defensa del interés nacional, la alianza de clases y la integración social en democracia.

Las mutaciones de la derecha

La derecha se ha convencido de que tiene que jugar a la política porque el golpe militar no existe ya como salida viable para ningún sector. Mauricio Macri y Francisco De Narváez son muestras de que el poder económico ha comprendido que ya no hay otro espacio que el de la democracia y allí se ha lanzado a seducir, aunque no posea hombres providenciales. Cuesta reconocer que la derecha evolucionó más que la izquierda: del espanto de los Martínez de Hoz y los Alsogaray a quienes en 2015 llegaron a gobernar la Nación y la provincia de Buenos Aires (tras haber asumido el poder en la Ciudad Autónoma a finales de 2007) hay un avance con el que no puede competir el progresismo que consume toda su energía en guerras internas y acusaciones infundadas.

Voté a Macri siendo peronista y hoy, asumiendo su fracaso, se me hace difícil justificarlo. Primero, para mi buen entender, la pertenencia a un partido no es como en el equipo de fútbol, al que uno sigue en buenas y malas. En política, si no hay aciertos, no debemos apoyar; y en alguna medida, siempre me molesta más el malo propio que el ajeno. Daniel Scioli me resultaba peor que Macri. Me enojaba demasiado aceptar que aquella noble causa de mi juventud terminara en la figura de ese personaje y de la runfla que lo rodeaba. Importa aclararlo: para el que ama su causa, quien la rebaja o frivoliza es su peor enemigo. Si los Kirchner ya me eran pesados de digerir, Scioli estaba más allá de mis límites.

Supe hablar tanto con Scioli como con Macri. Se llevaban muy bien. En el fondo, eran tan solo dos delegados de distintos grupos de poder, ambos frutos de esa despreciable modernidad que implicaba nuestro enamoramiento por Miami. Caminando por París, me crucé con Macri de pura casualidad antes de que fuera electo presidente. Hablamos unos minutos. Me manifestó su asombro por Berlín, estaba

deslumbrado, me preguntó “¿Conociste Berlín?”. Le respondí que veníamos del mismo lugar, y compartimos el impacto que provocaba esa Alemania que renacía. Cuando regresé, visité a Scioli y al comentarle “No sabés a quién me encontré en París”, adelantándose a mi historia me contestó: “A Mauricio, ya me lo contó”.

Ambos candidatos fueron culpables de sus respectivos fracasos. La pregunta ya sin sentido es si Scioli hubiera sido tan dependiente de Cristina como lo es hoy Alberto. Imagino que mucho menos, que Cristina hubiera tenido que negociar frente a un intento de construir otro poder. Alberto no tiene esas intenciones. Está rodeado de operadores, contracaras del militante que se acomodan a los cargos, son seguidores de las prebendas, la triste y oscura imagen que dejan, ni siquiera los conmueve, o no son conscientes del después.

El fracaso de Macri tuvo la gravedad de devolverle el poder a Cristina, quien sin duda es mucho, demasiado, más inteligente que él. Todavía no logro comprender la pequeñez de la mirada de Macri y la de sus acompañantes. La riqueza económica es causante de una omnipotencia que los llevó hacia el peor lugar de la derrota. Soberbia con incapacidad resulta una mezcla letal de la cual Macri es portador en altas dosis. Ahora que intentan redimir su figura gastando unos pesos en un canal de cable donde reúnen con altísimos salarios a lo más granado del gorilismo, dejan al desnudo que tienen más dinero que talento. Y nunca entendieron la realidad nacional. En rigor, no tienen un pensamiento patriótico, se sienten ciudadanos del mundo, cuando queda claro que con tan escaso talento solo en nuestro país pudieron ganar fortunas, como en ningún otro lugar.

Conocí a Franco Macri, hablé algunas veces con él, no tenía nada que ver con el hijo, su capacidad de reflexión era otra. Franco había construido una relación personal con Carlos Grosso, quien trabajaba en Socma cuando la dictadura lo secuestró en 1977. Intercedió para que lo liberaran y lo invitó a crear un grupo de poder. Grosso eligió a José Octavio Bordón, José Manuel de la Sota, Rubén Marín y Raúl Carignano. Ese gesto iniciaba un intento de dirigencia política financiada por un empresario, práctica que en ese entonces era de avanzada y luego terminó siendo la única variante que sustituyó a los partidos. A Franco ni se le había pasado por la cabeza la figura de su

hijo, de quien no tenía la mejor de las opiniones.

El amigo peronista de Franco Macri era el empresario Gregorio Chodos, histórico líder de la Cámara Argentina de la Construcción que terminó siendo quien acercó a Mauricio a la política. Cuando Chodos me invitó a colaborar con Mauricio pensé que era un acto de demencia, porque no imaginaba que la política terminara en esas manos, que la decadencia llegara al punto tal de que el pensamiento fuera reemplazado por simples filiales del poder del dinero. La conversión del político profesional al político aficionado fue una clara expresión de la decadencia. Pero así fueron las cosas, y Mauricio es el fruto de esa concepción, que se aplica inalterable a los negocios mientras empobrece al país.

Domingo Cavallo era un enviado para destruir una sociedad; solo así se explican sus teorías, que no son errores ni demencias sino el fruto de un plan fríamente ordenado. Y lo absurdo es que, para gente como Macri y muchos de su entorno, se puede mejorar la democracia sin alterar la concentración de la riqueza. La inflación lleva muchas décadas, la necesidad de endeudarnos solo cuarenta y cinco años. La dictadura, las privatizaciones y la corrupción se llevaron más riqueza que la que genera la sociedad. No crearon ni invirtieron en nada, solo fue saqueo, y ya no existe quién nos preste para que ellos sigan robando.

Macri no podía ser otra cosa que un gran fracaso, nos quitó más de un veinte por ciento de la capacidad de consumo a cada ciudadano. Y todavía siguen con el cuento de “la República” como si a la miseria le pudieran interesar las normas de la justicia. Problemas de ricos y de políticos; el resto necesita un destino, y de eso hoy no se ocupa nadie, los del PRO son los menos interesados en hacerlo. No logran ir más allá de la denuncia, hasta ahí les da la cabeza.

Nación e industria

Escribí que Kirchner no llegaba a la talla de Lula da Silva, pero cabe aclarar que tampoco contaba con una oposición como la de Brasil y, sobre todo, le faltaba una burguesía como la paulista. Se estima que la deuda externa de los privados argentinos que se acumuló durante la última dictadura y luego asumió el Estado se dividió en un 90 por ciento que se fugó y un 10 por ciento que se invirtió en el país. En Brasil, las cifras son exactamente opuestas.

¿Por qué Brasil tiene tanto empresario peleando por lo propio y nosotros tanto cipayo gerentito de lo ajeno? ¿Por qué un dictador y criminal como Augusto Pinochet nunca vendió el cobre que Salvador Allende, su archienemigo socialista, al que derrocó y asesinó, había nacionalizado? ¿Por qué nosotros regalamos el patrimonio por igual con Martínez de Hoz en la dictadura y con Cavallo durante los gobiernos de Menem y De la Rúa?

En el mundo no existe siquiera un ejemplo de colonia próspera. La democracia se da en aquellos países cuya burguesía, la que más tiene para conservar o perder, se juega por sostener la estabilidad de la política. Brasil es una nación porque su burguesía comparte la conciencia con su pueblo; la burguesía argentina, en cambio, deposita su dinero afuera y lamenta el malhadado destino del barco de los abuelos, que atracó en Buenos Aires en lugar de Nueva York, donde difícilmente hubieran terminado siendo ricos.

La agotadora reiteración del sueño frustrado es tan falsa como sostener que no fuimos un gran país porque el peronismo consintió a los cabecitas negras. Fue nuestra burguesía industrial, de pensamiento ausente e infiltrado por el liberalismo, la que impuso propuestas que causaron su propio daño, que destruyeron el mercado interno del que necesitaban vivir. La ideología de clase de la burguesía argentina no se corresponde con sus intereses: no supieron comprender el punto de

encuentro que Miguel Miranda y José Ber Gelbard proponían desde el pensamiento peronista, donde había un lugar para el empresariado nacional y otro para los trabajadores. Cooptados culturalmente por los liberales, querían vender todo y vivir de rentas. Pero hasta un premio Nobel de Economía norteamericano, Paul Krugman, ha dicho una verdad tan simple: "Sería bueno que las naciones débiles hicieran lo que hace Estados Unidos y no lo que dice".

Martínez de Hoz facilitó el fin del desarrollo industrial. Su encumbramiento en el Ministerio de Economía durante la dictadura inauguró la etapa más demoledora que conoció el país: se destruyeron la industria y los sindicatos para acabar con la puja distributiva y se disciplinó a la sociedad con los desaparecidos y la deuda externa. Nuestros lúcidos terratenientes se opusieron al progreso que aportaba la industria para defender sus prebendas y creyeron que la reducción del Estado les devolvería sus años de gloria preperonista. No les molestó que el Estado se hiciera cargo de la deuda que se había generado con la bicicleta financiera, tiempos en que se obtenían rentas pantagruélicas en dólares: la creencia —dura de matar, se la ha revivido tras la caída de Wall Street— de que el Estado no debe gastar en los pobres, pero sí rescatar a los ricos que son un engranaje económico fundamental.

El éxito de Martínez de Hoz no hubiera sido posible sin precursores como Adalbert Krieger Vasena, ministro de la dictadura de Juan Carlos Onganía, y sucesores como su mejor alumno Domingo Cavallo. En conjunto, jibarizaron el Estado, multiplicaron la deuda y concentraron la riqueza en un puñado de manos extranjeras, satisfechos de contribuir al fin del país retrógrado con legislación laboral, protección a la industria nacional y otras barbaridades del peronismo.

Permitir el ingreso del capital extranjero es una política razonable, pero la dialéctica entre el poder de la burguesía local y el poder de la inversión extranjera es la que define si el territorio es un país o una colonia. Nos equivocamos al pensar que la globalización, y no los argentinos, iba a definir nuestro lugar en el mundo. Intentaron vender hasta el Jardín Zoológico cuando se agotaron el petróleo, la luz, los trenes y las rutas nacionales: privatizamos con tal desmesura que nuestro experimento estalló siete años antes que la burbuja

inmobiliaria de nuestros profesores norteamericanos. El capitalismo solo funciona con regulaciones y con un Estado con poder para imponerlas.

Consecuencia del neoliberalismo fundamentalista del gobierno de George W. Bush, el mundo enfrentó en 2008 una crisis inédita. Los argentinos, que nos creímos la soberbia de los mercados, sufrimos el terrible costo social del *laissez faire*. Inclusive los niveles de la corrupción tienen consecuencias de distintos grados: una cosa es el coimero que lucra con la construcción de una ruta y otra el que pide su retorno por regalar los recursos del país que comprometen a generaciones pasadas y futuras.

Para esos traidores a la patria es más barata la reja que la justicia social. Quieren un mundo opuesto al que quería Perón, que trabajó para integrar a todos. El poder económico hizo su agosto mientras la sociedad se endeudaba a la espera de que —decía el manual de los Chicago Boys— la riqueza rebasara la copa y se derramara sobre los humildes. Pero solo llovió la desgracia que empujó a tantos a revisar la basura en las calles de nuestras ciudades.

Y, a pesar de lo que creían los revolucionarios, cuando peor no fue mejor. Peor resultó peor.

Dos veces estuve frente a Cavallo y le pregunté si conocía algún país que, luego de haber vendido todos sus bienes, hubiera logrado una población de esclavos respetados. Las dos veces se hizo el desentendido y no me respondió.

Cuando regaló el patrimonio en nombre de la modernidad, Cavallo dejó caer del sistema a los empleados públicos y generó una ola de ajuste en el empleo privado. Nacieron así los nuevos parias, a los que se sumaron las siguientes camadas que no pudieron ingresar al mercado de trabajo. El Estado ya no perdería en sus empresas, que generarían ganancias para empresas y Estados extranjeros, y crearía la dádiva humillante del Plan Trabajar, que de paso garantizaba votos en la cárcel de la miseria. Inclusive algunos alcanzaron para callar a la izquierda y financiar su enseñanza de la revuelta.

¿Las decenas de miles de jóvenes que no estudian ni trabajan ni están integrados a nada son solo responsabilidad de sus familias o también del Estado que malvendió los recursos con los que sus padres

y ellos podrían haberse mantenido dentro del sistema? La limosna o la tolerancia a sus protestas tan irritantes como inofensivas manifiestan la voluntad de sacárselos de encima como si no tuvieran esperanza. Junto con un enorme desempleo convive la penosa imposibilidad de muchos marginados de abandonar el infierno de la degradación social.

Ni la represión ni la indiferencia al corte de calles y la demanda de alimentos son una solución política a las consecuencias más crueles del triunfo del mercado sobre el Estado. Los piquetes son una expresión del dolor y la injusticia, un grito de rebeldía necesario, pero la política es otra cosa. Hoy la rebeldía como ayer la denuncia muestran la vitalidad de una sociedad, pero no se aproximan siquiera a ser una alternativa. Una sociedad más justa necesita que los piqueteros sean un componente de lo que nace y no una expresión de lo que muere.

La falacia de la ética

Solo el sueño de un país integrado nos devolverá los principios éticos que necesitamos para que la sociedad crea en sus dirigentes. La ética requiere que la desigualdad sea un mal recuerdo, que el conjunto se piense como fruto de una voluntad de justicia. La política conlleva la ética cuando está al servicio de los más débiles y participa de la corrupción cuando se pone al servicio de los poderosos. De lo contrario, no es más que una excusa de los poderosos para no discutir la distribución de la riqueza, una muletilla conservadora que divide el espacio de los pobres y los sumerge en una guerra inconsecuente por el reparto de miserias.

Si el comunismo significó un despropósito en la distribución de la riqueza, el cuento de la ética es una ofensa a la inteligencia de los humildes porque los éticos que andan agitando el índice son los enriquecidos y sus representantes políticos. Con sus historias sobre la corrupción de concejales y ministros desvían la atención del vergonzoso hecho de que el 10 por ciento más rico de la población concentre más del 35 por ciento de la riqueza mientras al 10 por ciento más pobre le toca el 1,1 por ciento.

La ética fue el motivo central de la campaña de la Alianza en 1999. Se escucharon frases muy bonitas en radio y en televisión. Pero su gobierno enfrentó sus propios escándalos por coimas en la votación de leyes y por uso de información de índole privada para operaciones de inteligencia, por ejemplo, sin que eso impidiera la profundización de la pobreza y la indigencia hasta que el corralito de Cavallo y la renuncia de De la Rúa dieron pie a la mayor transferencia de fondos al sistema financiero de los últimos tiempos.

Formar el partido de la ética es tomar un pedacito de la sociedad y convertirlo en paradigma. Decimos “falta ética” y hacemos el partido de la ética. Mañana decimos “falta democracia” y hacemos el partido

de la democracia. Después decimos “falta simpatía” y hacemos el partido de la simpatía. Y así. Pero eso no es hacer política: eso es hacer papelones. Hacer política es pensar un modelo de sociedad completo, no lo que falta en la sociedad en un momento determinado.

Tuvimos desaparecidos, golpes militares, violencia política. En todos los ámbitos se llegó al asesinato. ¿Cómo se vuelve del asesinato a una ética burguesa? Alguien que mató o apoyó a los que mataban, ¿desde qué lugar da un discurso sobre la corrupción? La ética que volteó a Isabelita produjo la mayor masacre: los mismos que se indignaban porque Raúl Lastiri, personaje funesto, tenía trescientas corbatas, mantuvieron silencio mientras masacraban a miles de personas. Lastiri era parte de una democracia deplorable, pero necesitábamos justicia, no un chivo expiatorio; necesitábamos una salida democrática, no años de persecución ideológica. Trescientas corbatas son un pecado ético; diez mil desaparecidos, un error de cálculo. ¿Eso es la ética?

Además, ¿es posible la ética sin ideales? El capitalismo en abstracto carece de ética, pero las sociedades no pueden permitirse lo mismo. Según las leyes capitalistas, si la salud da ganancias el negocio de la salud es viable, y de lo contrario no hay salud. Lo mismo puede aplicarse a la educación, a la protección de la infancia abandonada, por último, a las garantías más básicas del Estado. ¿Desde dónde se puede estructurar una ética así? ¿Yo me puedo enriquecer hasta el infinito mientras el que está a mi lado muere de hambre, y soy ético porque no robo y voy a misa los domingos?

La corrupción es un mal enorme, pero no es el problema principal de nuestra sociedad. Nuestros males centrales son la concentración de la riqueza y la deuda externa, males que dejó el modelo neoliberal y que son corrupciones peores que los sobornos, porque suelen ser transparentes y basadas en las reglas que consolidan el patrimonio de los vencedores después del saqueo. Las privatizadas siguieron generando ganancias aun cuando el dólar pasó de la paridad a triplicar el peso: si les dividimos los ingresos por tres y no perdieron dinero, es que estamos ante una estafa legal que nos quita miles de millones por año. Un modelo que genera hambre aun si ningún funcionario pide coimas.

Cuando Lilita Carrió perora sobre la ética del poder no hace sino

desviar el objetivo del debate político y en cierta medida mentirnos en la solución al problema que dice ver. La ética funciona de árbol para ocultar el bosque, que es nuestra necesidad de discutir un modelo de país. La injusticia es la aflicción esencial, la corrupción solo se suma como agravante.

Un hombre que hasta hace poco fue uno de los más importantes del país me dijo, en referencia a un tercero: “Es decente”. “Sí —le respondí—, como un jugador de fútbol que nunca cometió un *foul* y tampoco metió un gol”. No cuestiono la decencia, pero creo que es poco pedir a los políticos: ¿y el talento, y la capacidad, y la sabiduría, y la voluntad de diálogo, y la firmeza? Podría seguir. La decencia es una virtud individual y si la llevamos al plano político quedamos al borde de devaluar la discusión ideológica; una virtud colectiva, en cambio, es la justicia distributiva. El retintín de la ética consolida el triunfo de lo privado sobre lo público y deja la concentración económica como un hecho fuera de todo debate.

La superación institucional como objetivo común

Mi viejo no había terminado la primaria pero iba a escuchar los discursos de Alfredo Palacios, que era el socialismo del mundo. Yo me gradué en la universidad y me tocaron los discursos de Palito Ortega. No acuso a Ortega, al menos no solamente: también me acuso a mí que seguí mi vocación por la política.

Hace demasiado que vivimos en una pendiente de decadencia.

La Argentina ha destruido sus instituciones. En el imaginario colectivo se han ido degradando las imágenes de la justicia, la política, las Fuerzas Armadas, la Iglesia, el sindicalismo. En un momento creció el espacio de los medios y las instituciones perdieron el boato, la solemnidad y a veces el prestigio. Pero pronto su imbricación con el poder quedó a la vista y también la prensa perdió credibilidad.

A cada generación le toca inventar sus propios sueños. La crisis que viven nuestros hijos no es peor que la que vivimos en los 70, con el peronismo y el socialismo como nuestros imposibles. Los jóvenes van a dar forma a su imposible político. Han sido vulnerados por el individualismo, una debilidad que no marcó la juventud de mi generación. Pero, igual que entonces, hoy es joven quien no pregunta cuál es su lugar sino que lo genera. La queja no es el lugar de la juventud: la sublevación lo es. Sublevarse es negar la queja. Es pelear por los sueños. Y hoy sobra desafío.

Convivimos entre la riqueza de nuestra capacidad productiva y la miseria de los humildes, y es posible que no coincidamos en los caminos para resolver la injusticia, pero tenemos la madurez como para reconocer que todos los sectores expresan la voluntad de lograrlo y que nadie espera un mesías sino, más bien, la capacidad de formar un equipo que termine con las consecuencias del asesinato y el saqueo

de Martínez de Hoz y Cavallo sin apelar a la herencia autoritaria del setentismo.

El Estado necesita de un accionar activo para recuperar a los expulsados del sistema, y para ponerlo en marcha hace falta un acuerdo consensuado que sustituya este caos en el que las escasas propuestas se disuelven en el enfrentamiento de los distintos sectores e intereses en juego.

Entre tantos supuestos oficialistas (que lo son siempre al poder de turno) y tantos enemigos agresivos (que lo son cuando los dejan afuera), entre ambos y al margen de los beneficios del poder de coyuntura, vive una esperanza llamada política.

No es ajena a la ambición, pero no sobrevive cuando la convierten en su prisionera.

Los argentinos que nos sentimos solo dueños de un pedacito de verdad sabemos que la crisis se prolongará si no logramos la grandeza necesaria para construir la unidad nacional. La nación es anterior a la ideología. Los partidos, que son la consecuencia de una voluntad de destino colectivo, ya no pueden definir eficazmente sus sentidos con las referencias tradicionales de la izquierda y la derecha. ¿Acaso la inseguridad no es un problema de la izquierda, dado que está unida a la conciencia de que solo en la integración social está su final? ¿Acaso la represión que pide la derecha ha funcionado alguna vez como solución a los cortes de calles?

Después del kirchnerismo y del macrismo necesitamos que la superación institucional sea un objetivo común. Necesitamos otra política.

La superación institucional será fruto de un acuerdo entre la burguesía industrial sobreviviente, que habrá de irse incrementando, y una dirigencia digna que por formación y coherencia se anime al desafío de la unidad nacional, el encuentro entre adversarios que hace tiempo dejaron de sentirse enemigos como en su momento ilustró el abrazo entre Perón y Balbín.

El peronismo y el radicalismo son nuestra historia y propiedad del conjunto de los argentinos. Sobre esas raíces, más los socialistas nacionales y los conservadores que apuestan a la democracia, podemos sentar las bases de un proyecto común de la unidad.

Nos faltan miles de compañeros, en especial aquellos que estaban marcados por la sed de justicia, por la voluntad de entrega, por la búsqueda de un mundo mejor. Ese vacío se nota en cada paso que damos en la vida política: de estar presentes, aquellos militantes serían la fuerza que hoy nos falta para discutir un proyecto y hacerlo realidad. Pero precisamente en su homenaje, y para mantener vivas y realizar, al fin, las ilusiones que compartimos con ellos, debemos aceptar que el sectarismo de la guerrilla fue un error y tomar el camino del acuerdo político.

El profundo sentido reaccionario de los actos de esa juventud, que se creía todo lo contrario, me impide sumarme a la glorificación sin distinciones de su arrojo. Al contrario, creo que está mal agitar a la ciudadanía con una lectura simplificadora porque al malvender aquel sacrificio se impide que los sobrevivientes se liberen del lastre de sus errores y vuelquen en la política contemporánea sus sueños, todavía vigentes, y su experiencia.

Después de los gobiernos del kirchnerismo y del macrismo, tan personalistas y marcados por la soberbia, necesitamos un gobierno de humildes que intenten actuar con la sabiduría del político en lugar de la obediencia del guerrero o la pequeñez del gerente, que recuerden que el poder es pasajero y que importa tanto acceder a él como saber dejarlo y volver a caminar entre la gente.

Nadie puede negar la existencia del peronismo o la de quienes jamás adhirieron a él, mucho menos que cada sector tiene aportes para hacer. Los pensamientos vigentes han sobrevivido al tamiz de la historia y guardan los elementos con los que construir la argamasa común. Tenemos la oportunidad de enamorarnos del debate, de intercambiar visiones para aportar a una síntesis superadora. La dialéctica amigo-enemigo se agotó.

Cada vez son menos los que sienten que viven en el país equivocado, porque Estados Unidos cayó en la mayor crisis de su historia. Cada vez son menos los que creen que su conciencia es superior a la del pueblo, porque la realidad es un espejo escrupuloso. Cada vez son menos los que creen que la política es un atajo hacia la riqueza, porque muchos han debido rendir cuentas ante la Justicia.

Y cada vez somos más los que creemos que se logra en proporción a

lo que se compromete. Cada vez somos más los que creemos que solo el conjunto armonizado podrá trazar un rumbo satisfactorio para todos y corregirlo cada vez que haga falta en lugar de demolerlo a golpes de crítica y empezar de cero algún experimento iluminado mientras los días pasan. Cada vez somos más los que creemos que la madurez es requisito para una vida en democracia, para estimular la autocrítica de una generación política que aún debe separar sus errores de sus sueños acertados y aún puede desterrar al operador y recuperar al militante popular.

En eso consiste mi esperanza.



¿Cómo cerrar las heridas de la violencia política de los setenta a ya casi medio siglo de abiertas?

Julio Bárbaro, apasionado, valiente y reflexivo, sostiene aquí que el temor a caer en la Teoría de los Dos Demonios no puede obliterar la necesidad de hacer una autocrítica de esos años y que la condena a la represión sangrienta que sufrió el pueblo argentino no debe implicar la celebración de los crímenes de las organizaciones armadas.

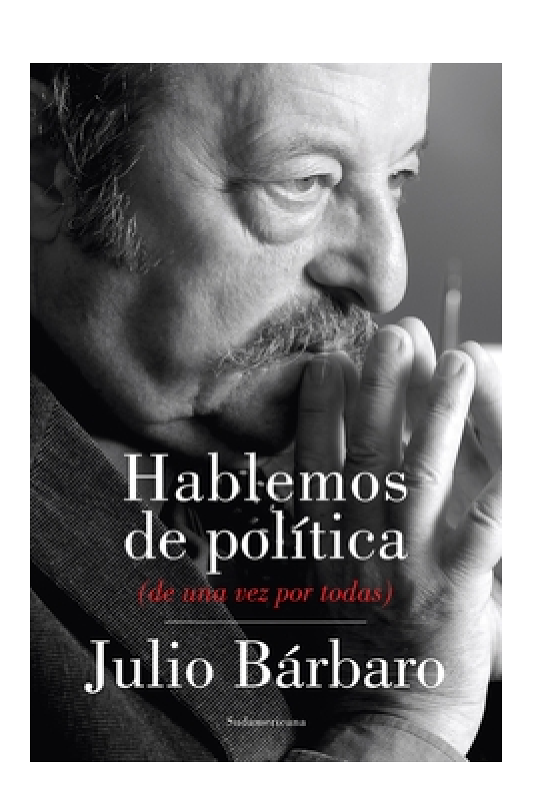
Este libro se propone aportar a una interpretación justa del pasado que contribuya a romper con la repetición de las consabidas taras: la visión económica heredada del golpe de Estado y la mirada política de la guerrilla disfrazada de "derechos humanos" que nos convierten en descerebrados capaces de naturalizar un cuarenta y cinco por ciento de pobres.

Sin ese momento de sinceramiento doloroso pero imprescindible, sin vocación por una opción nacional independiente de las modas y de los negocios, sin un nuevo abordaje sobre su identidad cultural, la Argentina termina de firmar su propia sentencia. El desafío está a la vista: realizar el sueño postrado de ser nación; volver a ser patria.



JULIO BÁRBARO

Nació en Buenos Aires en enero de 1942 y ha recorrido un largo camino dentro de las filas del peronismo. Licenciado en Ciencias Políticas, fue diputado nacional en 1973 y en 1983; entre los años 1989 y 1991, durante la primera presidencia de Carlos Menem, estuvo al frente de la Secretaría de Cultura de la Nación; y durante la gestión de Néstor Kirchner ocupó la titularidad del Comité Federal de Radiodifusión. Es decir que participó de los gobiernos peronistas que marcaron a fuego la Argentina de las últimas décadas. En dos de ellos terminó enfrentado a los presidentes de turno (Menem y Kirchner) y, en el caso del último gobierno de Juan Domingo Perón, fueron notorios sus cuestionamientos a Montoneros y otras organizaciones armadas. Publicó los libros *Con bronca y esperanza* (diálogos con Mónica Moncalvillo, 1984), *El peronismo de la derrota* (con Miguel Unamuno, Antonio Cafiero y otros, 1986), *Pasiones razonadas. Una crítica al liberalismo vernáculo* (2003), *Hablemos de política* (2013), *1973. El regreso del General* (2013), *Lejos del bronce. Cuando Kirchner no era K* (con Oscar Muiño y Omar Pintos, 2014) y *Entre sueños y pesadillas* (2018).


Hablemos
de política
(de una vez por todas)
Julio Bárbaro
Sudamericana



Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Bárbaro, Julio
Juicio a los 70 / Julio Bárbaro. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2021.
(Biografías y Testimonios)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-6600-5

1. Memoria Autobiográfica. I. Título.
CDD 920.71



Diseño de cubierta: Carlos Cuesta / La Agencia Publicidad

Edición en formato digital: septiembre de 2021

Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

ISBN 978-950-07-6600-5

Conversión a formato digital: Libresque

Índice